

E

n este final de siglo, el panorama historiográfico aparece como un universo en continua expansión y fragmentación. Así, la selección de artículos que conforma el presente libro parece demostrar la diversidad de FORMAS DE HACER HISTORIA. Frente al paradigma tradicional, se plantean nuevos sujetos del pasado —la gente corriente (Jim Sharpe), las mujeres (Joan Scott), etc.— y otros asuntos, como el cuerpo (Roy Porter) o la lectura (Robert Darnton). Los objetos tradicionales de la investigación histórica han conocido un enfoque diferente: la historia del pensamiento político acusa el impacto del predominante relativismo cultural (Richard Tuck) y la tan denostada narración de acontecimientos experimenta un insospechado renacimiento (Peter Burke). Se buscan otras clases de testimonios y pruebas aparte de los documentos escritos, recurriéndose, por ejemplo, a las fuentes orales (Gwyn Prins) o al material visual en su más amplio sentido (Ivan Gaskell). La escala de las investigaciones también conoce tamaños no tradicionales (Giovanni Levi). Asimismo, las grandes transformaciones de nuestra sociedad han expandido el universo histórico, restando sentido a las convencionales visiones eurocentristas (Henk Wesseling). Toda esta diversidad de perspectivas amenaza la comunicación entre los diferentes grupos de historiadores. Como señala el compilador, PETER BURKE, la intención de esta obra es precisamente contribuir a evitar la disgregación, facilitando el conocimiento de las tendencias historiográficas que han cobrado mayor auge a partir de los años ochenta.

Alianza Editorial

DISTRIBUIDO POR	ARRAYAN EDITORES S.A.
	Barrameda Norte 435
	Providencia
	Tel. (56 2) 2744709-204744
	Fax (56 2) 2741041
	Santiago de Chile
e-mail: arrayan@ctc-mundo.net ■ http://www.arrayan.cl	

ISBN 84-206-2765-8



9 788420 627656

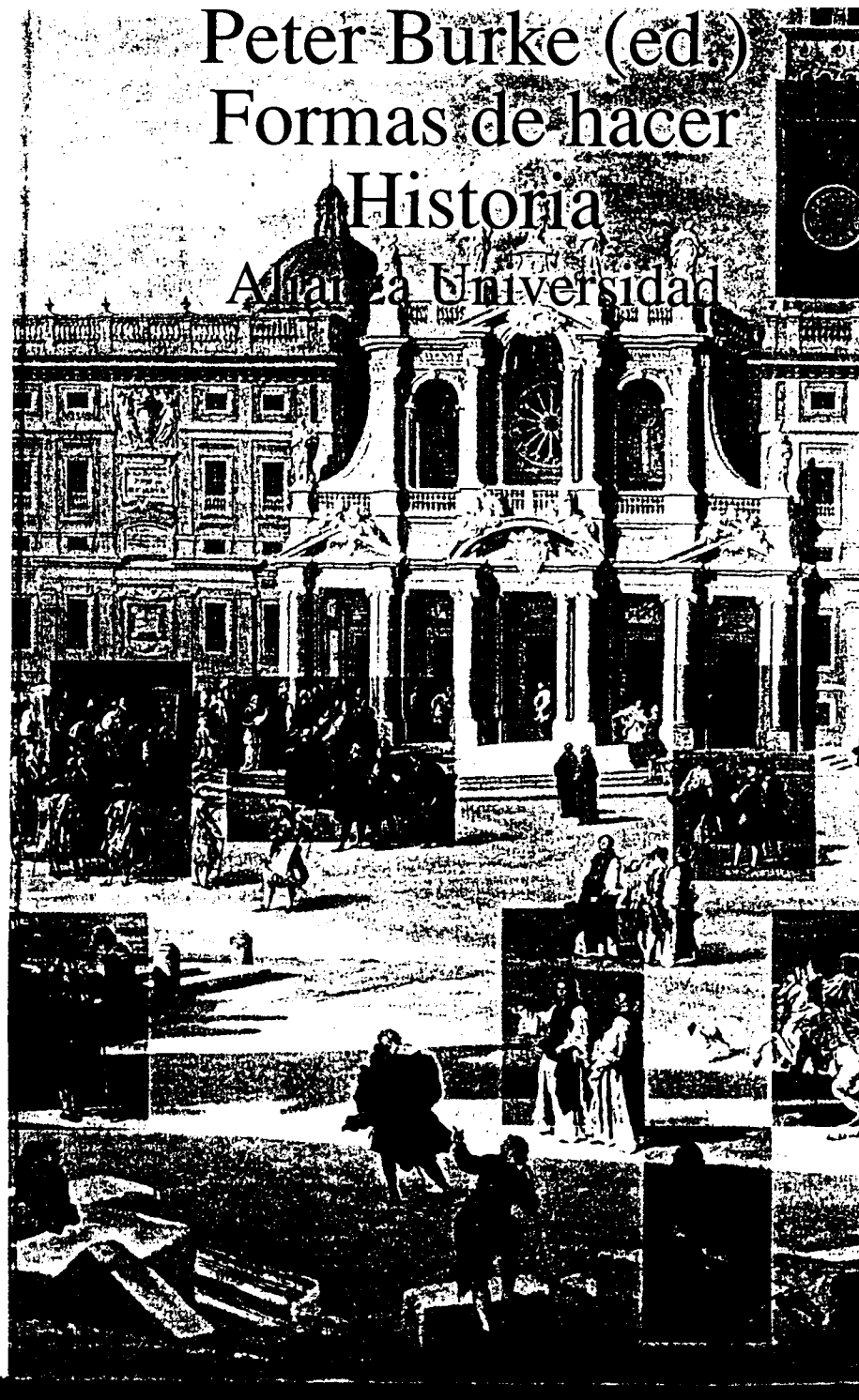
Cubierta: Ángel Uriarte
Ilustración: Benedicto XIV llegando a
Santa María la Mayor

Alianza Editorial

AU 765 Peter Burke
Formas de hacer Historia

Peter Burke (ed.) Formas de hacer Historia

Alianza Universidad



Sumarios NDV 2000.

Peter Burke, Robert Darnton, Ivan Gaskell,
Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins,
Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck
y Henk Wesselings

Formas de hacer Historia

Versión española de
José Luis Gil Aristu

Madrid 1991

Alianza
Editorial

Primera edición en "Alianza Universidad": 1993
Segunda reimpresión en "Alianza Universidad": 1996

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© This collection. Polity Press 1991
Capítulos 1 y 11 © Peter Burke; capítulo 2 © Jim Sharpe; capítulo 3 © Joan Scott; capítulo 4 © Henk Wesseling; capítulo 5 © Giovanni Levi; capítulo 6 © Gwyn Prins; capítulo 7 © Australian Journal of French Studies 1986; capítulo 8 © Ivan Gaskell; capítulo 9 © Richard Tuck; capítulo 10 © Roy Porter.
© Ed. cast.: Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1993, 1994, 1996
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 393 88 88
ISBN: 84-206-2765-8
Depósito legal: M. 30.686-1996
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19; 28007 Madrid
Impreso en Lavel. C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

Colaboradores	9
✓ 1. Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro <i>Peter Burke</i>	11
✓ 2. Historia desde abajo <i>Jim Sharpe</i>	38
3. Historia de las mujeres <i>Joan Scott</i>	59
4. Historia de ultramar <i>Henk Wesseling</i>	89
✓ 5. Sobre microhistoria <i>Giovanni Levi</i>	119
✓ 6. Historia oral <i>Gwyn Prins</i>	144
7. Historia de la lectura <i>Robert Darnton</i>	177

8. Historia de las imágenes	209
<i>Ivan Gaskell</i>	
9. Historia del pensamiento político	240
<i>Richard Tuck</i>	
10. Historia del cuerpo	255
<i>Roy Porter</i>	
11. Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración	287
<i>Peter Burke</i>	
Índice temático	307

COLABORADORES

Peter Burke es *Reader* de Historia Cultural en la Universidad de Cambridge y *Fellow* del Emmanuel College.

Jim Sharpe es *Senior Lecturer* de Historia en la Universidad de York.

Joan Scott es catedrática de Ciencias Sociales del Institute for Advanced Study de Princeton.

Henk Wesseling es catedrático de Historia de la Universidad de Leiden y director del Institute for the History of European Expansion.

Giovanni Levi es catedrático de Historia de la Universidad de Venecia.

Gwyn Prins es director de estudios de Historia y *Fellow* del Emmanuel College.

Robert Darnton es catedrático de Historia de la Universidad de Princeton.

Ivan Gaskell es *Margaret S. Winthrop Curator of Paintings* del Museo de Arte de la Universidad de Harvard.

Richard Tuck es *Lecturer* de Historia de la Universidad de Cambridge y *Fellow* del Jesus College.

Roy Porter es *Senior Lecturer* de Historia de la Medicina del Wellcome Institute de Londres.

OBERTURA: LA NUEVA HISTORIA,
SU PASADO Y SU FUTURO

Peter Burke

En la última generación, aproximadamente, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso ¹. La historia nacional, predominante en el siglo XIX, ha de competir ahora, para atraer la atención, con la historia mundial y la local (confiada en otros tiempos a anticuarios y aficionados). Hay muchos campos nuevos, sostenidos a menudo por revistas especializadas. La historia social, por ejemplo, se independizó de la económica para acabar fragmentándose, como algunas nuevas naciones, en demografía histórica, historia del trabajo, historia urbana, historia rural, etc.

A su vez, la historia económica se escindió en antigua y nueva. La nueva historia de la economía de las décadas de 1950 y 1960 (actualmente de una edad adulta, si no proveya) es demasiado bien conocida como para que necesitemos examinarla aquí ². También se ha producido un desplazamiento en el interés de los historiadores de la economía desde la producción al consumo, desplazamiento que difi-

¹ Este ensayo tiene mucho que agradecer a las conversaciones mantenidas durante muchos años con Raphael Samuel, a Gwyn Prins y a varias generaciones de estudiantes del Emmanuel College de Cambridge y, más recientemente, a Nilo Odália y a los interesados oyentes de mis clases en la Universidade Estadual de São Paulo en Araraquara, en 1989.

² Un ejemplo famoso (y discutible) en R. W. Fogel y S. Engerman, *Time on the Cross* (Boston, 1974) [hay ed. cast., *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, 1981]. D. C. Coleman, *History and the Economic Past* (Oxford, 1987) hace una evaluación juiciosa de la posición de la historia económica en la actualidad.

culta cada vez más la separación entre historia económica e historia social y cultural. La historia de la gestión empresarial es objeto de un nuevo interés que desdibuja e incluso borra las fronteras entre historia económica y administrativa. Otra especialización, la historia de la publicidad, tiene un pie en la historia de la economía y otro en la de la comunicación. Hoy en día, la identidad misma de la historia de la economía se ve amenazada por los envites lanzados por un empeño joven pero ambicioso, la historia del medio ambiente, conocida a veces con el nombre de ecohistoria.

La división afecta también a la historia política, escindida no sólo en las llamadas escuelas altas y bajas, sino también entre los historiadores preocupados por los centros de gobierno y los interesados por la política del hombre de la calle. El territorio de lo político se ha expandido en el sentido de qué (siguiendo a teóricos como Michel Foucault) los historiadores tienden cada vez más a analizar la lucha por el poder en el plano de la fábrica, la escuela o, incluso, la familia. El precio de semejante expansión es, sin embargo, una especie de crisis de identidad. Si la política está en todas partes, ¿qué necesidad hay de historia política? ³ Los historiadores de la cultura se enfrentan a un problema similar al alejarse de la definición estrecha, pero precisa, de cultura en cuanto arte, literatura, música, etc, y acceder a una definición de su campo más antropológica.

En este universo en expansión y fragmentación se da una progresiva necesidad de orientación. ¿Qué es eso que se ha llamado nueva historia? ¿Hasta qué punto es nueva? ¿Es una moda pasajera o una tendencia a largo plazo? ¿Sustituirá —por voluntad o por fuerza— a la historia tradicional o podrán coexistir en paz ambas rivales?

El propósito del presente volumen es dar respuesta a estas cuestiones. Un repaso exhaustivo de las variedades de la historia contemporánea no habría permitido otra cosa que un análisis superficial. Por tal motivo se tomó la decisión de centrar la atención en unos pocos movimientos relativamente recientes ⁴. Los ensayos dedicados a ellos se interesan en la práctica, al menos de forma implícita, por los mismos problemas fundamentales. Quizá sea útil comenzar abordando estos problemas y situándolos en el contexto de cambios a largo plazo en historiografía.

³ J. Vincent, *The Formation of the British Liberal Party* (Londres, 1966).

⁴ En J. Gardiner (ed.) *What is History Today?* (Londres, 1988) se contemplan otras variantes.

¿Qué es la Nueva Historia?

La expresión «la nueva historia» resulta más conocida en Francia que en cualquier otra parte. *La nouvelle histoire* es el título de una colección de ensayos dirigida por el ilustre medievalista Jacques Le Goff. Le Goff ha contribuido también a editar una masiva colección de ensayos en tres volúmenes sobre el tema «nuevos problemas», «nuevos enfoques» y «nuevos objetos» ⁵. En estos casos está claro qué es la nueva historia: se trata de una historia «made in France», el país de *la nouvelle vague* y *le nouveau roman*, por no hablar de *la nouvelle cuisine*. Más exactamente, se trata de la historia relacionada con la denominada *école des Annales*, agrupada en torno a la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*.

¿Qué es esta *nouvelle histoire*? No es fácil dar una definición positiva; el movimiento recibe su unidad sólo de aquello a lo que se opone y las páginas siguientes demostrarán la diversidad de enfoques nuevos. Es, por tanto, difícil ofrecer algo más que una descripción vaga que caracterice la nueva historia como historia total (*histoire totale*) o estructural. Así pues, se trataría, quizá, de imitar a los teólogos medievales cuando abordaban el problema de la definición de Dios y optar por una *vía negativa*; en otras palabras, de definir la nueva historia en función de lo que no es o de aquello a lo que se oponen quienes la practican.

La nueva historia es una historia escrita como reacción deliberada contra el «paradigma» tradicional, según el término útil, aunque impreciso, puesto en circulación por Thomas Kuhn, el historiador americano de la ciencia ⁶. Convendría describir ese paradigma tradicional como «historia rankeana», por el gran historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), si bien él mismo estuvo menos constreñido por ella que sus sucesores. (Así como Marx no fue marxista, tampoco Ranke fue rankeano.) También podríamos dar a este paradigma el nombre de visión de sentido común de la historia, aunque no para elogiarla sino para recalcar que a menudo —demasiado a menudo— se ha supuesto que era *la* manera de hacer historia y no se consideraba una forma más de abordar el pasado entre otras varias

⁵ J. Le Goff. (ed.), *La nouvelle histoire* (París, 1978); J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire* (3 vols., París, 1974) [hay ed. cast., *Hacer la Historia*, 2 vol., Barcelona, 1985].

⁶ T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Nueva York, 1961) [hay ed. cast., *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1990].

posibles. Por razones de sencillez y claridad podríamos resumir en siete puntos la oposición entre historia vieja y nueva.

1. Según el paradigma tradicional, el objeto esencial de la historia es la política. De acuerdo con la concluyente frase victoriana de sir John Seeley, Catedrático Regio de historia en Cambridge, «la historia es la política del pasado; la política es la historia del presente.» Se suponía que la política se interesaba fundamentalmente por el Estado; en otras palabras, era nacional e internacional, más que local. Sin embargo, también incluía la historia de la Iglesia en cuanto institución y lo que el teórico militar Karl von Clausewitz definía como «la continuación de la política por otros medios», es decir, la guerra. Aunque el paradigma tradicional no excluyera del todo otros tipos de historia —como, por ejemplo, la historia del arte o la de la ciencia—, eran relegados en el sentido de considerarlos periféricos a los intereses de los «auténticos» historiadores.

La nueva historia, por su parte, ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana. «Todo tiene una historia», escribía en cierta ocasión el científico J. B. S. Haldane; es decir, todo tiene un pasado que, en principio, puede reconstruirse y relacionarse con el resto del pasado⁷. De ahí la consigna de «historia total», tan cara a los historiadores de los *Annales*. La primera mitad de este siglo fue testigo de la aparición de la historia de las ideas. En los últimos treinta años hemos visto un número notable de historias sobre asuntos que anteriormente se consideraban carentes de historia, por ejemplo, la niñez, la muerte, la locura, el clima, los gustos, la suciedad y la limpieza, la gesticulación, el cuerpo (como muestra Roy Porter más adelante, en el capítulo X), la feminidad (analizada por Joan Scott en el capítulo 3), la lectura (estudiada por Robert Darnton en el capítulo VII), el habla y hasta el silencio⁸. Aquello que antes se consideraba inmutable, se ve ahora como una «construcción cultural» sometida a variaciones en el tiempo y el espacio.

⁷ J. B. S. Haldane, *Everything has a History* (Londres, 1951).

⁸ P. Ariès, *L'Enfant et la vie familiale sous l'ancien régime*, Seuil, 1973 [hay ed. cast., *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, 1987]; P. Ariès, *L'Homme devant la mort*, Seuil, 1977 [hay ed. cast., *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1987]; M. Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la locura en la época clásica*, 2 vol., Madrid, 1979]; E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine* (trad. ingl., Nueva York, 1971); A. Corbin, *Le miasme et la jonquille, l'odorat et l'imaginaire social, 18^e-20^e siècles*, Aubier-Montaigne, 1982; G. Vigarello, *Le propre et le sale: l'hygiène du corps depuis le Moyen Âge*, Seuil, 1987 [hay ed. cast. *Lo limpio y lo sucio: la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; J.-C. Schmitt (ed.), *Gestures*, número especial, *History and Anthropology* (1984); R. Bauman, *Let Your Words be Few* (Cambridge, 1984).

Merece la pena recalcar el relativismo cultural implícito en todo ello. El fundamento filosófico de la nueva historia es la idea de que la realidad está social o culturalmente constituida. El hecho de que muchos historiadores y antropólogos sociales compartan esta idea o hipótesis ayuda a explicar la reciente convergencia entre ambas disciplinas, de la que hablan más de una vez los capítulos que siguen (págs. 126 y 171). Este relativismo socava además la distinción tradicional entre lo central y lo periférico en historia.

2. En segundo lugar, los historiadores tradicionales piensan fundamentalmente la historia como una narración de acontecimientos, mientras que la nueva historia se dedica más al análisis de estructuras. Una de las obras históricas más famosas de nuestro tiempo, *El Mediterráneo*, de Fernand Braudel, se desinteresa por la historia de los acontecimientos (*histoire événementielle*), considerándola simplemente la espuma sobre las olas del mar de la historia⁹. Según Braudel, lo que verdaderamente importa son los cambios económicos y sociales a largo plazo (*la longue durée*) y los cambios geohistóricos a muy largo plazo. Aunque recientemente se ha producido cierta reacción contra este punto de vista (analizado en la pág. 290, *infra*) y los acontecimientos no se despachan con la ligereza habitual hasta el momento, siguen tomándose muy en serio los diversos tipos de historia de las estructuras.

3. En tercer lugar, la historia tradicional presenta una vista desde arriba, en el sentido de que siempre se ha centrado en las grandes hazañas de los grandes hombres, estadistas, generales y, ocasionalmente, eclesiásticos. Al resto de la humanidad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia. La existencia de esta regla se revela en las reacciones que genera su transgresión. Cuando el gran escritor ruso Alexander Pushkin trabajaba en el relato de una rebelión campesina y su cabecilla, Pugachev, el comentario del zar Nicolás fue que «personas como ésa no tienen historia». Cuando, en la década de 1950, un historiador británico escribió una tesis doctoral acerca de un movimiento popular en la Revolución francesa, uno de

⁹ F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, 1949 [hay ed. cast., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1976²¹].

los examinadores le preguntó: «¿Por qué se preocupa Ud. por esos bandidos?»¹⁰

Por otra parte (según muestra Jim Sharpe en el capítulo II), cierto número de nuevos historiadores se interesan por la «historia desde abajo», es decir, por las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social. La historia de la cultura popular ha sido objeto de considerable atención. Los historiadores de la Iglesia comienzan a examinar su historia tanto desde abajo como desde arriba¹¹. Igualmente, los historiadores del pensamiento han desviado su atención de los grandes libros o las grandes ideas —el equivalente a los grandes hombres—, dirigiéndola a la historia de las mentalidades colectivas o a la de los discursos o «lenguajes», por ejemplo, al lenguaje del escolasticismo o del derecho consuetudinario (cf. el ensayo de Richard Tuck, capítulo IX, *infra*)¹².

4. En cuarto lugar, según el paradigma tradicional la historia debería basarse en documentos. Uno de los mayores logros de Ranke fue su exposición de las limitaciones de las fuentes narrativas —llamémoslas crónicas— y su insistencia en la necesidad de basar la historia escrita en documentos oficiales procedentes de los gobiernos y conservados en archivos. El precio de este logro fue el olvido de otros tipos de prueba. El periodo anterior a la invención de la escritura quedó descartada como «prehistoria». Sin embargo, el movimiento de la «historia desde abajo» presentó, por su parte, las limitaciones de este tipo de documentación. Los registros oficiales expresan, por lo general, el punto de vista oficial. Para reconstruir las actitudes de herejes y rebeldes, tales registros requieren el complemento de otras clases de fuentes.

En cualquier caso, si los historiadores se interesan por una diversidad de actividades humanas mayor que la que ocupó a sus predecesores, habrán de examinar una variedad también mayor de pruebas. Algunas de éstas serán visuales; otras, orales (ver lo escrito por

Ivan Gaskell y Gwyn Prins en los capítulos VIII y VI). Existe también la prueba estadística: las cifras del comercio, de población, de votantes, etc. El apogeo de la historia cuantitativa se dio, probablemente, en las décadas de 1950 y 1960, cuando algunos entusiastas pretendieron que los únicos métodos fiables eran los cuantitativos. Se ha producido una reacción contra estas pretensiones y, en cierta medida, también contra sus métodos, pero el interés por una historia cuantitativa más modesta sigue aumentando. En 1987 se fundó, por ejemplo, en Gran Bretaña una *Association for History and Computing*.

5. Según el paradigma tradicional, expuesto de forma memorable por el historiador y filósofo R. G. Collingwood, «cuando un historiador pregunta “¿Por qué Bruto apuñaló a César?”, quiere decir “¿En qué pensaba Bruto para decidirse a apuñalar a César?”»¹³ Este modelo de explicación histórica ha sido criticado por historiadores más recientes por varios motivos, principalmente porque no consigue dar razón de la variedad de cuestiones planteadas por los historiadores, interesados a menudo tanto por movimientos colectivos como por acciones individuales, tanto por tendencias como por acontecimientos.

Por poner un ejemplo, ¿por qué subieron los precios en la España del siglo XVI? Los historiadores de la economía no coinciden en sus contestaciones a esta pregunta, pero sus diversas respuestas (en función de las importaciones de plata, crecimiento demográfico, etc.) están muy lejos del modelo de Collingwood. En el famoso estudio de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo en el siglo XVI, aparecido en 1949, sólo la tercera y última parte, dedicada a la historia de los acontecimientos, plantea cuestiones remotamente parecidas a la de Collingwood, e incluso allí el autor ofrece un tipo de respuestas muy diferente al hacer hincapié en las cortapisas a que estaba sometido su protagonista, Felipe II, y en la falta de influencia del rey sobre la historia de su tiempo¹⁴.

6. De acuerdo con el paradigma tradicional, la historia es objetiva. La tarea del historiador es ofrecer al lector los hechos o, como decía Ranke en una frase muy citada, contar «cómo ocurrió realmente

¹⁰ El nombre del examinador era Lewis Namier. R. Cobb, *The Police and the People* (Oxford, 1970), pág. 81.

¹¹ E. Hooftaert et al., *Historia da Igreja no Brasil: ensaio de interpretação a partir do povo* (Petrópolis, 1977).

¹² J. G. A. Pocock, «The Concept of a Language», en: A. Padgen (ed.) *The Language of Political Theory* (Cambridge, 1987). Cfr. D. Kelley, «Horizons of Intellectual History», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), págs. 143-69, y «What is Happening to the History of Ideas?» *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), págs. 3-25.

¹³ R. G. Collingwood, *The Idea of History* (Oxford, 1946), págs. 213ss.

¹⁴ Braudel (1949).

te». Su humilde rechazo de cualquier intención filosófica fue interpretado por la posteridad como un orgulloso manifiesto en favor de una historia no sesgada. En una famosa carta a su equipo internacional de colaboradores en la *Cambridge Modern History*, publicada a partir de 1902, el director de la edición, lord Acton, le pedía encarecidamente que «nuestro Waterloo satisfaga por igual a franceses e ingleses, alemanes y holandeses» y que los lectores no puedan decir dónde puso su pluma uno de los colaboradores y dónde la retiró otro ¹⁵.

En la actualidad este ideal se considera, en general, quimérico. Por más decididamente que luchemos por evitar los prejuicios asociados al color, el credo, la clase social o el sexo, no podemos evitar mirar al pasado desde una perspectiva particular. El relativismo cultural se aplica, como es obvio, tanto a la historiografía misma como a lo que se denominan sus objetos. Nuestras mentes no reflejan la realidad de manera directa. Percibimos el mundo sólo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra. En tal situación, nuestra comprensión de los conflictos se ve aumentada por la presentación de puntos de vista opuestos, más que por el intento de expresar un acuerdo, como en el caso de Acton. Nos hemos desplazado del ideal de la Voz de la Historia a la heteroglosia, definida como un conjunto de «voces diversas y opuestas» (*infra* pág. 296) ¹⁶. Era, por tanto, muy pertinente que el presente volumen tomara forma de obra colectiva y que sus colaboradores hablaran distintas lenguas maternas.

La historia rankeana fue el territorio de los profesionales. El siglo XIX fue un tiempo de la profesionalización de la historia, con sus departamentos universitarios y sus publicaciones, como la *Historische Zeitschrift* y la *English Historical Review*. La mayoría de los principales nuevos historiadores son también profesionales, con la destacada excepción del difunto Philippe Ariès, a quien gustaba definirse como un «historiador dominguero». Una de las maneras de describir los logros del grupo de los *Annales* consiste en decir que han mostrado cómo las historias económica, social y cultural pueden estar a la altura

¹⁵ Citado en F. Stern (ed.), *Varieties of History* (Nueva York, 1956), pág. 249.

¹⁶ Tomo el término del famoso crítico ruso Mijail Bajtin, en su *Dialogic Imagination* (trad. ingl., Austin, 1981), págs. xix, 49, 55, 263, 273. Cfr. M. de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other* (trad. ingl., Minneapolis, 1986).

de las exigentes pautas establecidas por Ranke para la historia política.

Al mismo tiempo, su interés por toda la gama de la actividad humana les estimula a ser interdisciplinarios, en el sentido de aprender de antropólogos sociales, economistas, críticos literarios, psicólogos, sociólogos, etc., y colaborar con ellos. Los historiadores del arte, la literatura y la ciencia, que solían atender a sus intereses aislándose en mayor o menor medida del grupo principal de los historiadores, mantienen en la actualidad un contacto más habitual con ellos. El movimiento de la historia desde abajo refleja también una nueva decisión de adoptar los puntos de vista de la gente corriente sobre su propio pasado con más seriedad de lo que acostumbraban los historiadores profesionales ¹⁷. Lo mismo vale para algunas formas de historia oral (*infra*, pág. 144). En este sentido, la heteroglosia es también esencial para la nueva historia.

¿Hasta qué punto es nueva la Nueva Historia?

¿Quién inventó —o descubrió— la nueva historia? La expresión se utiliza a veces para aludir a procesos ocurridos en las décadas de 1970 y 1980, periodo en que la reacción contra el paradigma tradicional se extendió a todo el mundo afectando a historiadores del Japón, la India, América Latina y cualesquiera otros lugares. Los ensayos recogidos en este libro se centran en ese periodo particular. No obstante, es indudable que la mayoría de los cambios ocurridos en historiografía en ambos decenios forman parte de una tendencia más larga.

Para muchos, la nueva historia está asociada a Lucien Febvre y Marc Bloch, que fundaron en 1929 la revista *Annales* para promocionar su enfoque, y a Fernand Braudel, en la generación siguiente. De hecho sería difícil negar la importancia del movimiento encabezado por estas personas en la renovación de la historia. Sin embargo, en su rebelión contra los rankeanos no estuvieron solos. En la Gran Bretaña de la década de 1930, Lewis Namier y R. H. Tawney rechazaron la narración de sucesos en cualquier tipo de historia estructural. En torno al año 1900, Karl Lamprecht se hizo impopular en Alemania

¹⁷ Ver casi cualquier número de *History Workshop Journal*.

entre la profesión por su desafío al paradigma tradicional. La frase despectiva de *histoire événementielle*, «historia centrada en los acontecimientos», se acuñó en ese tiempo, una generación antes de la época de Braudel, Bloch y Febvre¹⁸. Expresa las ideas de un grupo de estudiosos en torno al gran sociólogo francés Émile Durkheim y su revista, el *Année Sociologique*, publicación que contribuyó a inspirar los *Annales*.

La misma expresión «nueva historia» tiene su propia historia. Por lo que yo sé, la más antigua del término data de 1912, cuando el académico James Harvey Robinson publicó una obra con este título. Los contenidos estaban a la altura de su etiqueta. «La historia», escribía Robinson, «incluye todo rastro y vestigio de cualquier cosa hecha o pensada por el hombre desde su aparición en la tierra». En otras palabras, Robinson creía en la historia total. En cuanto al método, «la Nueva Historia —cito otra vez a Robinson— se valdrá de todos los descubrimientos sobre el género humano realizados por antropólogos, economistas, psicólogos y sociólogos»¹⁹. Este movimiento en favor de una nueva historia no tuvo éxito en aquel momento en los Estados Unidos, pero el más reciente entusiasmo norteamericano por los *Annales* se entiende mejor si recordamos este trasfondo local.

No hay ninguna buena razón para detenernos en 1912, ni tan siquiera en 1900. Últimamente se ha defendido que la sustitución de una historia vieja por otra nueva (más objetiva y menos literaria) es un motivo recurrente en la historia de la historiografía²⁰. Este tipo de exigencias fueron planteadas por la escuela de Ranke en el siglo XIX, por el gran estudioso benedictino Jean Mabillon, que en el siglo XVII formuló nuevos métodos de crítica de las fuentes, y por el historiador griego Polibio, quien ciento cincuenta años antes del nacimiento de Cristo denunció a algunos de sus colegas tachándolos de meros retóricos. En el primer caso, al menos, las pretensiones de novedad eran conscientes. En 1987 el gran historiador holandés Robert Fruin publicó un ensayo titulado «La nueva historiografía», donde defendía la historia científica, rankeana²¹.

¹⁸ Cfr. P. Burke, *The French Historical Revolution* (Cambridge, 1990), pág. 113.

¹⁹ J. H. Robinson, *The New History* (Nueva York, 1912); cfr. J. R. Pole, «The New History and the Sense of Social Purpose in American Historical Writing» (1973, reimpreso en: *id.*, *Paths to the American Past* (Nueva York, 1979, págs. 271-98).

²⁰ L. Orr, «The Revenge of Literature», *New Literary History* 18 (1986), págs. 1-22.

²¹ R. Fruin, *De nieuwe historiographie*, reimpreso en: *Id.*, *Verspreide Geschriften* 9 (La Haya, 1904), págs. 410-18.

El empeño por escribir una historia que fuera más allá de los acontecimientos políticos se remonta también muy atrás. La historia económica se asentó en Alemania, Gran Bretaña y otras partes a finales del siglo XIX como alternativa a la historia del Estado. En 1860 el erudito suizo Jacob Burckhardt publicó un estudio sobre *La civilización del Renacimiento en Italia*, centrado en la historia cultural y que, más que narrar sucesos, describe tendencias. Los sociólogos del siglo XIX, como Auguste Comte, Herbert Spencer —por no mencionar a Karl Marx— se interesaron en extremo por la historia, aunque despreciaran a los historiadores profesionales. El objeto de su interés eran las estructuras y no los acontecimientos y la nueva historia tiene con ellos una deuda que frecuentemente no se reconoce.

Aquellos, a su vez, son acreedores, a menudo sin aceptarlos, de algunos predecesores suyos: los historiadores de la Ilustración, entre ellos Voltaire, Gibbon (a pesar de la observación anteriormente citada por mí), Robertson, Vico, Möser y otros. En el siglo XVIII se produjo un movimiento internacional favorable a un tipo de historiografía no limitada a los acontecimientos militares y políticos sino interesada por las leyes, el comercio, la *manière de penser* de una determinada sociedad, sus hábitos y costumbres, el «espíritu de la época». En Alemania, en especial, surgió un vivo interés por la historia universal²². El escocés William Alexander y Christoph Meiners, profesor de la Universidad de Gotinga (centro de la nueva historia social de finales del siglo XVIII), publicaron estudios sobre historia de las mujeres²³.

Así, la historia alternativa analizada en la presente obra tiene una alcurnia razonablemente antigua (por más que sus tatarabuelos no pudieran, quizá, reconocer a sus descendientes). Lo nuevo no es tanto su existencia cuanto el hecho de que quienes la practican sean ahora extremadamente numerosos y rechacen ser marginados.

Problemas de definición

El propósito de este volumen no es hacer el panegírico de la nueva historia (a pesar de que sus colaboradores coincidan en la vali-

²² M. Harbsmeier, «World Histories before Domestication», *Culture and History* 5 (1989) págs. 93-131.

²³ W. Alexander, *The History of Women* (Londres, 1779); C. Meiners, *Geschichte des Weiblichen Geschlechts* (4 vols., Hannóver, 1788-1800).

dez o, de hecho, en la necesidad de al menos algunas de sus formas), sino evaluar sus fuerzas y debilidades. El movimiento en favor de un cambio ha nacido de un amplio sentimiento de lo inadecuado del paradigma tradicional. Este sentimiento de inadecuación no se puede entender si no se mira, más allá del gremio de los historiadores, a las transformaciones producidas a lo ancho del mundo. La descolonización y el feminismo, por ejemplo, son dos procesos que han tenido, como es obvio, una gran repercusión en la historiografía reciente, según dejan cumplidamente claro los capítulos escritos por Henk Wesseling y Joan Scott. En el futuro, el movimiento ecologista tendrá, probablemente, una influencia creciente en la manera de escribir la historia.

De hecho, ya ha inspirado cierto número de estudios. Al publicarse, en 1949, la famosa monografía de Braudel sobre el Mediterráneo llamó la atención por el espacio dedicado al entorno físico —tierra y mar, montañas e islas—. Hoy, sin embargo, el cuadro de Braudel resulta curiosamente estático, pues su autor no tuvo seriamente en cuenta la forma en que se modifica el medio ambiente por la presencia, por ejemplo, del hombre como destructor de bosques para construir las galeras que ocupan un lugar tan destacado en las páginas de *El Mediterráneo*.

Algunos escritores nos han ofrecido una ecohistoria más dinámica. William Cronon ha escrito un excelente estudio de la Nueva Inglaterra colonial centrado en los efectos de la llegada de los europeos sobre las comunidades vegetales y animales de la región, señalando la desaparición de castores y osos, cedros y pinos de Weymouth y la creciente importancia de animales europeos de pasto. En una escala muy distinta, Alfred Crosby ha analizado lo que él denomina «la expansión biológica de Europa» entre el 900 y 1900 y la influencia de las enfermedades europeas en abrir camino al éxito de la instalación de «Neoeuropas», desde Nueva Inglaterra a Nueva Zelanda ²⁴.

Por razones tanto internas como externas, no es disparatado hablar de la crisis del paradigma historiográfico tradicional. Sin embargo, el nuevo paradigma tiene también sus problemas: problemas de definición, de fuentes, de método y de exposición. Estos problemas

reaparecerán en los capítulos específicos, pero podría ser útil analizarlos brevemente aquí.

Se dan problemas de definición porque los nuevos historiadores se están introduciendo en un territorio desconocido. Como acostumbra a hacer los exploradores de otras culturas, comienzan con una especie de imagen en negativo de lo que buscan. La historia de Oriente ha sido considerada por los historiadores occidentales como lo opuesto a la propia, eliminando diferencias entre Oriente medio y lejano, China y Japón, etc. ²⁵. Como señala Henk Wesseling más abajo (capítulo IV), la historia universal ha sido vista —por los occidentales— como el estudio de las relaciones entre Occidente y el resto del mundo, ignorando las interacciones entre Asia y África, Asia y América, etc. A su vez, la historia desde abajo fue concebida en origen como la inversión de la historia desde arriba, poniendo la cultura «baja» en el lugar de la alta cultura. No obstante, a lo largo de sus investigaciones, los estudiosos se han ido dando cuenta más y más de los problemas inherentes a esta dicotomía.

Así, por ejemplo, si la cultura popular es la cultura «del pueblo», ¿quién es el pueblo? ¿Lo son todos, los pobres, las «clases inferiores» como solía llamarlas el intelectual marxista Antonio Gramsci? ¿Lo son los iletrados o las personas sin educación? Podemos dar por supuesto que las divisiones económicas, políticas y culturales coinciden necesariamente en una sociedad dada. Pero, ¿qué es la educación? ¿Es sólo la preparación proporcionada en ciertas instituciones oficiales, como escuelas o universidades? La gente corriente, ¿carece de educación o, simplemente, tiene una educación diferente, una cultura distinta de la de las elites?

No deberíamos suponer, desde luego, que todas las personas corrientes tiene idénticas experiencias, y la importancia de distinguir la historia de las mujeres de la de los hombres queda subrayada por Joan Scott en el capítulo III. En algunas partes del mundo, de Italia al Brasil, la historia de la gente corriente se suele denominar «la historia de los vencidos», asimilando así las experiencias de las clases inferiores de Occidente con la de los colonizados ²⁶. Sin embargo, las diferencias entre estas experiencias requieren también un análisis.

²⁵ Algunos comentarios agudos sobre este problema. en E. Sain, *Orientalism* (Londres, 1978).

²⁶ E. De Decca, 1930: *O silêncio dos vencidos* (São Paulo, 1981).

²⁴ W. Cronon, *Changes in the Land* (Nueva York, 1983); A. W. Crosby, *Ecological Imperialism* (Cambridge, 1986) [hay ed. cast., *Imperialismo ecológico*, Barcelona, 1988].

La expresión «historia desde abajo» parece ofrecer una salida a estas dificultades, pero genera sus propios problemas. En contextos distintos, su significado cambia. Una historia política desde abajo, ¿debería debatir las opiniones y actos de cualquiera que esté excluido del poder o habría de tratar de la política en un plano local o en el de la gente corriente? Una historia de la Iglesia desde abajo, ¿debería considerar la religión desde el punto de vista de los laicos, fuera cual fuese su rango social? Una historia de la medicina desde abajo, ¿tendría que ocuparse de los curanderos, por oposición a los médicos profesionales, o de las experiencias y diagnósticos de los pacientes en relación con su enfermedad? ²⁷ Una historia militar desde abajo, ¿habría de tratar las batallas de Agincourt o Waterloo de los soldados corrientes, como ha hecho de forma tan memorable John Keegan, o debería centrarse en la experiencia de la guerra de las personas civiles? ²⁸ Una historia de la educación desde abajo, ¿tendría que olvidar a los ministros y teóricos de la educación y volverse a los maestros corrientes, como ha hecho Jacques Ozouf, por ejemplo, o presentar la escuela desde el punto de vista de los escolares? ²⁹ Una historia económica desde abajo, ¿habría de centrarse en el pequeño comerciante o en el pequeño consumidor?

Una de las razones de la dificultad para definir la historia de la cultura popular es que la noción de «cultura» es incluso más difícil de definir que la de «popular». La definición de cultura calificada de «teatro de ópera» (en el sentido del gran arte, la gran literatura, etc.) era estrecha pero, al menos, precisa. Un elemento fundamental de la nueva historia es su noción amplia de cultura ³⁰. El Estado, los grupos sociales y hasta el sexo o la sociedad misma se consideran contruidos culturalmente. Sin embargo, si utilizamos el término en un sentido amplio, habremos de preguntarnos, al menos, qué es lo que no cuenta como cultura.

Otro ejemplo de nuevo tratamiento que se ha topado con problemas de definición es la historia de la vida cotidiana, la *Alltagsgeschichte*, según la llaman los alemanes. La expresión en sí no es nueva: la

vie quotidienne era el título de una serie lanzada por la editorial francesa Hachette en la década de 1930. Lo nuevo aquí es la importancia dada a la vida cotidiana en la historiografía contemporánea, en especial desde la publicación en 1967 del famoso estudio de Braudel sobre la «civilización material» ³¹. La historia de la vida cotidiana, rechazada en otro tiempo por trivial, está considerada ahora por algunos historiadores como la única historia auténtica, el centro con el que debe relacionarse todo lo demás. Lo cotidiano se halla también en la encrucijada de enfoques recientes en sociología (desde Michel de Certeau a Erving Goffman) y en filosofía (tanto marxista como fenomenológica) ³².

Lo común a estas formas de abordar la cuestión es su interés por el mundo de la experiencia ordinaria (más que por la sociedad en abstracto) en cuanto punto de partida, junto con un empeño por considerar problemática la vida diaria, en el sentido de mostrar que el comportamiento o valores dados por supuestos en una sociedad se descartan en otra como evidentemente absurdos. Ciertos historiadores, al igual que los antropólogos sociales, intentan en la actualidad desvelar las reglas latentes de la vida cotidiana (la «poética» de cada día, en expresión del semiótico ruso Yuri Lotman) y mostrar a sus lectores cómo se es padre o hija, legislador o santo en una determinada cultura ³³. En este punto, la historia social y cultural parecen disolverse la una en la otra. Algunos de quienes las practican se describen como «nuevos» historiadores de la cultura; otros, como historiadores «socioculturales» ³⁴. En cualquier caso, el impacto del relativismo cultural en la historiografía parece ineludible.

No obstante, según ha señalado el sociólogo Norbert Elias en un importante ensayo, la noción de lo cotidiano es menos precisa y más

³¹ F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme* (París, 1967); ed. revisada: *Les structures du quotidien* (París, 1979) [hay ed. cast., *Civilización material, económica y capitalismo*, 3 vol., Alianza Editorial, 1984]. Cfr. J. Kuczynski, *Geschichte des Alltags des Deutschen Volkes* (4 vols. Berlín, 1980-2).

³² M. de Certeau, *L'invention du quotidien* (París, 1980); E. Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life* (Nueva York, 1959); H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne* (3 vols., París, 1946-81). Cfr. F. Mackie, *The Status of Everyday Life* (Londres, 1985).

³³ J. Lotman, «The Poetics of Everyday Behaviour in Russian Eighteenth-Century Culture», en: *The Semiotics of Russian Culture* ed. J. Lotman y B. A. Uspenskii (Ann Arbor, 1984), págs. 231-56. Un debate más amplio sobre el problema de la historiografía de las reglas culturales, en P. Burke, *Historical Anthropology of Early Modern Italy* (Cambridge, 1987), págs. 5ss, 21ss.

³⁴ L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

²⁷ Cfr. R. Porter, «The Patient's View: Doing Medical History from Below», *Theory and Society* 14 (1985), págs. 175-98.

²⁸ Sobre los soldados rasos, ver J. Keegan, *The Face of Battle* (Londres, 1976) [hay ed. cast., *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990].

²⁹ J. Ozouf (ed.), *Nous les maîtres d'école* (París, 1967) examina la experiencia de los maestros de escuela elemental c. 1914.

³⁰ L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

complicada de lo que parece. Elias distingue ocho significados en el término, desde la vida privada hasta el mundo de la gente corriente³⁵. En lo cotidiano entran acciones —Braudel lo define como el reino de la rutina— y también actitudes que podríamos llamar hábitos mentales. Podría incluir hasta lo ritual. Lo ritual, un hito de las ocasiones especiales en la vida de individuos y comunidades, se define a menudo por oposición a lo cotidiano. Por otra parte, los visitantes forasteros advierten en la vida de toda sociedad ritos cotidianos —formas de comer, de saludarse, etc.— que los habitantes locales no logran percibir en absoluto como rituales.

Igual dificultad entraña la descripción o el análisis de la relación entre estructuras de cada día y cambio cotidiano. Visto desde dentro, lo cotidiano parece intemporal. El reto planteado al historiador social es mostrar cómo el relacionar la vida cotidiana con los grandes sucesos —como la Reforma o la Revolución francesa— o con tendencias a largo plazo —como la occidentalización o el nacimiento del capitalismo— forma, de hecho, parte de la historia. El famoso sociólogo Max Weber acuñó un término, también famoso, que podría utilizarse aquí: «rutinización» (*Veralltäglicung*, literalmente «cotidianización»). Uno de los focos de atención de los historiadores sociales podría ser el proceso de interacción entre acontecimientos y tendencias de mayor importancia, por un lado, y estructuras de la vida cotidiana, por otro. ¿Hasta dónde, por qué medios y durante qué periodo la revolución francesa o la rusa imbuyeron (por así decirlo) la vida diaria de los distintos grupos sociales, hasta qué punto y con cuánto éxito se les opuso resistencia?

Problemas de fuentes

Sin embargo, los mayores problemas de los nuevos historiadores son, sin duda, los de fuentes y métodos. Se ha sugerido ya que, cuando los historiadores comenzaron a plantear nuevas cuestiones sobre el pasado, a elegir nuevos objetos de investigación, hubieron de buscar nuevos tipos de fuentes que complementaran los documentos oficiales. Algunos se volvieron hacia la historia oral, analizada en el ca-

pítulo VI; otros, hacia las pruebas figurativas (capítulo VIII); otros, hacia las estadísticas. También se ha demostrado posible releer ciertos tipos de documentos oficiales de una manera nueva. Los historiadores de la cultura popular, por ejemplo, han hecho gran uso de los registros judiciales, en especial de los interrogatorios de sospechosos. Dos famosos estudios de historia desde abajo se basan en actas inquisitoriales: el *Montaillou* de Le Roy Ladurie (1975), analizado en el capítulo II, y *El queso y los gusanos*, de Ginzburg (1986).

Sin embargo, todas estas fuentes suscitan problemas engorrosos. Los historiadores de la cultura popular procuran reconstruir las ideas ordinarias y cotidianas partiendo de registros de sucesos que fueron extraordinarios en las vidas de los acusados: interrogatorios y juicios. Intentan reconstruir lo que la gente corriente pensaba en función de lo que los acusados, que podían formar un grupo no típico, estaban dispuestos a decir en la situación inusual (por no decir terrorífica) en que se hallaban. Es, por tanto, necesario leer los documentos entre líneas. Este intento de lectura entre líneas es perfectamente correcto, sobre todo cuando lo llevan a cabo historiadores de la sutileza de Ginzburg o Le Roy Ladurie.

A pesar de todo, los principios en que se basa esta lectura no son siempre claros. Es justo admitir que retratar a los socialmente invisibles (por ejemplo, las mujeres trabajadoras) o escuchar a quienes no se expresan (la mayoría silenciosa, los muertos) es un cometido que implica mayores riesgos que los habituales en la historia tradicional (si bien resulta necesaria como parte de la historia total). Pero no siempre es así. La historia política de la época de Carlomagno, por poner un caso, se basa en fuentes tan escasas y poco fiables, al menos, como las de la historia de la cultura popular en el siglo XVI³⁶.

Las pruebas orales han sido objeto de gran atención, por ejemplo en ciertos casos de historiadores de África como Jan Vansina, preocupados por la fiabilidad de las tradiciones orales mantenidas durante siglos, y en algunos otros de historiadores contemporáneos, como Paul Thompson al reconstruir la experiencia vital en la era eduardiana. Se ha debatido el problema de la influencia del historiador-entrevistador y de la situación de entrevista en las declaraciones del testigo³⁷. Sin embargo, hay que tener la honradez de admitir que la

³⁵ N. Elias, «Zum Begriff des Alltags», en: *Materiellen zur Soziologie des Alltags*, K. Hammerich y M. Klein (eds.) (Opladen, 1978), págs. 22-9.

³⁶ Cfr. P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978), cap. III.

³⁷ R. Samuel y P. Thompson (eds.), *The Myths We Live By* (Londres, 1990).

crítica de los testimonios orales no ha alcanzado la complejidad de la crítica documental, practicada por los historiadores desde hace siglos. Podemos hacernos cierta idea de la distancia recorrida en un cuarto de siglo —y del trecho que aún queda por andar— comparando la primera edición del estudio de Vansina sobre la tradición oral, publicado por primera vez en 1961, con la versión completamente reescrita de 1985³⁸.

La situación es bastante similar en el caso de fotografías, imágenes y, más en general, pruebas de la cultura material. Algunas obras recientes sobre fotografía (y cine) han puesto en evidencia la pretensión de que la cámara es un registro objetivo de la realidad, haciendo hincapié no sólo en la selección realizada por el fotógrafo de acuerdo con sus intereses, creencias, valores, prejuicios, etc., sino también su deuda, consciente o inconsciente, con las convenciones pictóricas. Si algunas fotografías victorianas de la vida rural se parecen a los paisajes holandeses del siglo XVII, podría ser muy bien porque los fotógrafos conocían esa pintura y situaban sus personajes en consonancia, a fin de producir, como decía Thomas Hardy en el subtítulo de *Under the Greenwood Tree*, «un cuadro de la escuela holandesa». Los fotógrafos, como los historiadores, no ofrecen un reflejo de la realidad sino representaciones de la misma. Se han dado algunos importantes pasos hacia la crítica de fuentes de las imágenes fotográficas, pero también aquí queda un largo trecho por recorrer³⁹.

En el caso de las imágenes pictóricas, analizado más abajo por Ivan Gaskell, al clima de entusiasmo de la decodificación de su iconografía o iconología a mediados del siglo XX, la época de virtuosos como Erwin Panofsky y Edgar Wind, le ha sucedido un periodo de glaciación de relativo escepticismo. Los criterios para la interpretación de significados concretos latentes son realmente difíciles de formular⁴⁰. Los problemas de la iconografía se hacen más penosos cuando los historiadores de otras materias intentan utilizar la pintura

³⁸ P. Thompson, *The Voice of the Past*, 1978 (ed. revisada, Oxford, 1988) [hay ed. cast., *La voz del pasado*, Valencia, 1988]; J. Vansina, *Oral Tradition* (trad. ingl., Londres, 1965) y *Oral Tradition as History* (Madison, 1985).

³⁹ P. Smith (ed.), *The Historian and Film* (Cambridge, 1976); A. Trachtenberg, «Albums of War», *Representations* 9 (1985) págs. 1-32; J. Tagg, *The Burden of Representation: Essays on Photographies and Histories* (Amherst, 1988).

⁴⁰ E. Panofsky, *Essays in Iconology* (Nueva York, 1939) [hay ed. cast., *Estudios sobre iconología*, Alianza Editorial, Madrid, 1989]; E. Wind, *Pagan Mysteries in the Renaissance* (Londres, 1958) [hay ed. cast., *Misterios paganos del Renacimiento*, Barcelona, 1972]. Un punto de vista más escéptico aparece expresado por E. H. Gombrich, «Aims and Limits of Iconology», en su obra *Symbolic Images* (Londres, 1972), págs. 1-22 [hay ed. cast., *Imágenes simbólicas*, Alianza Editorial, Madrid, 1990].

para sus propios propósitos como prueba de actitudes religiosas o políticas. Es muy fácil caer en una argumentación circular, leyendo (por poner un caso) una imagen de Alberto Durero como síntoma de crisis espiritual y presentando luego la imagen como una prueba de la existencia de la crisis⁴¹.

La cultura material es, por supuesto, el territorio tradicional de los arqueólogos que estudian épocas carentes de documentos escritos. Sin embargo no hay ninguna buena razón para restringir los métodos arqueológicos a la prehistoria y los arqueólogos han comenzado de hecho a estudiar la Edad Media, la primera revolución industrial y, más recientemente, un ámbito temporal más amplio, desde la América colonial hasta la actual sociedad de consumo⁴².

Los historiadores comienzan a emularlos, si no excavando el pasado (Versalles y otros edificios importantes de la Edad Moderna no necesitan, por suerte, ser excavados), sí al menos prestando más atención a los objetos físicos. Los debates en torno al nacimiento del individualismo y la privacidad en la Edad Moderna se basan actualmente no sólo en las pruebas suministradas por los diarios sino también en cambios como la aparición de vasos individuales (en lugar de jarras comunes) y sillas (en lugar de bancos) y en el desarrollo de habitaciones especialmente destinadas a dormitorio⁴³.

En este caso, sin embargo, es difícil no preguntarse si la cultura material no está siendo utilizada como mera confirmación de una hipótesis fundada en primer lugar en pruebas literarias. ¿Puede aspirar a algo más la arqueología del periodo posterior a 1500 (al menos, en Occidente)? El difunto sir Moses Finley insinuó en cierta ocasión que «ciertos tipos de documentación hacen de la arqueología algo más o menos innecesario», arrojando así con una frase la arqueología industrial al cubo de la basura⁴⁴. Su crítica merece una respuesta seria, pero todavía está por hacer una estimación a fondo del valor de las pruebas de la cultura material para la historia posterior a la Edad Media.

⁴¹ C. Ginzburg, «Da Aby Warburg a E. H. Gombrich», *Studi medievali* 8 (1966), págs. 1015-65. Su crítica iba dirigido en particular contra Fritz Saxl. Sobre la iconografía para los historiadores de las mentalidades, ver M. Vovelle (ed.), *Iconographie et histoire des mentalités* (Aix, 1979).

⁴² K. Hudson, *The Archaeology of the Consumer Society* (Londres, 1983).

⁴³ J. Deetz, *In Small Things Forgotten; the Archaeology of Early American Life* (Nueva York, 1977).

⁴⁴ M. I. Finley, *The Use and Abuse of History* (Londres, 1975), pág. 101 [hay ed. cast., *Uso y abuso de la historia*, Barcelona, 1984].

Curiosamente, la historia de la cultura material, un campo que en los últimos años ha atraído un notable interés, se basa menos en el estudio de los artefactos mismos que en fuentes literarias. Los historiadores interesados por lo que se ha llamado la vida social de las cosas —o, más exactamente, por la vida social de grupos revelada por su uso de las cosas— confían en gran parte en pruebas como las descripciones de viajeros (que nos dicen mucho sobre la localización y funciones de objetos particulares) o inventarios de bienes, susceptibles de análisis por métodos cuantitativos ⁴⁵.

La máxima innovación metodológica —y la más controvertida— en la última generación ha sido, seguramente, la aparición y expansión de los métodos cuantitativos, descritos a veces irónicamente como «Cliométrica», es decir, las medidas de la diosa de la historia. Naturalmente, este enfoque tiene una larga existencia entre los historiadores de la economía y los demógrafos históricos. Lo nuevo, entonces y ahora, es su extensión a otros tipos de historia en las décadas de 1960 y 1970. En EE UU, por ejemplo, existe una «nueva historia política» cuyos cultivadores cuentan los votos emitidos en las elecciones o en la actividad parlamentaria ⁴⁶. En Francia la «historia serial» (*histoire sérielle*), llamada así porque sus datos se disponen en series cronológicas, se ha extendido gradualmente del estudio de los precios (en la década de 1930) al de la población (en la de 1950) y al denominado «tercer nivel» de la historia, el de las mentalidades religiosas o seculares ⁴⁷. Un estudio famoso de la llamada «descristianización» de la Francia moderna deduce el meollo de su demostración del descenso de las cifras de la comunión pascual. Otro, centrado en la Provenza del siglo XVIII, investiga el cambio de actitudes ante la muerte según se revelan en tendencias expresadas en las fórmulas de 30.000 testamentos, observando la disminución de referencias a la «corte celestial», o en los legados para celebrar funerales complicados o misas de difuntos ⁴⁸.

En los últimos años, las estadísticas, realizadas con ayuda de ordenadores, han penetrado incluso en la ciudadela de la historia ran-

⁴⁵ A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things* (Cambridge, 1986).

⁴⁶ W. Aydelotte, *Quantification in History* (Reading, Mass., 1971); A. Bogue, *Clio and the Bitch Goddess: Quantification in American Political History* (Beverly Hills, 1983).

⁴⁷ P. Chaunu, «Le quantitatif au 3.^e niveau» (1973; reimpresso en: *id. Histoire quantitatif, histoire sérielle* (Paris, 1978).

⁴⁸ G. le Bras, *Études de sociologie religieuse* (2 vols., Paris 1955-6); M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation* (Paris, 1973).

keana: los archivos. Los American National Archives, por ejemplo, cuentan ahora con un «Departamento de datos de lectura mecánica» y los archiveros comienzan a lamentarse por la conservación y almacenamiento no sólo de manuscritos sino también de cintas perforadas. En consecuencia, los historiadores tienden más y más a considerar los archivos antiguos, como los de la Inquisición, como «bancos de datos» que pueden explotarse mediante métodos cuantitativos ⁴⁹.

La introducción en el discurso histórico de una gran profusión de estadísticas ha llevado a polarizar a los profesionales en incondicionales y oponentes. Ambas partes han tendido a exagerar la novedad de los problemas planteados por la utilización de cifras. Se pueden falsificar las estadísticas, pero lo mismo ocurre con los textos. Es fácil malinterpretar las estadísticas, pero sucede otro tanto con los textos. Los datos de lectura mecánica no son de utilización grata, pero pasa exactamente lo mismo con muchos manuscritos casi ilegibles o a punto de desintegrarse. Lo que se necesitan son medios para discriminar, para descubrir qué tipos de estadísticas son más de fiar, en qué medida y para qué fines. La noción de serie, fundamental en la historia serial, requiere ser tratada como algo problemático, en especial cuando se estudian cambios a largo plazo. Cuanto más largo sea el periodo, menos probabilidades habrá de que las unidades de las series —testamentos, listas de cumplimiento pascual o cualesquiera otras— sean homogéneas. Ahora bien, si ellas mismas están sometidas a cambio, ¿cómo pueden utilizarse como medida de otros cambios?

En otras palabras, lo que necesitamos es una nueva «diplomática» (como en el caso de las fotografías y demás nuevas fuentes ya analizadas). Este fue el término empleado por Jean Mabillon, el estudioso benedictino, en su guía para la utilización de documentos oficiales en un momento (finales del siglo XVII) en que el recurso a ese tipo de pruebas era novedoso y despertaba las sospechas de historiadores más tradicionales ⁵⁰. ¿Quién será el Mabillon de la estadística, la fotografía o la historia oral?

⁴⁹ G. Hennigsen, «El «Banco de datos» del Santo Oficio», *Boletín de la Real Academia de Historia* 174 (1977), págs. 547-70.

⁵⁰ J. Mabillon, *De re diplomatica* (Paris, 1681).

Problemas de explicación

Ya hemos insinuado que la expansión del terreno del que se ocupan los historiadores implica repensar la explicación de la historia, pues las tendencias culturales y sociales no pueden analizarse de la misma manera que los acontecimientos políticos y requieren una presentación más estructural. Los historiadores, quieran que no, han de ocuparse en cuestiones que han interesado desde mucho tiempo atrás a sociólogos y otros científicos sociales. ¿Quiénes son los verdaderos agentes de la historia, los individuos o los grupos? ¿Pueden oponerse con éxito a las presiones de las estructuras sociales, políticas o culturales? ¿Son estas estructuras meras trabas de la libertad de acción o permiten a los agentes efectuar un mayor número de elecciones? ⁵¹

En las décadas de 1950 y 1960 los historiadores de la economía y la sociedad se sintieron atraídos por modelos de explicación histórica más o menos deterministas, tanto si daban primacía a los factores económicos, como los marxistas, a la geografía, como Braudel, o a los movimientos demográficos (como en el caso del denominado «modelo malthusiano» de cambio social). Hoy, sin embargo, según sugiere Giovanni Levi en su capítulo dedicado a la microhistoria, los modelos más atractivos son los que hacen hincapié en la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir (cfr. págs. 287 ss., *infra*).

La expansión del universo histórico ha tenido así mismo repercusiones en la historia política, pues los acontecimientos políticos pueden explicarse también de varias maneras. Los historiadores que estudian la Revolución francesa desde abajo, darán probablemente un tipo de explicaciones bastante diferente a las de quienes se centran en los actos e intenciones de los dirigentes. Incluso estos últimos estudiosos divergen a veces de los modelos tradicionales de explicación histórica al apelar a los motivos tanto conscientes como inconscientes de los dirigentes, fundándose en que dichos modelos sobreestiman la importancia de la conciencia y la racionalidad.

⁵¹ C. Lloyd, *Explanation in Social History* (Oxford, 1986) ofrece una visión general. Más accesible a los no filósofos es S. James, *The Content of Social Explanation* (Cambridge, 1984).

Así, por ejemplo, un grupo de los denominados psichistoriadores, la mayoría de los cuales residen en EE.UU. (donde el psicoanálisis ha impregnado la cultura más profundamente que en cualquier otra parte) han intentado incorporar las intuiciones de Freud a la práctica de la historia. Estas personas van desde el psicoanalista Erik Erikson, que causó sensación en la década de 1950 con su estudio de los problemas de identidad del «joven Lutero», hasta el historiador Peter Gay, quien predica y practica la psichistoria. Dificilmente sorprenderá descubrir que su manera de abordar la cuestión haya provocado controversia y que se les haya acusado de «empequeñecer la historia», es decir, de reducir las complejidades de un adulto (o de un conflicto entre adultos) a la relación de un niño con sus padres ⁵².

Para ilustrar las actuales controversias sobre la explicación histórica podría ser útil tomar el ejemplo de Hitler. Los debates anteriores como el mantenido por H. R. Trevor-Roper y A. J. P. Taylor acerca de la importancia relativa de los objetivos de Hitler a largo y corto plazo, daban por supuesta la validez del modelo tradicional de explicación histórica en función de la intención consciente. Sin embargo, en fechas más recientes, el debate se ha ampliado. En primer lugar, unos pocos historiadores, como Robert Waite, han ofrecido interpretaciones de Hitler en función de las intenciones inconscientes e, incluso, de la psicopatología, subrayando su sexualidad anormal, el trauma de la muerte de su madre (después de ser tratada por un médico judío), etc ⁵³.

Otro grupo de historiadores dejan por completo de lado lo que llaman «intencionalismo», en el sentido de tratar el problema de los motivos o tendencias de Hitler como algo relativamente marginal. Según estos «funcionalistas», como se les ha denominado (o «historiadores estructurales», como preferiría describirlos), las explicaciones históricas de la política del Tercer Reich exigen centrarse en las personas que rodearon a Hitler, en la maquinaria del gobierno y de los procesos de toma de decisiones y en el nazismo como movimiento social ⁵⁴. Hay también historiadores que combinan los enfoques es-

⁵² E. Erikson, *Young Man Luther* (Nueva York, 1958); P. Gay, *Freud for Historians* (Nueva York, 1985); D. Stannard, *Shrinking History* (Nueva York, 1980).

⁵³ R. G. L. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler* (Nueva York, 1977).

⁵⁴ Tomo la distinción entre «intencionalistas» y «funcionalistas» de T. Mason, «Intention and Explanation», en: *The Führer State, Myth and Reality*, G. Hirtshfeld y L. Kettenacker (eds.) (Stuttgart, 1981), págs. 23-40. Agradezco a Ian Kershaw por haberme llamado la atención sobre este artículo.

tructurales con los psichistóricos y se centran en explicar qué había en los nazis para empujarlos hacia Hitler ⁵⁵.

Lo interesante y, al mismo tiempo, perturbador en el debate en torno a Hitler —como muchos otros debates históricos de los últimos años— es que ya no se atiene a las reglas. Se ha roto el consenso tradicional sobre lo que constituye una buena explicación histórica. ¿Se trata de una fase pasajera, que será reemplazada por una nueva conformidad, o es el carácter que adoptarán en el futuro los debates históricos?

Si se ha de producir un acuerdo de ese tipo, el área de lo que podría llamarse «psicología histórica» (psicología colectiva) llegará a ser de especial importancia al vincular, probablemente, los debates sobre la motivación consciente e inconsciente con los de las explicaciones sobre lo individual y lo colectivo. Resulta estimulante observar un interés progresivo en este terreno. Un puñado de recientes monografías se centra en la historia de la ambición, la cólera, la angustia, el miedo, la culpa, la hipocresía, el amor, el orgullo, la seguridad y otras emociones. A pesar de todo, están lejos de haber sido resueltos los problemas metodológicos que supone perseguir objetos de estudio tan esquivos como éstos ⁵⁶.

Al intentar evitar el anacronismo psicológico o, en otras palabras, la hipótesis de que las personas del pasado pensaban y sentían lo mismo que nosotros, existe el peligro de caer en el extremo contrario y «desfamiliarizar» el pasado tan completamente que resulte ininteligible. Los historiadores se enfrentan a un dilema. Si explican las diferencias del comportamiento social en diversos periodos mediante discrepancias en las actitudes conscientes o las convenciones sociales, corren el riesgo de la superficialidad. Por otro lado, si explican las diferencias del comportamiento por la diversidad de la estructura profunda del carácter social, corren el riesgo de negar la libertad y la flexibilidad de los agentes individuales en el pasado.

Una posible manera de eludir esta dificultad es utilizar la noción de «hábito» de un determinado grupo social expuesta por el sociólogo

⁵⁵ P. Lowenberg, «The Psychohistorical Origins of the Nazi Youth Cohort», *American Historical Review* 76 (1971), págs. 1457-502.

⁵⁶ J. Delumeau, *La peur en Occident* (Paris, 1978) [hay ed. cast., *El miedo en occidente*: siglos XIV-XVIII, Madrid, 1989]; y *Rassurer et protéger* (Paris, 1989); P. N. y C. Z. Stearns, «Emotionology», *American Historical Review* 90 (1968), págs. 813-36; C. Z. y P. N. Stearns, *Anger* (Chicago, 1968); T. Zeldin, *France 1848-1945* (2 vols., Oxford, 1973-7).

go Pierre Bourdieu. Con el término «hábito» de un grupo social, Bourdieu se refiere a la propensión de sus miembros para seleccionar respuestas de entre un repertorio cultural particular de acuerdo con las demandas de una situación o campo concretos. A diferencia del concepto de «regla», el hábito posee la gran ventaja de permitir a quien lo utiliza reconocer el ámbito de la libertad individual dentro de ciertos límites impuestos por la cultura ⁵⁷.

No obstante, los problemas subsisten. En mi opinión, los nuevos historiadores —desde Edward Thompson a Roger Chartier— han tenido un amplio éxito en desvelar la inadecuación de las tradicionales explicaciones materialista y determinista de la conducta individual y colectiva a corto plazo y en mostrar que en la vida cotidiana, y también en momentos de crisis, lo que cuenta es la cultura ⁵⁸. Por otro lado, no han puesto muy en duda la importancia de los factores materiales, del medio físico y sus recursos, a largo plazo. Todavía parece útil considerar que estos factores materiales determinan lo que se ha de hacer, los problemas a los que los individuos, los grupos y, metafóricamente hablando, las culturas intentan adaptarse o responder.

Problemas de síntesis

Aunque la expansión del universo de los historiadores y el diálogo creciente con otras disciplinas, desde la geografía a la teoría literaria, deberán ser, sin duda, bien recibidos, estos procesos tienen su precio. La disciplina de la historia está ahora más fragmentada que nunca. Los historiadores de la economía son capaces de hablar el lenguaje de los economistas; los historiadores del pensamiento, el de los filósofos, y los historiadores sociales, los dialectos de sociólogos y antropólogos sociales. Pero a estos grupos de historiadores les comienza a resultar cada vez más difícil conversar entre sí. ¿Tendremos que soportar esta situación o existe alguna esperanza de síntesis?

Es imposible ofrecer algo más que una opinión parcial y personal del problema. La mía propia puede resumirse en dos puntos opuestos, más complementarios que contradictorios. En primer lugar, la proliferación de subdisciplinas es virtualmente inevitable. Este movi-

⁵⁷ P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (trad. ingl., Cambridge, 1977).

⁵⁸ El argumento es insólitamente explícito en G. Sider, *Culture and Class in Anthropology and History* (Cambridge y París, 1986).

la
libertad.

u
gran
problema

miento no se limita a la historia. La profesión histórica ofrece, simplemente, un ejemplo entre muchos de la división creciente del trabajo en nuestra sociedad industrial (o postindustrial) tardía. La proliferación tiene sus ventajas: aumenta el conocimiento humano y fomenta métodos más rigurosos y niveles más profesionales.

Se producen tanto costos como beneficios, pero debemos hacer algo para mantener estos costos intelectuales lo más bajos posible. La incomunicación entre disciplinas o subdisciplinas no es inevitable. En el caso específico de la historia, hay signos estimulantes de acercamiento y hasta de síntesis.

Es cierto que, en el primer arrebato de entusiasmo por la historia estructural, la historia de los acontecimientos estuvo a punto de ser arrojada por la borda. De manera similar, el descubrimiento de la historia social se asoció a veces a un desprecio por la historia política, una inversión del prejuicio de los historiadores políticos tradicionales. Algunos nuevos campos, como el de la historia de las mujeres y de la cultura popular, se trataron en ciertos casos como si fueran independientes de la historia de la cultura erudita y de la historia de los hombres (y hasta opuestos a ellas). La microhistoria y la historia de la vida cotidiana fueron reacciones contra el estudio de las grandes tendencias sociales, de la sociedad sin rostro humano.

Actualmente es posible observar en todos los casos citados una reacción contra esta reacción, una búsqueda del centro. Los historiadores de la cultura popular se interesan más y más por describir y analizar las relaciones cambiantes entre lo alto y lo bajo, «la intersección de la cultura popular con la de las personas instruidas»⁵⁹. Los historiadores de las mujeres han extendido su interés hasta incluir las relaciones entre sexos en general y la construcción histórica tanto de la feminidad como de la masculinidad⁶⁰. La oposición tradicional entre acontecimientos y estructuras está siendo sustituida por una preocupación por sus interrelaciones y algunos historiadores experimentan con formas narrativas de análisis o formas analíticas de narración (ver *infra*, págs. 287 ss.).

Lo más importante de todo ello es, quizá, la eliminación final de la vieja oposición entre historiadores políticos y no políticos. La conocida definición de la historia social dada por G. M. Trevelyan

⁵⁹ A. Gurevich, *Medieval Popular Culture*, (trad. ingl., Cambridge, 1988).

⁶⁰ Editorial colectivo, «Why Gender and History?», *Gender and History* 1 (1989), págs. 1-6.

«como historia al margen de la políticas» es rechazada en la actualidad casi por todos. En cambio, descubrimos un interés por el componente social en la política y por los elementos políticos en la sociedad. Por un lado, los historiadores políticos no se limitan a la alta política, a los dirigentes, a las elites. Analizan la geografía y la sociología de las elecciones y la «república en la aldea»⁶¹. Examinan las «culturas políticas», las ideas sobre política que forman parte de la vida cotidiana pero difieren ampliamente de un periodo o región a otra. Por otro lado, sociedad y cultura se consideran ahora terreno de juego de las tomas de decisión y los historiadores debaten «la política de la familia», «la política del lenguaje» o la manera en que el ritual puede expresar poder y hasta, en algún sentido, crearlo⁶². El historiador norteamericano Michael Kammen podría tener razón al proponer que el concepto de «cultura» en su sentido amplio y antropológico, sirva de «posible base» para la «recombinación» de los diversos enfoques de la historia⁶³.

Todavía estamos lejos de la «historia total» preconizada por Braudel. De hecho, no sería realista creer que este objetivo pueda ser alcanzado alguna vez; pero se han dado algunos pasos más hacia él.

⁶¹ M. Agulhon, *La République au village: les populations du Vas, de la Révolution à la 2^e République*, Seuil, 1979.

⁶² M. Segalen, *Love and Power in the Peasant Family* (trad. ingl., Cambridge, 1983); O. Smith, *The Politics of Language 1791-1815* (Oxford, 1984); D. Cannadine y S. Price (eds.), *Rituals of Royalty* (Cambridge, 1987).

⁶³ M. Kammen, «Extending the Reach of American Cultural History», *American Studies* 29 (1984), págs. 19-42.

Capítulo 2

HISTORIA DESDE ABAJO

Jim Sharpe

El 18 de junio de 1815 se libró una batalla cerca del pueblo belga de Waterloo. Como sabrá cualquiera que haya estudiado la historia británica, el resultado de esta batalla fue que un ejército aliado a las órdenes del duque de Wellington, con un apoyo tardío aunque decisivo de las fuerzas prusianas dirigidas por Blücher, derrotó al ejército francés mandado por Napoleón Bonaparte, decidiendo así la suerte de Europa. En los días que siguieron a la batalla, uno de quienes contribuyeron a determinar el destino del continente, el soldado raso William Wheeler, del 51 regimiento de infantería británico, escribió varias cartas a su mujer:

La batalla de tres días ha concluido. Estoy sano y salvo, que ya es bastante. Ahora, y en cualquier oportunidad, pondré por escrito los detalles del gran acontecimiento, es decir, lo que me fue dado observar... La mañana del 18 de junio amaneció sobre nosotros y nos encontró calados de lluvia, entumecidos y tiritando de frío... El año pasado me reñiste muchas veces por fumar en casa, pero debo decirte que, si no hubiera tenido una buena provisión de tabaco esa noche, habría muerto ¹.

Wheeler continuaba ofreciendo a su mujer una descripción de la batalla de Waterloo desde una posición peligrosa: la experiencia de

¹ *The Letters of Private Wheeler 1809-1828*, B. H. Liddell Hart (ed.) (Londres, 1951), págs. 168-72.

soportar el fuego de la artillería francesa, la destrucción de un cuerpo de coraceros enemigos por una descarga de su regimiento, el espectáculo de montones de cadáveres de guardas británicos quemados en las ruinas del castillo de Hougoumont, el dinero saqueado al cadáver de un oficial de los húsares franceses, muerto por los disparos de un miembro del destacamento mandado por Wheeler. Los libros de historia nos dicen que Wellington ganó la batalla de Waterloo. En cierto sentido, William Wheeler y miles como él la ganaron igualmente.

Durante las dos décadas pasadas, varios historiadores que trabajaban sobre una gran diversidad de periodos, países y tipos de historia se dieron cuenta de la posibilidad de explorar las nuevas perspectivas del pasado que les ofrecían fuentes como la correspondencia del soldado Wheeler con su esposa y se han sentido atraídos por la idea de indagar la historia desde el punto de vista, por así decirlo, del soldado raso y no del gran comandante en jefe. Del Clasicismo en adelante, la historia se ha contemplado tradicionalmente como un relato de los hechos de las grandes personalidades. En el siglo XIX se desarrolló cierto interés por una historia social y económica de mayor alcance, pero el principal tema de la historia siguió siendo la exposición de la política de las elites. Hubo, por supuesto, cierto número de individuos descontentos con esta situación y ya en 1936 Bertolt Brecht, en su poema «Preguntas de un trabajador que lee», declaraba, probablemente de la manera más directa hasta el día de hoy, la necesidad de una perspectiva distinta de lo que podría calificarse de «historia de las personas principales» ². Pero quizá sea justo decir que una afirmación seria de la posibilidad de convertir en realidad esta opción no llegó hasta 1966, cuando Edward Thompson publicó en *The Times Literary Supplement* un artículo sobre «La historia desde abajo» ³. A partir de ese momento el concepto de historia desde abajo se introdujo en la jerga común de los historiadores. En 1985 se publicó un volumen de ensayos titulado *History from Below* ⁴, mientras que en 1989 una nueva edición de un libro dedicado a la

² Bertolt Brecht, *Poems*, John Willet y Ralph Manheim (eds.) (Londres, 1976), págs. 252-3.

³ E. P. Thompson, «History from Below», *The Times Literary Supplement*, 7 abril 1966, págs. 279-80. Para un análisis del trasfondo de las ideas de Thompson, ver Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians: an Introductory Analysis* (Cambridge, 1984) [hay ed. cast., *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, 1989].

⁴ *History from Below: Studies in Popular Protest and Popular Ideology*, Frederick Kantz (ed.) (Oxford, 1988). Se trata de la edición inglesa de una colección publicada primeramente en Montreal en 1985.

historiografía de las guerras civiles inglesas y sus consecuencias titulaba un capítulo sobre los últimos trabajos dedicados a los radicales de esa época «Historia desde abajo»⁵. De este modo, en los últimos veinte años, más o menos, se ha encontrado una etiqueta para esta perspectiva del pasado que nos ofrecen las cartas de William Wheeler.

Dicha perspectiva ha resultado de inmediato atrayente para los historiadores ansiosos por ampliar los límites de su disciplina, abrir nuevas áreas de investigación y, sobre todo, explorar las experiencias históricas de las personas cuya existencia tan a menudo se ignora, se da por supuesta o se menciona de pasada en la corriente principal de la historia. Aún hoy, una gran parte de la historia enseñada en Gran Bretaña en cursos preuniversitarios y universidades (y sospecho que también en instituciones similares de otros países) contempla la experiencia de la masa de la población del pasado como algo inaccesible o carente de importancia o no consigue considerarla como un problema histórico o, en el mejor de los casos, ve a la gente corriente como «uno de los problemas que el gobierno ha tenido que afrontar»⁶. En 1965 Edward Thompson planteó vigorosamente el punto de vista opuesto en el prólogo a una de las principales obras de la historia de Inglaterra:

Intento rescatar a la calcetera pobre, al campesino ludita, al tejedor «anticuado» que trabaja con un telar manual, al artesano «utópico» y hasta a los seguidores burlados de Joanna Southcott del aire de enorme condescendencia con que los contempla la posteridad. Sus oficios y tradiciones pueden haber sido agónicos. Su hostilidad a la nueva industrialización fue, tal vez, retrógrada. Sus ideales comunitaristas fueron quizá pura fantasía; sus conspiraciones sediciosas, posiblemente temerarias. Pero ellos vivieron en esas épocas de extrema inquietud social y nosotros no⁷.

Thompson, por tanto, no sólo discernía el problema general de la reconstrucción de la experiencia de un conjunto de personas «corrientes», sino que, además, comprendía la necesidad de intentar entender a esta gente en el pasado, en la medida en que el historiador moderno es capaz de llevar a cabo tal experiencia a la luz de la suya propia y de sus reacciones personales.

⁵ R. C. Richardson, *The Debate on the English Revolution Revisited* (Londres, 1988), cap. X, «The Twentieth Century: "History from Below"».

⁶ Thompson, «History from Below», pág. 279.

⁷ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Londres, 1965), págs. 12-13.

El objeto de este ensayo será explorar, refiriéndome en la medida de lo posible a lo que podría considerarse un conjunto de publicaciones clave, algunas de las posibilidades y problemas inherentes a la escritura de la historia desde abajo. Al hacerlo así deberé tener en cuenta dos temas diferentes, aunque en gran medida inextricables. El primero de ellos es el de introducir al lector en la absoluta diversidad de asuntos expuestos por las obras dedicadas a lo que podría describirse, en términos amplios, como tratamiento de la historia desde abajo. Esta diversidad abarca desde la reconstrucción de las experiencias de los pastores del Pirineo en la Edad Media a las de los ancianos que trabajaron en la industria, cuyos recuerdos constituyen la materia prima de la historia oral. El segundo es el de aislar algunas de las cuestiones referentes a pruebas, conceptos e ideología suscitadas por el estudio de la historia desde abajo. La idea de abordar la historia de este modo resulta muy atrayente, pero, como suele ocurrir, la complejidad de los problemas que implica el estudio del pasado aumenta con más rapidez de lo que podría parecer a primera vista.

La perspectiva de escribir la historia desde abajo, de rescatar las experiencias pasadas de la mayoría del olvido total por parte de los historiadores o de lo que Thompson denominaba «el aire de enorme condescendencia de la posteridad» es, pues, muy atractiva. Pero, como ya he insinuado, el intento de estudiar la historia de esta manera implica ciertas dificultades. La primera se refiere a las pruebas. Basta con leer el estudio de Thompson sobre los años de formación de la clase trabajadora inglesa para darse cuenta de que, al margen de las críticas que se puedan plantear a su interpretación del tema, no hay muchas dudas de que el material en que se basa constituye un cuerpo de fuentes masivamente amplio y rico. Sin embargo, por lo general, cuanto más atrás se remontan los historiadores en la reconstrucción de la experiencia de las clases bajas, tanto más se reducirá el ámbito de las fuentes disponibles. Según veremos, se ha realizado un trabajo excelente con materiales como los que quedan de periodos antiguos, pero el problema es bien real: antes de los últimos años del siglo XVIII escasean los diarios, memorias y manifiestos políticos a partir de los cuales poder reconstruir las vidas y aspiraciones de las clases bajas, con la excepción de unos pocos periodos (como las décadas de 1649 y 1650 en Inglaterra). En segundo lugar, existen varios

problemas de conceptualización. ¿Dónde se ha de situar, exactamente, ese «abajo» y qué habría que hacer con la historia desde abajo, una vez escrita?

Las complicaciones inherentes a la cuestión de quiénes son aquellos cuya historia se hace desde abajo queda claramente ilustrada en uno de los terrenos de crecimiento de la historia social de los últimos años: el estudio de la cultura popular en la Europa de la Edad Moderna. Por lo que yo sé, aparte de considerarla una especie de categoría residual, ningún historiador ha logrado dar todavía una definición que abarque plenamente lo que era en realidad la cultura popular en ese periodo⁸. La razón fundamental de ello es que «el pueblo», incluso remontándonos al siglo XVI, era algo más bien variado, dividido por la estratificación económica, la cultura de sus ocupaciones y el sexo. Tales consideraciones invalidan cualquier noción simplista de lo que podría querer decir «abajo» en la mayoría de circunstancias históricas⁹.

Igual importancia tiene la cuestión relativa al significado o propósitos más generales de un tratamiento de la historia desde abajo. Quizá, la mejor manera de ilustrar estos problemas sea referirse a la obra de los historiadores que escriben desde la tradición marxista o la historia de las clases trabajadoras en Gran Bretaña. Como es obvio, la contribución de los historiadores marxistas ha sido enorme, tanto aquí como en otros países: de hecho, cierto filósofo marxista ha afirmado que cuantos escriben historia desde abajo lo hacen a la sombra de las ideas marxistas de la historia¹⁰. Aunque tal pretensión pueda parecer un tanto exagerada, debemos reconocer la deuda de los historiadores sociales con las ideas de Marx y los historiadores marxistas y, desde luego, no tengo la intención de unirme a la tendencia ac-

⁸ Ver, por ejemplo, las consideraciones de Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978), págs. 23-64 [hay ed. cast., *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; y Barry Reay, «Introduction: Popular Culture in Early Modern England», en *Popular Culture in Seventeenth Century England*, B. Reay (ed.) (Londres, 1985).

⁹ Una manera de acometer el problema es examinar la experiencia de distintos sectores de las clases bajas, a veces mediante el estudio de casos aislados. Dos obras que recurren a este planteamiento y constituyen importantes contribuciones a la historia desde abajo, son: Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Londres, 1975) y David Sabeau, *Power in the Blood: Popular Culture and Village Discourse in Early Modern Germany* (Cambridge, 1984).

¹⁰ Alex Callinicos, *The Revolutionary ideas of Karl Marx* (Londres, 1983), pág. 89. Por otra parte, habría que señalar que no hay razón para que un enfoque marxista no genere una «historia desde arriba» auténticamente eficaz; ver los comentarios de Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (Londres, 1979), pág. 11 [hay ed. cast., *El estado absolutista*, Madrid, 1989⁶].

tualmente en boga de execrar una de las tradiciones intelectuales más ricas del mundo. No obstante, podría parecer que, antes de que otros autores que escribían desde tradiciones diferentes sugirieran la amplitud de temas que podría estudiar el historiador social, los historiadores marxistas habían tendido a restringir el estudio de la historia desde abajo a los episodios y movimientos en los que las masas emprendían una actividad política abierta o se comprometían en terrenos de desarrollo económico muy conocidos. Aunque habría de ir más allá de estas limitaciones, el punto de partida del ensayo publicado por Thompson en 1966 fue en gran medida éste mismo. El trasfondo histórico de esta corriente de pensamiento ha sido descrita más recientemente por Eric Hobsbawm. Hobsbawm mantenía que la posibilidad de lo que él denomina «historia de la gente corriente» no era una auténtica evidencia antes de 1789, poco más o menos. «La historia de la gente corriente en cuanto terreno específico de estudio», escribía, «comienza con la de los movimientos de masas en el siglo XVIII... Para el marxista, o más en general, para el socialista, el interés por la historia de la gente corriente se desarrolló al crecer el movimiento de los trabajadores». Según continuaba señalando, esta tendencia «impuso unas anteojeras bastante eficaces a los historiadores socialistas»¹¹.

A algo parecido a esas anteojeras aludía un libro publicado en 1957, que muy bien podría haberse subtitulado «la irrupción de la clase obrera inglesa»: la obra *The Uses of Literacy*, de Richard Hoggart. Al analizar las distintas maneras de abordar el estudio de la clase trabajadora, Hoggart aconsejaba cautela a los lectores de la historia de los movimientos de la clase obrera. La impresión que gran parte de estas obras históricas dejaban en Hoggart, como en muchas otras personas, era «que sus autores exageran el lugar de la actividad política en la vida de los trabajadores y no siempre tienen una idea adecuada de lo que es corriente en esas vidas»¹². En 1966 Thompson observaba un cambio de rumbo en los antiguos intereses de los historiadores del mundo obrero por las instituciones trabajadoras y los dirigentes e ideología autorizados, aunque también advertía que este proceso tendía a privar de una parte de su coherencia a la historia de los trabaja-

¹¹ E. J. Hobsbawm, «History from Below—Some Reflections», en *History from Below*, ed. Krantz, pág. 15.

¹² Richard Hoggart, *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with special Reference to Publications and Entertainments* (Harmondsworth, 1958), pág. 15.

dores¹³. Al escribir a la luz de la posterior expansión de la historia del mundo obrero, Hobsbawm pudo hacer comentarios más centrados sobre este punto. El problema (según daba a entender Hoggart) era que los historiadores del movimiento obrero, marxistas o no, habían estudiado «no cualquier tipo de personas corrientes, sino aquellas que podrían considerarse antepasados de dicho movimiento: no los trabajadores en cuanto tales, sino más bien, los artistas, los sindicalistas o los militantes obreros». La historia del movimiento obrero y otros procesos institucionalizados, declaraba, no debería «sustituir a la historia de la gente corriente»¹⁴.

Otra limitación que la tendencia principal de la historia del mundo obrero impone a la historia desde abajo es la de restringirla a una época. Los lectores del primer ensayo de Thompson y de la última aportación de Hobsbawm podrían quedarse fácilmente con la impresión de que (a pesar de las intenciones de ambos autores) la historia desde abajo sólo puede escribirse para periodos posteriores a la Revolución francesa. Hobsbawm, según hemos señalado, pensaba que el desarrollo de los movimientos de masas a finales del siglo XVIII fue lo primero que puso sobre aviso a los estudiosos acerca de la posibilidad de escribir historia desde abajo y afirmó a continuación que «la Revolución francesa, especialmente desde que el jacobinismo fuera revitalizado por el socialismo y la Ilustración por el marxismo, fue el banco de pruebas de este tipo de historia». Al preguntarse un poco más adelante «por qué han surgido modernamente tantas obras de historia sobre gente corriente a partir del estudio de la Revolución francesa», Hobsbawm citaba la acción de masas del pueblo y los archivos creados por una «vasta y laboriosa burocracia» que documentaron las acciones de la gente corriente y posteriormente se dedicaron a clasificar y archivar sus informes «en provecho del historiador». Esta documentación resultó ser un rico filón para posteriores investigaciones y fue también, según señalaba Hobsbawm, «agradablemente legible, a diferencia de los garrapeados manuscritos de los siglos XVI o XVII»¹⁵.

¹³ Thompson, «History from Below», pág. 280.

¹⁴ Hobsbawm, «Some Reflections», pág. 15.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 16. A pesar del escepticismo perceptible en torno a la singularidad de la contribución de los historiadores de la Revolución francesa, está claro que las obras basadas en este periodo han intervenido de manera sustancial en la creación del canon de la historia desde abajo, desde estudios tan pioneros como el de Georges Lefebvre, *Les Paysans du Nord* (París, 1924) y *Le grande peur de 1798; les foules révolu-*

Sin embargo, la historia desde abajo no tiene como tema la historia política moderna más conocida tratada por historiadores incapaces de afrontar los retos de la paleografía. De hecho, aunque el concepto de historia desde abajo fue desarrollado fundamentalmente por historiadores marxistas ingleses que escribían dentro de los límites cronológicos tradicionales de la historia del movimiento obrero británico, el libro que ha recurrido a esta perspectiva del pasado y ha producido, quizá, el impacto más amplio fue escrito por un estudioso francés y tiene como tema una comunidad rural pirenaica en la Edad Media. La obra *Montaillou*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, publicada por primera vez en Francia en 1975, disfrutó de mayor atención, mejor venta y un número de lectores más amplio que la mayoría de obras de historia medieval¹⁶. Como es natural, se ganó algunas críticas de la comunidad erudita y la metodología y tratamiento de las fuentes de Le Roy Ladurie han suscitado ciertos interrogantes¹⁷. Los historiadores que trabajan desde abajo deben, por supuesto, ser tan rigurosos en sus materias como cualquier otro, pero *Montaillou* surge como algo parecido a un hito en la historiografía escrita desde esta perspectiva. Como señalaba su autor, «aunque existen extensos estudios históricos sobre comunidades campesinas, se dispone de muy poco material que pueda considerarse testimonio directo de los campesinos mismos»¹⁸. Le Roy Ladurie resolvió este problema basando su libro en las actas inquisitoriales levantadas por Jacques Fournier, obispo de Poitiers, durante su investigación de un caso de herejía entre 1318 y 1325. A pesar de los inconvenientes, *Montaillou* demostró no sólo que la historia desde abajo podía resultar atractiva para los lectores en general, sino también que ciertos tipos de actas oficiales podían utilizarse para explorar el mundo intelectual y material de generaciones pasadas.

De hecho, los historiadores económicos y sociales se han ido acostumbrando progresivamente a servirse de tipos de documenta-

tionnaires Armand Colin, 1988) [hay ed. cast., *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, 1986], hasta la obra más reciente de Richard Cobb.

¹⁶ Publicado en castellano como *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324* (Madrid, 1981).

¹⁷ Ver, por ejemplo, L. E. Boyle, «Montaillou Revisited»: *Mentalité and Methodology*, en: *Pathways to Medieval Peasants*, J. A. Raftis (ed.), (Toronto, 1981), y R. Rosaldo, «From the Door of his Tent: the Fieldworker and the Inquisitor», en: *Writing Culture: the Poetics and Politics of Ethnography*, J. Clifford y G. Marcus (ed.) (Berkeley, 1986).

¹⁸ Le Roy Ladurie, *Montaillou*, pág. vi.

ción cuya verdadera utilidad como prueba histórica reside en el hecho de que sus compiladores no las registraban para la posteridad de forma deliberada y consciente. Imaginamos que muchos de estos compiladores se habrían sentido sorprendidos y, quizá, inquietos ante el uso dado por los historiadores recientes a casos judiciales, registros parroquiales, testamentos y compraventas de fincas rústicas registradas por ellos. Esta clase de pruebas puede ser un medio apropiado para indagar acciones e ideas explícitas o suposiciones implícitas y para suministrar un fondo cuantitativo a las experiencias del pasado. Según señalaba Edward Thompson:

Se gravaba con impuestos a la población, y quienes se apropiaban de las listas de impuestos por fuegos no son los historiadores de la tributación sino los de la demografía. Se imponían diezmos a las personas, y los registros son utilizados como prueba por los historiadores de la demografía. Las personas eran aparceros consuetudinarios o enfitéuticos: sus arriendos se inscribían y presentaban en los registros del tribunal señorial; a estas fuentes fundamentales se dirigen los historiadores una y otra vez, buscando no sólo nuevas pruebas sino un diálogo en el que plantean preguntas nuevas ¹⁹.

Según sugiere esta cita, los materiales son muy variados. En ocasiones, como sucede con las fuentes en que se ha basado *Montaillou*, permiten al historiador acercarse a las palabras del pueblo casi tanto como una grabación magnetofónica de un historiador oral. La historia oral ha sido muy utilizada por los historiadores que intentan examinar la experiencia de la gente común, si bien, por supuesto, no existe un motivo evidente para que el historiador oral no registre los recuerdos de duquesas, millonarios y obispos, tanto como las de mineros y obreros industriales ²⁰. Con todo, el historiador oral se encuentra con problemas obvios al tratar con personas que o bien murieron antes de recogerse sus palabras o cuya memoria no se ha transmitido a sus sucesores, y el tipo de testimonio directo que le es posible obtener no está al alcance de los historiadores de periodos

¹⁹ E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays* (Londres, 1978), págs. 219-20 [hay ed. cast., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981]. Para un análisis más amplio de los tipos de registros en que podría basarse la historia desde abajo para Inglaterra, ver Alan Macfarlane, Sarah Harrison y Charles Jardine, *Reconstructing Historical Communities* (Cambridge, 1977).

²⁰ La lectura de las continuas informaciones suministradas por la obra en desarrollo contenida en *Oral History: the Journal of the Oral History Society*, aparecida desde 1972, permite hacerse idea del tipo de áreas temáticas cubiertas por los historiadores orales.

más antiguos. Pero, en cambio, según he indicado, hay fuentes que permiten a los historiadores de esos periodos aproximarse a las experiencias de las clases inferiores.

Le Roy Ladurie se sirvió de una de ellas: las actas de Jacques Fourier. Otra obra que muestra cómo puede utilizarse este tipo de registros legales para un tipo de historia desde abajo bastante distinta apareció en 1976, al publicarse la obra de Carlo Ginzburg *Le fromage i vermi* ²¹. El objetivo de Ginzburg no era reconstruir la mentalidad y forma de vida de una comunidad rural, sino indagar el mundo intelectual y espiritual de un individuo, un molinero llamado Domenico Scandella (apodado Menocchio), nacido el 1532 y que vivió en Friul, en el nordeste italiano. Menocchio se indispuso con la Inquisición (fue finalmente ejecutado, probablemente el 1600) y la voluminosa documentación que trata de su caso permitió a Ginzburg reconstruir gran parte de su sistema de creencias. El libro mismo es una obra notable y el prólogo de Ginzburg ofrece un provechoso análisis de los problemas conceptuales y metodológicos planteados por la reconstrucción de la cultura de las clases inferiores en el mundo preindustrial. En concreto, insistía en que «el hecho de que una fuente no sea “objetiva” (puestos a ello, tampoco lo es un inventario) no significa que sea inútil... En resumen: se puede dar buen uso incluso a una documentación escasa, dispersa y oscura» ²², y en que el estudio de los individuos con tal profundidad es tan valioso como los tratamientos globales más conocidos de la historia social. El problema sigue siendo, por supuesto, el de la tipicidad de dichos individuos, si bien, tratados de manera apropiada, esta clase de estudios de casos puede resultar inmensamente ilustrativa.

Sin embargo, en sus esfuerzos por estudiar la historia desde abajo, los historiadores se han servido de otros tipos de documentación oficial o semioficial distintos de una fuente única y rica. Un ejemplo de ello nos lo proporciona Barbara A. Hanawalt, que ha hecho un uso amplio de una de las grandes fuentes relegadas al olvido en la historia social de Inglaterra: las encuestas judiciales de muertes vio-

²¹ Hay ed. cast., *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981. Otra obra de Ginzburg: *The Night battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Londres, 1983; edición italiana, 1966), muestra también cómo se han de utilizar las actas inquisitoriales para arrojar luz sobre las creencias populares.

²² Ginzburg, *El queso y los gusanos*.

lentas o sospechosas (*coroner's inquests*) para reconstruir la vida familiar campesina ²³. Hanawalt mantiene que estos registros están libres de la tendenciosidad que se da en las actas de los tribunales reales, eclesiásticos o señoriales y destaca el hecho de que (volviendo a un tema anterior) los detalles de la vida material y actividades familiares registradas en ellas son accesorios para el propósito principal de las mismas actas y, por tanto, no es probable que se falseen. Como suele ocurrir cuando se manejan registros oficiales, su mayor utilidad se manifiesta cuando se emplean para fines en los que jamás soñaron sus compiladores. Hanawalt utilizó las encuestas judiciales para trazar un cuadro del entorno material, la economía doméstica, las etapas del ciclo vital, las pautas de educación infantil y otros aspectos de la vida cotidiana del campesinado medieval. En cierto sentido, su trabajo demuestra una estrategia diversa de la seguida por Le Roy Ladurie y Ginzburg: pasar por el cedazo un amplio cuerpo documental, más que construir un estudio de caso basado en una fuente excepcionalmente rica. El resultado final demuestra cómo es posible utilizar otro tipo distinto de documentación oficial para construir la historia desde abajo.

Esta expansión del ámbito cronológico de la historia desde abajo y el movimiento hacia una ampliación del alcance de los intereses históricos más allá de las acciones y movimientos políticos de las masas ha llevado a buscar modelos diferentes de los suministrados por el marxismo tradicional o el viejo estilo de la historia del trabajo. La necesidad de mantener un diálogo con los estudiosos marxistas es esencial, pero sigue estando claro que la aplicación de un concepto marxista tan básico incluso como el de clase es de problemática aplicación al mundo preindustrial, ya que se hace difícil imaginar una orientación netamente marxista en un proceso por difamación en el Yorkshire del siglo XVI o en una cencerrada en el Wiltshire del siglo XVII. Por desgracia, la búsqueda de un modelo diferente (aunque es cierto que apenas se ha iniciado) ha conseguido por el momento un éxito muy escaso. Muchos historiadores, en especial en la Europa

continental, se han inspirado en la escuela francesa de los *Annales* ²⁴. No hay duda de que muchas de las diversas obras de escritores que trabajan en la tradición de los *Annales* no sólo han ahondado nuestro conocimiento del pasado sino que nos han proporcionado además inmensas perspectivas metodológicas tendentes a mostrar hasta qué punto se puede hacer un uso innovador de las formas de documentación conocidas y cómo es posible formular nuevas cuestiones acerca del pasado. Por otra parte, la forma en que los analistas han clarificado el concepto de *mentalité* ha resultado de un valor inestimable para los historiadores que han intentado reconstruir el mundo intelectual de las clases inferiores. Por mi parte, sin embargo, creo poder afirmar que la máxima contribución del enfoque de los *Annales* ha consistido en mostrar cómo construir el contexto en el que puede escribirse la historia desde abajo. Así, por ejemplo, el conocimiento de la tendencia de los precios del grano en una sociedad dada en un determinado periodo ayuda a suministrar el trasfondo fundamental para entender la experiencia de los pobres; sin embargo, no puede reducirse todo a este tipo de pruebas cuantificadas.

Otros han buscado modelos en la sociología y la antropología. También aquí, en manos hábiles y sensibles, los beneficios han sido grandes, si bien incluso en tales manos no han desaparecido ciertos problemas, mientras que, tocados por otras, se han producido algunos desastres. Podría aducirse que la sociología es de gran importancia para los historiadores de la sociedad industrial, en tanto que algunas de sus hipótesis no siempre han resultado demasiado directamente aplicables al tipo de microestudio preferido por quienes practican la historia desde abajo ²⁵. La antropología ha atraído a un grupo de historiadores que trabajan en temas medievales y de la Edad Moderna, si bien los resultados no han estado tampoco aquí exentos de problemas ²⁶. Algunas de las cuestiones han quedado ilustradas en la obra

²⁴ La mejor introducción a la obra de esta escuela es Traian Stoinavitch, *French Historical Method: the Annales Paradigm* (Ithaca y Londres, 1976).

²⁵ Reflexiones de carácter general sobre las relaciones entre las dos disciplinas, en Peter Burke, *Sociology and History* (Londres, 1980) [hay ed. cast., *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1987] y Philip Abrams, *Historical Sociology* (Shepton Mallet, 1982).

²⁶ Dos exposiciones clásicas sobre la importancia de los posibles lazos entre historia y antropología: E. E. Evans-Pritchard, *Anthropology and History* (Manchester, 1961), y Keith Thomas, «History and Anthropology», *Past and Present* 24 (1963), págs. 3-24. Para una opinión más reticente, ver E. P. Thompson, «Anthropology and the Discipline of Historical Context», *Midland History* 3, n° 1 (primavera 1972), págs. 41-52.

²³ Barbara A. Hanawalt, *The Ties that Bind: Peasant Families in Medieval England* (Nueva York y Oxford, 1986). Una exposición más breve de los objetivos de Hanawalt, en su artículo «Seeking the Flesh and Blood of Manorial Families», *Journal of Medieval History* 14 (1988), págs. 33-45.

de Alan Macfarlane sobre las acusaciones de brujería en Essex en la época de los Tudor y los Estuardo ²⁷. Macfarlane emprendió la tarea de escribir lo que podría definirse como una historia de la brujería desde abajo. Anteriormente Hugh Trevor-Roper había acometido la interpretación de esta materia desde las personas encumbradas; en su estudio de la brujería en la Europa moderna, este autor declaraba su falta de interés por la «mera fe en las brujas: esa credulidad elemental pueblerina que los antropólogos descubren en todo tiempo y lugar» ²⁸. Macfarlane, en cambio, se sumergió en la «mera fe en las brujas» y publicó un libro que ha constituido un avance decisivo para nuestra comprensión del tema. Uno de los elementos más llamativos de su proyecto fue la aplicación de estudios antropológicos al material histórico. El resultado fue una profundización de nuestra visión de la función de la brujería en la sociedad rural y de cómo las acusaciones de brujería tenían su origen casi siempre en un conjunto de tensiones interpersonales perfectamente perfiladas. Sin embargo, el enfoque antropológico no ayudó mucho a los lectores a entender aquellos aspectos más amplios de la cuestión que se salían del ámbito de la comunidad rural: el por qué en 1563 se aprobó en el parlamento un estatuto que permitía perseguir la brujería maléfica y por qué en 1736 se sancionó otra legislación que hacía imposible la persecución legal de la misma. El tratamiento microhistórico propiciado por los modelos antropológicos puede oscurecer fácilmente el problema más general de la situación del poder en la sociedad en conjunto y la naturaleza de su actuación.

→ En el fondo de nuestro análisis acecha una cuestión fundamental: ¿es la historia desde abajo un *enfoque* de la historia o es un *tipo* diferenciado de historia? El asunto puede explicarse desde ambas direcciones. En cuanto enfoque, la historia desde abajo cumple, probablemente, dos importantes funciones. La primera es la de servir de correctivo a la historia de las personas relevantes, mostrar que la batalla de Waterloo comprometió tanto al soldado Wheeler como al duque de Wellington, o que en el desarrollo económico de Gran

²⁷ Alan Macfarlane, *Witchcraft in Tudor and Stuart England: a Regional and Comparative Study* (Londres, 1970). La obra de Macfarlane se deberá leer a una con la de Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth-Century England* (Londres, 1971), obra de más alcance que toma un buen número de ideas de la antropología.

²⁸ H. R. Trevor-Roper, *The European Witch-Craze of the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Harmondsworth, 1967), pág. 9.

Bretaña, que en 1815 se hallaba en pleno apogeo, intervino lo que Thompson ha llamado «la pobre y sangrante infantería de la Revolución industrial, sin cuyo esfuerzo y capacidad no habría pasado de ser una hipótesis no comprobada» ²⁹. La segunda es que, al ofrecer este enfoque diverso, la historia desde abajo abre al entendimiento histórico la posibilidad de una síntesis más rica, de una fusión de la historia de la experiencia cotidiana del pueblo con los temas de los tipos de historia más tradicionales. Por otra parte, podría defenderse que los temas de la historia desde abajo, los problemas de su documentación y, posiblemente, la orientación política de muchos de quienes la practican, hacen de ella un tipo de historia diferente. En cierto sentido es difícil, por supuesto, trazar una división neta entre un tipo de historia y la manera de abordar la disciplina en general: la historia económica, la historia intelectual, la historia política, la historia militar, etc., son mínimamente eficaces cuando se confinan en cajas herméticamente selladas. Cualquier tipo de historia se beneficia de la amplitud de pensamiento del historiador que la escribe.

Parecería, pues, que la historia desde abajo alcanza su mayor efectividad cuando se sitúa en un contexto. De ese modo, en el primer número de una publicación dedicada en gran parte a este tipo de historia, el editorial colectivo de *History Workshop Journal* declaraba: «Nuestro socialismo determina nuestro interés por la gente corriente del pasado, sus vidas, su trabajo, su pensamiento y su individualidad, así como por las circunstancias y causas formadoras de su experiencia de clase», y continuaba diciendo: «igualmente, determina la atención que prestaremos al capitalismo» ³⁰. Según nos recuerdan esos sentimientos, el término «historia desde abajo» implica de hecho que hay por encima algo a lo que referirse. Esta hipótesis supone, a su vez, que, precisamente al tener en cuenta aspectos explícitamente políticos de su experiencia pasada, la historia de «la gente corriente» no puede divorciarse de la consideración más amplia de la estructura y el poder social. Esta conclusión nos lleva, por su parte, al problema de cómo se ha de encajar la historia desde abajo en las concepciones más amplias de la historia. Ignorar este punto al tratar la historia desde abajo o cualquier otro tipo de historia social equivale a correr el riesgo de una intensa fragmentación de la historiografía e incluso,

²⁹ Thompson, «History from Below», pág. 280.

³⁰ «Editorial», *History Workshop*, (1971), pág. 3.

quizá, de cierto tipo de anticuismo de última hora. Los peligros fueron claramente expuestos por Tony Judt en 1979. No hace falta compartir por entero la postura de Judt para congeniar con su preocupación por «la ausencia de una ideología política en la mayor parte de la historia social moderna, como tampoco se dio en la sociología de la que deriva... la historia social, según he insinuado antes, se ha transformado en una especie de antropología cultural retrospectiva»³¹.

El tipo de historia desde abajo plantea otra cuestión: la de ampliar la audiencia del historiador profesional, la de permitir acceder a la historia a un grupo de nivel profesional más extenso que el compuesto por los colegas del mundo académico y sus estudiantes. En su artículo de 1966 Thompson señalaba que Tawney y otros historiadores de su generación mantenían «una relación participativa desacombradamente amplia con una audiencia situada fuera del bosque de Academio» y lamentaba, como es lógico, que los historiadores más recientes no se encontraran en semejante situación³². Esta cuestión ha sido planteada recientemente por David Cannadine, que trabaja desde una posición ideológica bastante distinta de la de Thompson. Al observar la expansión masiva de la historia como disciplina universitaria en la Gran Bretaña de postguerra, Cannadine comenta-

gran parte de esta versión nueva y profesional de la historia británica fue completamente ajena a un amplio público profano en la materia, cuando en otras épocas la satisfacción de su curiosidad por el pasado nacional había sido la función primordial de la historia. Un resultado paradójico de este periodo de expansión sin precedentes fue que un número cada vez mayor de historiadores académicos escribieron historias más y más académicas leídas en realidad por un grupo de personas progresivamente menor³³.

Uno de los principales objetivos de quienes escriben historia desde abajo, sobre todo los que trabajan desde una posición historiográfica de carácter socialista u obrerista, fue intentar remediar esta situa-

³¹ Toby Judt, «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historian», *History Workshop*, (1979), pág. 87.

³² Thompson, «History from Below», pág. 279.

³³ David Cannadine, «British History: Past, Present and Future», *Past and Present* 116 (1987), pág. 177. El escrito de Cannadine provocó unos «Comments» de P. R. Coss, William Lamont y Neil Evans, *Past and Present* 119 (1988), págs. 171-203. Las opiniones de Lamont, sobre todo las expresadas en las páginas 186-93, implican una nueva manera de abordar la historia nacional mediante la historia desde abajo, mien-

ción ampliando su público y, si era posible, proporcionando una versión popular de esa nueva síntesis de nuestra historia nacional cuya desaparición lamentaba Cannadine. Hasta el momento, sus esfuerzos han tenido éxito y la historia de los grandes personajes parece ser lo que más agrada al público. El mismo Hobsbawm confesaba su perplejidad ante el gran número de lectores de biografías de personalidades políticas dirigentes³⁴.

Aun así, la idea de extender el acceso al conocimiento de nuestro pasado a través de la historia desde abajo sigue resultando atrayente. No obstante, persiste el peligro de caer en algo parecido a la fragmentación del conocimiento histórico y la despolitización de la historia que tanto criticó Judt. El interés popular por la historia desde abajo, como sabrá cualquiera que haya tenido que responder a preguntas sobre estos temas en las asambleas de la Historical Association, queda restringida a menudo a lo que podría calificarse de una visión de «señores y criados» de la sociedad del pasado y el problema se agudiza por ciertas características de lo que en la actualidad nos hemos acostumbrado a describir como historia pública. Ese punto de vista es consciente de que las personas actuaban en el pasado de forma distinta (y, por tanto, algo estrambótica) y que la mayoría de ellas padecía penurias materiales y soportaba condiciones de escasez, lo que nos permite comparar lo ingrato del pasado con nuestras condiciones actuales de mayor comodidad. Pero escasean los intentos de llevar las cosas más allá o abordar los problemas históricos en un plano muy superior al de la anécdota o la experiencia local aislada. Incluso quienes poseen una visión más evolucionada del pasado del pueblo no se han librado de las acusaciones de anticuismo que los historiadores académicos lanzan con tanta complacencia contra sus hermanos conceptual o ideológicamente peor pertrechados. Así, Roderick Floud, al criticar la postura de un grupo con ideas muy definidas sobre la importancia de la historia del pueblo, podía afirmar que «a veces, en efecto, el estilo del History Workshop ha bordeado el anticuismo de izquierdas, la recogida y publicación de episodios efímeros de la vida de la clase trabajadora»³⁵. Aunque no sea posible

tras que Evans, pág. 197, afirma explícitamente que «la historia británica... necesita moldearse desde abajo y llegar a la comprensión del Estado».

³⁴ Hobsbawm, «Some Reflections», pág. 13.

³⁵ Roderick Floud, «Quantitative History and People's History», *History Workshop* 17 (1984), pág. 116.

congeniar con la dirección general del alegato de Floud, no es posible dudar de que ha planteado un problema auténtico.

Una respuesta posible a estas críticas es, por supuesto, que mientras cierto «anticuarismo de izquierdas» no haya permitido constituir un conjunto sólido de materiales importantes, incluso mediante la recogida y publicación de episodios efímeros, no se pueden abrigar demasiadas esperanzas en el desarrollo de una síntesis madura o una visión más amplia y razonable. Otra respuesta, quizá más válida, podría ser que los estudios de casos aislados u otros similares pueden conducir, al contextualizarlos, a algo más significativo que el anticuismo. En circunstancias apropiadas (el ejemplo del estudio de Carlo Ginzburg sobre Domenico Scandella parece suministrar un buen ejemplo), el escritor de la historia desde abajo puede beneficiarse en gran medida de la utilización de lo que los antropólogos calificarían de descripción densa³⁶. Los historiadores sociales conocerán, sin duda, el problema intelectual planteado por tales técnicas: cómo situar un acontecimiento social en su circunstancia cultural plena de modo que pueda describirse en un plano más bien analítico que meramente descriptivo. Pero, como es obvio, este proceso puede invertirse y, una vez lograda una comprensión de la sociedad de la que se trate, el acontecimiento social o individual aislado (por ejemplo, un molinero friulano concreto pero bien documentado) puede servir para proporcionar un sendero que lleve a una comprensión más profunda de esa sociedad. El historiador no necesita asumir el concepto semiótico de cultura defendido por antropólogos como Clifford Geertz para apreciar la utilidad potencial de esta técnica. Por otra parte, el problema básico abordado por Geertz, el de cómo entender a personas culturalmente diferentes de nosotros y cómo traducir una realidad social a composiciones académicas en forma de libros, artículos o clases, resulta, sin duda, familiar a quien estudia la historia desde abajo.

Esperemos que las páginas anteriores hayan convencido, por lo menos, al lector de que el proyecto de escribir historia desde abajo ha demostrado ser insólitamente fructífero. Ha atraído la atención de historiadores que trabajan en diversas sociedades del pasado, geográficamente variadas y situadas, además, en un ámbito cronológico que

va desde el siglo XIII al XX. Estos historiadores proceden de diferentes países, tradiciones intelectuales y posiciones ideológicas. Al escribir la historia desde abajo, dichos historiadores han buscado ayuda en formas tan variadas como la cuantificación asistida por ordenador y la teoría antropológica y sus hallazgos han aparecido en formas tan diferentes como el artículo técnico académico y el *bestseller*. Ha llegado el momento de sacar algunas conclusiones generales sobre los trabajos llevados a cabo en este fructífero y embrollado rincón de la villa de Clío.

Está claro, al menos, que cierto número de historiadores han conseguido superar los considerables obstáculos que obstaculizan la práctica de la historia desde abajo. Más en concreto, algunos estudiosos han reconocido la necesidad de dar un salto conceptual a fin de ampliar su comprensión de las clases inferiores en sociedades del pasado y han logrado a continuación realizar con éxito esa hazaña de gimnasia intelectual. Edward Thompson, Carlo Ginzburg, Emmanuel Le Roy Ladurie y otros, arrancando de diferentes puntos de partida y apuntando a objetivos históricos diversos, han sido capaces de demostrar cómo la imaginación puede colaborar con la práctica académica en ampliar nuestra visión del pasado. Por otra parte, la obra de estos y otros historiadores ha mostrado que la imaginación histórica puede aplicarse no sólo a la formación de nuevas concepciones de los temas de la historia sino, también, a plantear preguntas nuevas a los documentos y realizar con ellos cosas diferentes. Hace dos o tres décadas muchos historiadores habrían negado, por razones evidentes, la posibilidad de escribir historia seriamente sobre ciertos asuntos que ahora resultan familiares: el crimen, la cultura popular, la religión popular, la familia campesina. Desde los medievalistas, que intentan reconstruir la vida de las comunidades rurales, hasta los historiadores orales, que registran y describen la vida de generaciones pasadas del siglo XX, los historiadores que trabajan desde abajo han mostrado cómo la utilización imaginativa del material de las fuentes puede iluminar muchas zonas de la historia que, de lo contrario, podrían haberse visto condenadas a permanecer en la oscuridad.

Sin embargo, el significado de la historia desde abajo es de una profundidad mayor que la de proporcionar simplemente a los historiadores una oportunidad de mostrar su capacidad imaginativa e innovadora. Ofrece también el medio de restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dado por perdida o de cuya

³⁶ Ver Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973), cap. I, «Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture» [hay ed. cast., *Interpretación de las culturas*, Barcelona, 1988].

existencia no eran conscientes. Según hemos observado, la localización inicial de la historia desde abajo en la historia de la Revolución francesa o del movimiento obrero británico causa aquí algunos problemas, pero todavía sigue siendo cierto que los trabajos dedicados al estudio de las masas en el siglo XVIII o a la clase trabajadora del XIX constituye algunos de los ejemplos más vigorosos de cómo puede desvelarse la historia inesperada de sectores enteros de la población. Los propósitos de la historia son variados, pero uno de ellos consiste en proporcionar a quienes la escriben o leen un sentimiento de identidad, una idea de procedencia. En el nivel superior nos encontraríamos con el papel representado por la historia en la formación de una identidad nacional, al ser parte de la cultura de la nación. La historia desde abajo puede desempeñar una función importante en este proceso recordándonos que nuestra identidad no ha sido formada simplemente por monarcas, primeros ministros y generales. Este aspecto tiene implicaciones ulteriores. En un libro dedicado a la historia de un grupo que, innegablemente, estaba «abajo» (los esclavos negros de los Estados Unidos en el periodo anterior a la guerra civil), Eugene D. Genovese señalaba que su principal objetivo era indagar «la cuestión de la nacionalidad —de la “identidad”— [que] ha acompañado a la historia afroamericana desde sus inicios coloniales»³⁷. Una vez más, como sucedió, por ejemplo, con la obra de Thompson sobre la clase trabajadora inglesa, es fundamental la utilización de la historia para ayudar a la propia identificación. Pero debería advertirse que el libro de Genovese lleva como subtítulo «El mundo que hicieron los esclavos». Para Genovese, los seres humanos objeto de su estudio, aunque eran sin duda socialmente inferiores, fueron capaces de constituir un mundo por sí mismos: de ese modo fueron *actores* históricos, *crearon* historia, y no un mero «problema» que contribuyó a que políticos y soldados blancos se vieran envueltos en una guerra civil y que los políticos blancos acabarían por «resolver». La mayoría de quienes han escrito historia desde abajo aceptarían, en términos generales, la idea de que uno de los resultados de haber abordado las cuestiones de ese modo ha sido demostrar que los miembros de las clases inferiores fueron agentes cuyas acciones afectaron al mundo (a veces limitado) en que vivieron. Volvemos a la afirmación de Edward

³⁷ Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: the World the Slaves Made* (Londres, 1975), pág. xv.

Thompson, para quien la gente corriente no era «uno de los problemas que el gobierno ha tenido que afrontar».

Pero, lamentablemente, hemos de admitir que, aunque esta concepción nos ha acompañado durante dos decenios, la historia desde abajo ha tenido hasta el momento comparativamente pocas repercusiones en la corriente principal de la historia o en la modificación de las perspectivas de los historiadores que se dejan llevar por dicha corriente. Contemplando el problema en uno de sus niveles básicos observamos que los manuales introductorios a la historia tienen poco que decir sobre el tema. La mayoría de los estudiantes que desean descubrir qué es la historia o cómo se ha de hacer se dirigen aún, o son dirigidos, a una obra que ha quedado ya bastante anticuada, el libro de E. H. Carr *What is History?* Allí encontrarán una visión más bien limitada de lo que debería ser la respuesta a esta intrigante cuestión. Más en concreto, descubrirán que Carr no tuvo el aliento imaginativo de otros historiadores posteriores, por lo que respecta al objeto de la historia, establecido por Braudel y otros escritores de la primera tradición de los *Annales* ya antes de que Carr escribiera su libro. Así, su afirmación de que «el vadeo por César de esa insignificante corriente del Rubicón es un hecho histórico, mientras que el paso del mismo río por millones de personas antes o después no interesa a nadie en absoluto» hace pensar que para él no ha existido la historia del transporte, las migraciones y la movilidad geográfica. De manera similar, sus problemas para aceptar como hecho histórico la muerte a patadas de un vendedor de pan de jengibre en Staylbridge Wakes en 1850 (sospecho que el vendedor en cuestión debió de haber tenido una visión del asunto más ajustada) demuestra que no ha considerado la historia del crimen como asunto digno de tratamiento³⁸. Si se llega a escribir la obra que sustituya a la de Carr como texto básico de introducción a la historia, es evidente que su autor deberá adoptar una perspectiva más vasta del pasado, a la luz de la historia desde abajo y del mayor desarrollo de la historia social en los últimos tiempos.

Nuestra observación final habrá de ser, por tanto, que, por valioso que pueda ser la historia desde abajo para ayudar a determinar la identidad de las clases inferiores, debería salir del gueto (o de la aldea rural, la calle de clase trabajadora, el tugurio o el bloque de vi-

³⁸ E. H. Carr, *What is History?* (Harmondsworth, 1961), págs. 11, 12.

viendas) y ser utilizada para criticar, redefinir y robustecer la corriente principal de la historia. Quienes escriben historia desde abajo no sólo nos han brindado un conjunto de obras que nos permite conocer más del pasado, sino que han dejado claro que en ese mismo lugar hay muchas más cosas que podrían llegarse a conocer y que gran parte de sus secretos está agazapada en pruebas aún no exploradas. Así, la historia desde abajo conserva su aura de subversión. Existe un peligro lejano de que, como sucedió con la escuela de los *Anales*, llegue a convertirse en una nueva ortodoxia, pero, de momento, todavía es capaz de hacerle un corte de mangas a la corriente principal. Habrá, sin duda, historiadores, tanto académicos como populares, que se las ingeniarán para escribir libros que nieguen explícita o implícitamente la posibilidad de una re-creación histórica significativa de las vidas de las masas, pero sus razones para ello serán cada vez más endebles. La historia desde abajo nos ayuda a quienes no hemos nacido con una cuchara de plata en la boca a convencernos de que tenemos un pasado, de que venimos de alguna parte. Pero, con el correr de los años, tendrá también un papel importante en la corrección y expansión de esa historia política principal que sigue siendo el canon aceptado en los estudios históricos en Gran Bretaña.

Capítulo 3

HISTORIA DE LAS MUJERES

Joan Scott *

La posible historia de los estudios femeninos forma también parte del movimiento; no se trata de un metalenguaje y actuará como una tendencia conservadora o subversiva... no existe una interpretación neutra de la historia de los estudios de la mujer. La historia intervendrá aquí de manera configuradora ¹.

JACQUES DERRIDA, 1984

La historia de las mujeres ha surgido como terreno definible, principalmente en las dos últimas décadas. A pesar de las enormes diferencias en los recursos invertidos en ella, en su representación institucional y su posición en el currículum, en el rango otorgado por universidades y asociaciones disciplinarias, parece indiscutible que la historia de las mujeres es una práctica asentada en muchas partes del mundo. Mientras los EE UU podrían ser un caso singular, por el grado en que la historia de las mujeres ha alcanzado una presencia visible e influyente en el ámbito académico, hay también una evidencia clara —en artículos y libros, en la identificación con esta línea por parte de historiadoras que pueden encontrarse en conferencias internacionales y en la red informal que transmite las noticias del mundo

* Quisiera agradecer a Clifford Geertz por haber sido el primero en plantear algunas de las cuestiones que me llevaron a formular el presente artículo y por sus clarificadores comentarios a una primera versión del mismo. Donald Scott me ayudó a articular muchos puntos fundamentales y Elizabeth Weed me propuso inestimables sugerencias críticas. Agradezco así mismo los comentarios y consejos de Judith Butler, Laura Engelstein, Susan Harding, Ruth Leys y Mary Louise Roberts. Las críticas de Hilda Romer, Tania Urum y Karin Widerberg me plantearon retos difíciles que han mejorado y robustecido la argumentación. Les estoy muy agradecida por ellos.

¹ «Women in the Bechive: A seminar with Jacques Derrida», transcripción del Pembroke Center for Teaching and Research Seminar with Derrida, en *Subjects/Objects* (primavera 1984), pág. 17.

universitario— de la participación internacional en el movimiento de la historia de las mujeres.

Empleo el término «movimiento» de manera deliberada para distinguir el fenómeno actual de otros intentos anteriores de escribir sobre mujeres del pasado realizados por algunas personas de manera dispersa, para insinuar algo de la cualidad dinámica propia de los intercambios entre historiadoras de las mujeres en el plano internacional e interdisciplinario y para evocar asociaciones con lo político.

La vinculación entre historia de las mujeres y política es a la vez evidente y compleja. En una de las explicaciones convencionales sobre los orígenes de este campo, la política feminista aparece como el punto de arranque. Estas versiones sitúan el origen de dicho campo en la década de 1960, cuando las activistas feministas solicitaron una historia que proporcionara heñinas, pruebas de la actividad de las mujeres, explicaciones de la opresión y móviles para la acción. Según se dice, las feministas del mundo académico respondieron a la demanda de «historia femenina» dirigiendo sus conocimientos especializados hacia un programa de actividades más político; en los primeros tiempos hubo un nexo directo entre política y actividad académica. Posteriormente —en algún momento a mediados de los últimos años de la década de los setenta, continúa dicha explicación— la historia de las mujeres se alejó de la política. Amplió su campo de interrogantes documentando todos los aspectos de la vida de las mujeres en el pasado y adquirió así un impulso propio. La acumulación de monografías y artículos, la formación de debates internacionales y constantes diálogos interpretativos y la aparición de autoridades académicas reconocidas fueron los hitos familiares de un nuevo campo de estudio, legitimado, al parecer, en parte por su mismo distanciamiento de la lucha política. Finalmente (continúa la crónica), la vuelta al género femenino en la década de 1980 supuso una ruptura definitiva con la política, dando así a este campo la posibilidad de centrarse en sí mismo, pues el género es aparentemente un término neutro, desprovisto de propósitos ideológicos inmediatos. La creación de la historia de las mujeres como materia académica implica, según esta explicación, una evolución desde el feminismo a las mujeres, al género; es decir, de la política a la historia especializada, al análisis.

Indudablemente, esta exposición tiene variantes importantes, dependiendo de quién sea el narrador. En algunas versiones, la evolu-

ción se considera favorable, como si se hubiera rescatado la historia de una política de intereses estrechos, centrada con demasiada exclusividad en las mujeres, o de ciertos supuestos filosóficos ingenuos. En otras, la interpretación es desfavorable y la «retirada» al ámbito académico (por no hablar del género y de la teoría) se ve como signo de despolitización. «¿Qué le ocurre al feminismo cuando muere el movimiento de las mujeres?», se preguntaba recientemente Elaine Showalter. «Que se transforma en estudio de las mujeres: ni más ni menos que otra disciplina académica.»² Sin embargo, a pesar de las diferentes valoraciones, la crónica en sí es compartida por muchas feministas y críticos suyos, como si ésa fuera, sin discusión, la manera en que sucedieron las cosas.

Me gustaría aducir que la exposición requiere cierta reflexión crítica pues no sólo es demasiado simple sino que, además, es una equivocada presentación de la historia de la historia de las mujeres y de sus relaciones tanto con la política como con disciplina de la historia. La historia de este campo exige una exposición que no sea simplemente lineal sino más compleja, que tenga en cuenta la posición cambiante de la historia de las mujeres pero también del movimiento feminista y, así mismo, de la disciplina de la historia. Aunque la historia de las mujeres está asociada, sin duda, a la aparición del feminismo, éste no ha desaparecido ni del mundo académico ni de la sociedad en general, aunque hayan cambiado las circunstancias de su organización y existencia. Muchas de quienes emplean el término «género» se califican, de hecho, a sí mismas de historiadoras feministas. No se trata sólo de una lealtad política, sino de una perspectiva teórica que les lleva a ver el género como una mejor manera de conceptualizar la política. Muchas de quienes escriben historia de las mujeres se consideran implicadas en un esfuerzo, en gran medida político, dirigido a desafiar a las autoridades imperantes en la profesión y en la universidad y a cambiar la manera de escribir la historia. Y gran parte de la actual historia de las mujeres, aunque opere con conceptos de género, se dirige hacia las preocupaciones contemporáneas de la política feminista (entre ellas, en los EE UU de hoy en día, la seguridad social, el cuidado de los niños y el derecho al aborto). En efecto, hay tantos motivos para mantener que la evolución de la

² Citado en Karen Winkler, «Women's Studies After Two Decades: Debates over Politics, New Directions for Research», *The Chronicle of Higher Education*, septiembre 28 de 1988, pág. A6.

historia de las mujeres está intensamente relacionada con «la fuerza y legitimación crecientes del feminismo en cuanto movimiento político»³ como para insistir en el distanciamiento cada vez mayor entre trabajo académico y política. Pero considerar la historia de las mujeres como un mero reflejo del desarrollo de la política feminista en la esfera extraacadémica es errar los tiros. Más que postular una simple correlación, necesitamos pensar en este campo como estudio dinámico de la política de la producción de conocimiento.

La palabra «política» se emplea actualmente en varios sentidos. En primer lugar, en su definición más típica, puede significar la actividad llevada a cabo por los gobiernos u otras autoridades con poder o en el seno de los mismos. Dicha actividad implica una invocación a la identidad colectiva, organización de los recursos, cálculo estratégico y maniobras tácticas. En segundo lugar, el término «política» se utiliza también en referencia a las relaciones de poder más en general y a las estrategias propuestas para mantenerlo o disputarlo⁴. En tercer lugar, la palabra «política» se aplica, aún con mayor amplitud, a ciertas prácticas que reproducen o critican lo que a veces se tacha de «ideología», aquellos sistemas de creencias o prácticas que determinan identidades individuales o colectivas que forman las relaciones entre individuos y colectividades y su mundo y que se consideran naturales, normativas o evidentes de por sí⁵. Estas definiciones corresponden a distintos tipos de acción y diferentes ámbitos de actividad, pero la utilización que yo hago de la palabra «política» para caracterizarlas a todas ellas sugiere una difuminación de las fronteras definitorias y espaciales y que cualquier empleo del término tendrá, sin remedio, múltiples resonancias. La historia de la historia de las mujeres que quisiera exponer depende de esas resonancias múltiples; es siempre una historia de la política.

³ Nancy Fraser y Linda Nicholson, «Social Criticism Without Philosophy», manuscrito no publicado, 1987, pág. 29.

⁴ «Política en sentido profundo, como el conjunto de relaciones humanas en su estructura real y social, en su capacidad para construir el mundo.» Roland Barthes, *Mythologies* (París, 1957), pág. 230. Ver también Michel Foucault, *Histoire de la sexualité I: la volonté de savoir*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la sexualidad I: La voluntad de saber*, Madrid, 1989].

⁵ Gayatri Chakravorty Spivak, «The Politics of Interpretation», en: W. J. T. Mitchell, *The Politics of Interpretation*, Chicago, 1983, págs. 347-66; Mary Poovey, *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in mid-Victorian England*, (Chicago, 1988). Ver también «ideology» en el glosario de Louis Althusser y Etienne Balibar, *Reading Capital*, (trad. Ingl. Londres, 1979), pág. 314.

«Profesionalismo» frente a «política»

El feminismo ha sido en las últimas décadas un movimiento internacional, pero posee características especiales regionales y nacionales. Me parece útil centrarme en los detalles del caso que mejor conozco —los Estados Unidos— para hacer algunas observaciones generales.

En los EE UU el feminismo reapareció en la década de 1960, estimulado en parte por el movimiento en favor de los Derechos Civiles y por la política del gobierno, interesado en otorgar poder a las mujeres en la sociedad en vistas a la expansión económica prevista, incluyendo a las profesionales del mundo académico. Esto hizo que su interés y justificación asumieran la forma de la retórica de igualdad, entonces predominante. En este proceso, el feminismo dio por supuesta y creó una identidad colectiva en las mujeres, personas femeninas que compartían un interés en poner fin a su subordinación, eclipse e impotencia, generando igualdad y adquiriendo el control de sus cuerpos y vidas.

En 1961, a demanda de Esther Peterson, directora del Women's Bureau del Departamento de Trabajo, el presidente Kennedy instituyó una Comisión para la Situación de las Mujeres. Su informe, presentado en 1963, documentaba el hecho de que a las mujeres americanas se les negaba la igualdad de derechos y oportunidades y recomendó la creación de cincuenta comisiones estatales. En 1964, al establecerse bajo la ley de Derechos Civiles la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo (EEOC), la discriminación por razones de sexo cayó bajo su jurisdicción (añadida por un legislador hostil en vistas a desacreditar el título VII de la ley). En 1966, algunos delegados a la tercera asamblea de la Conferencia Nacional de las Comisiones del Estado sobre la Situación de las Mujeres, rechazaron con su voto en contra una resolución que urgía a la EEOC a aplicar la prohibición contra la discriminación por razones de sexo con la misma seriedad con que lo hacía contra la discriminación racial. Las mujeres que habían presentado la enmienda derrotada se reunieron a continuación para tomar decisiones sobre la siguiente acción y formaron la Organización Nacional de Mujeres⁶. Más o me-

⁶ Jo Freeman, «Women on the Move: Roots of Revolt», en: Alice S. Rossi y Ann Calderwood (eds.), *Academic Women on the Move* (Nueva York, 1973), págs. 1-37. Ver también los ensayos de Alice Rossi y Kay Klotzburger en ese mismo volumen.

nos por aquellas fechas, algunas mujeres jóvenes de Estudiantes para una Sociedad Democrática y el Movimiento por los Derechos Civiles comenzaron a dar expresión a sus quejas, solicitando el reconocimiento de las mujeres como participantes activos (e iguales) en los movimientos políticos que propugnaban un cambio social⁷. En el terreno de la política tradicional, las mujeres se han convertido en un grupo identificable (por primera vez desde el movimiento sufragista, a finales del siglo pasado).

También durante la década de 1960, las universidades y fundaciones comenzaron a animar a las mujeres a que se doctoraran en letras ofreciéndoles puestos de profesoras en los *colleges* y mucho apoyo verbal. «Es evidente», comentaba cierto autor, «que las mujeres constituyen una fuente importante y no alumbrada todavía para colegios y universidades que buscan buenos profesores e investigadores»⁸. Mientras autores tan diversos como presidentes de *colleges* y feministas del mundo académico reconocían la existencia de «prejuicios contra las mujeres entre las profesiones intelectuales», tendían a estar de acuerdo en que los obstáculos se eliminarían si las mujeres realizaran estudios superiores⁹. Es interesante advertir (a la luz de los posteriores debates teóricos) que de este modo se aceptaba la intervención de las mujeres. Se les pedía que, en cuanto agentes racionales y libres en su elección, ocuparan profesiones de las que anteriormente se las había excluido o en las que estaban infrautilizadas.

En el espacio abierto por el reclutamiento femenino apareció pronto el feminismo solicitando más recursos para las mujeres y denunciando la persistencia de desigualdades. Las feministas del mundo académico mantenían que los prejuicios contra las mujeres no habían desaparecido, aun cuando estuvieran en posesión de títulos académicos o profesionales, y se organizaron para pedir toda una serie de derechos que su titulación les permitía en principio reivindicar. En las asociaciones de disciplinas académicas, las mujeres formaron grupos para imponer el cumplimiento de sus demandas. (Entre éstas se hallaba una mayor representación en asociaciones y asam-

⁷ Sara Evans, *Personal Politics* (Nueva York, 1979).

⁸ Cita de Barnaby Keeney, presidente de la Brown University, *Pembroke Alumnae* 27:4 (octubre 1962), pág. 1.

⁹ Keeney, *ibid.*, págs. 8-9; Jessie Bernard, *Academic Women* (Cleveland, 1966); Lucille Addison Pollard, *Women on College and University Faculties: A Historical Survey and a Study of their present Academic Status* (Nueva York, 1977). Ver en particular, pág. 296.

bleas profesoras, una atención a las diferencias de salario entre hombres y mujeres y el fin de la discriminación en los contratos temporales y fijos y en el acceso a la promoción.) La nueva identidad colectiva de las mujeres en el mundo académico postulaba una experiencia compartida de discriminación basada en la diferencia sexual y suponía que las historiadoras, en cuanto grupo, tenían necesidades e intereses particulares que no podían englobarse en la categoría general de los historiadores. Al sugerir que las historiadoras eran diferentes de los historiadores y que el sexo influía en sus oportunidades profesionales, las feministas criticaban los términos unitarios y universales que habitualmente designaban a los profesionales y fueron acusadas de haber «politizado» organizaciones anteriormente apolíticas.

En 1969, en una atmósfera tensa y tempestuosa, el recién formado Comité de Coordinación de Mujeres Profesionales de la Historia ofreció un conjunto de resoluciones destinadas a mejorar la situación de las mujeres en la reunión de asuntos a tratar de la Asociación Histórica Americana (AHA). Estas reuniones, dedicadas habitualmente a debatir la política estatutaria y organizativa —los asuntos (pero no la política) de la asociación— solían ser un modelo de camaradería y buenas formas. Las desavenencias, cuando se producían, eran atribuibles a diferencias de opinión, gusto o, incluso, convicciones políticas individuales, a prioridades institucionales o regionales, pero ninguna de ellas era fundamental ni constituía la plataforma de un «interés» identificable en pugna con el conjunto. Las mujeres, por su tono, su sensación de estar asediadas y su pretensión de representar una entidad colectiva cuyos derechos se negaban sistemáticamente, dieron al traste con los procedimientos y se opusieron a que se diera por descontado que «todo seguiría como siempre». De hecho, lanzaron la acusación de que ese seguir como siempre era de por sí una forma de política, pues ignoraba y, por tanto, perpetuaba, la exclusión sistemática (por razones de sexo y raza) de profesionales cualificadas. El ataque a las trincheras del poder tuvo, por lo menos, dos resultados: logró arrancar concesiones a la AHA en forma de un comité *ad hoc* que examinara las cuestiones suscitadas (comité que emitió un informe en 1970, donde se reconocía el rango inferior de las mujeres y se recomendaba cierto número de medidas correctoras, entre ellas la creación de una comisión permanente sobre las mujeres) y tachó de no profesional la tutela ejercida sobre las mujeres.

La oposición entre «profesionalismo» y «política» no es natural, sino que forma parte de la definición que una profesión se da a sí misma como práctica adiestrada y fundada en la posesión compartida de conocimientos extensos adquiridos mediante educación. En la definición de una profesión hay dos aspectos distintos pero habitualmente inseparables. Uno implica la naturaleza del conocimiento generado; en este caso, lo que se considera historia. El otro, las funciones de control del acceso, que establecen e imponen las pautas mantenidas por los miembros de la profesión, en este caso, los historiadores. Para los historiadores profesionales del siglo xx, la historia es ese conocimiento del pasado al que se ha llegado a través de una investigación desinteresada e imparcial (el interés y la parcialidad son la antítesis de la profesionalidad) y que está universalmente al alcance de cualquiera que haya dominado los procedimientos científicos requeridos¹⁰. Por tanto, el acceso se funda en la competencia, en la posesión de lo que se supone ser evidente para quienes ya son profesionales y que sólo ellos pueden juzgar. La competencia no puede ser cuestión de estrategia o poder, sino sólo de educación y entrenamiento. La calidad de miembro de la profesión histórica confiere responsabilidad a los individuos, que se convierten en guardianes de ese conocimiento que constituye su territorio peculiar. La custodia y la competencia son, pues, la base de la autonomía y del poder de determinar qué se considera conocimiento y quién lo posee.

Y sin embargo, las profesiones y las organizaciones profesionales están, por supuesto, estructuradas jerárquicamente; las actitudes y normas contribuyen a aceptar a unos y excluir a otros como miembros del grupo. El «dominio de la materia» y la «competencia» pueden ser tanto juicios explícitos de capacidad como excusas implícitas de la parcialidad; de hecho, los juicios sobre la capacidad están imbricados a menudo con valoraciones de la identidad social del individuo que nada tienen que ver con la competencia profesional¹¹. La manera de separar ambos juicios, si es que en realidad pueden separarse, es una cuestión no sólo estratégica sino epistemológica. La oposi-

ción entre «política» y «profesionalismo» ha contribuido a enturbiar la cuestión epistemológica.

Mujeres, negros, judíos, católicos y «personas no distinguidas» tuvieron durante años una escasa representación en la AHA¹². Esta situación se señalaba y criticaba periódicamente y algunos historiadores hicieron esfuerzos concertados para corregir la discriminación, pero los términos y el estilo de la protesta eran diferentes de los utilizados a partir de 1969. En épocas anteriores, los historiadores críticos, renunciando a asistir a una reunión celebrada en algún hotel selecto o insistiendo en que las mujeres debían ser incluidas en los encuentros profesionales, sostenían que la discriminación basada en la raza, la religión, la etnia o el sexo impedían el reconocimiento de historiadores particulares, por lo demás muy cualificados. Al aceptar la concepción de lo que debía ser una profesión, mantenían que la política no tenía cabida en ella; su actividad, según su opinión, iba dirigida al cumplimiento de ideales auténticamente profesionales. En cambio, lo que presuponían las protestas de 1969 y posteriores era que las profesiones *son* organizaciones políticas (en los múltiples sentidos de la palabra «política»), por más respetable que fuera el comportamiento de sus miembros, y que sólo la acción colectiva podría cambiar las relaciones de poder imperantes. Durante la década de 1970 las mujeres de la AHA (y de otras asociaciones profesionales) vincularon sus luchas locales por el reconocimiento y la representación a las campañas nacionales de las mujeres, en especial la dirigida a introducir en la Constitución la Enmienda por la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amendment), e insistieron en que las asociaciones profesionales adoptaran una postura conjunta sobre estas cuestiones nacionales. Rechazaron la insinuación de que la ERA careciese de importancia para los asuntos de la AHA basándose en que el silencio no significaba neutralidad sino complicidad con la discriminación. En el seno de las organizaciones, ciertas nociones como la de «relevancia académica» y «calidad intelectual» fueron atacadas al igual que muchas tapaderas del trato discriminatorio, que deberían ser sustituidas por medidas cuantitativas de acción eficaz. Las pautas profesionales de imparcialidad y ecuanimidad fueron echadas por tie-

¹⁰ Peter Nobick, *That Noble Dream: The «Objectivity Question» and the American Historical Profession* (Nueva York, 1988).

¹¹ Sobre la cuestión del acceso, ver Mary G. Dietz, «Context is All: Feminism and Theories of Citizenship»; Jill K. Conway, «Politics, Pedagogy, and Gender», y Joan W. Scott, «History and Difference»; todos ellos en *Daedalus* (otoño 1987), págs. 1-24, 137-52, 93-118, respectivamente.

¹² Howard K. Beale, «The Professional Historian: His Theory and His Practice», *Pacific Historical Review* 22 (agosto, 1953), pág. 235.

rra por intereses particularistas, o al menos así se lo pareció a quienes mantenían la opinión normativa.

Sin embargo, otra manera de contemplar el asunto consiste en tratar el reto de las mujeres como una cuestión de redefinición profesional, pues la presencia de mujeres organizadas ponía en tela de juicio la idea de que la profesión de historiador constituía un cuerpo unitario. Al insistir en la existencia de una identidad colectiva de las mujeres historiadoras contrapuesta a la de los hombres (sugiriendo al mismo tiempo que la raza dividía a los historiadores blancos de los negros), las feministas se preguntaban si era posible el reconocimiento imparcial de magisterio, dando por sobreentendido que se trataba de un simple gesto hegemónico de un punto de vista interesado. No rechazaban los criterios profesionales y, de hecho, continuaban defendiendo la necesidad de educación y juicios de calidad (estableciendo, entre otras cosas, concursos para premiar obras destacadas sobre historia de las mujeres). Aunque sin duda se pueden citar pruebas de tendenciosidad entre las historiadoras de la mujer que no caracterizaron al conjunto de ellas, esta actitud no era (ni es) exclusiva de las feministas. E, incluso, las tendenciosas no abogaban por un falseamiento deliberado de los hechos o la supresión de información en favor de la «causa»¹³. La mayoría de las historiadoras de las mujeres no rechazaban los esfuerzos por lograr maestría y conocimientos, razón última de cualquier profesión. De hecho, aceptaban las leyes del mundo académico y procuraban ser reconocidas como intelectuales.

¹³ Esta cuestión se ha planteado de muy distintas maneras, últimamente en relación con el caso Sears. En el curso de un juicio contra la cadena comercial Sears Roebuck and Company por discriminación por razones de sexo, dos historiadoras de la mujer, Rosalind Rosenberg y Alice Kessler-Harris, testificaron por cada una de las partes contrarias. El caso fue motivo de una tremenda controversia entre historiadores sobre las implicaciones políticas de la historia de las mujeres y los compromisos políticos de las historiadoras feministas. Se lanzaron acusaciones de mala fe por ambas partes, pero los cargos más recientes (y los más rencorosos, con mucho), presentados por Sanford Levinson y Thomas Haskell en defensa de Rosenberg, insisten en que Kessler-Harris distorsionó deliberadamente la historia en interés de la política, mientras que Rosenberg defendió valientemente la «verdad». La oposición entre «política» y «verdad», «ideología» e «historia» estructura su ensayo (y le otorga su tono aparentemente objetivo y desapasionado), al tiempo que les permite encubrir todas las dificultades epistemológicas suscitadas por el caso (y a las que aluden en la nota a pie de página 136). Ver «Academic Freedom and Expert Witnessing: Historians and the Sears Case», *Texas Law Review*, 66:7 (Octubre, 1988), págs. 301-31. Sobre el caso Sears, ver también Ruth Milkman, «Women's History and the Sears Case», *Feminist Studies* 12 (verano 1986), págs. 375-400; y Joan W. Scott, «The Sears Case», en: Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988), págs. 167-177.

Recurrían a las reglas del lenguaje, la exactitud, las pruebas y la investigación que hacen posible la comunicación entre historiadores¹⁴. Y en este proceso, buscaron y consiguieron un alto nivel como profesionales en el terreno de la historia. No obstante, al mismo tiempo, desafiaron y trastocaron esas reglas criticando la constitución de la disciplina y las condiciones de su producción de conocimiento¹⁵. Su presencia puso en tela de juicio la naturaleza y efectos de un cuerpo uniforme e inviolable de pautas profesionales y de una figura única (blanco y varón) como representación del historiador.

En efecto, las historiadoras feministas insistían en la inexistencia de oposición entre «profesionalismo» y «política» proponiendo un conjunto de cuestiones profundamente inquietantes respecto a las jerarquías, fundamentos y supuestos que dominaban la tarea del historiador: ¿Quién es dueño de las pautas y definiciones de «profesionalidad» imperantes? ¿Entre quiénes se ha dado el acuerdo que éstas representan? ¿Cómo se llegó a tal acuerdo? ¿Qué otros puntos de vista quedaron excluidos o eliminados? ¿A quién pertenece la perspectiva que determina qué se considera una buena historia o, llegado el caso, simplemente historia?

«Historia» frente a «ideología»

La aparición de la historia de las mujeres como campo de estudio acompañó a las campañas feministas en favor de la mejora de su condición profesional y supuso la ampliación de los límites de la historia. Pero no fue una operación lisa y llana, no se trató simplemente de añadir algo anteriormente olvidado. El proyecto de la historia de las mujeres comporta, en cambio, una ambigüedad perturbadora pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma.

¹⁴ Ellen Somekawa y Elizabeth A. Smith, «Theorizing the Writing of History or, I can't think why it should be so dull, for a great deal of it must be invention», *Journal of Social History* 22:1 (otoño, 1988), págs. 149-61.

¹⁵ Sobre la capacidad de la historia de las mujeres para transformar la historia, ver Ann Gordon, Mari Jo Buhle y Nancy Schrom Dye, «The Problems of Women's History», en: Berenice Carroll (ed.), *Liberating Women's History* (Urbana, 1976); Natalie Zemon Davis, «Women's History in Transition: The European Case», *Feminist Studies* 3 (1976), págs. 83-103; Joan Kelly, *Women, History and Theory* (Chicago, University of Chicago Press, 1984); Carl Degler, «What the Women's Movement has done to American History», *Soundings* 64 (invierno, 1981), pág. 419.

Este doble filo se advierte en muchas de las declaraciones realizadas por quienes abogaban por el nuevo campo a comienzos de la década de 1970, pero nadie lo expresó mejor que Virginia Woolf en 1929. En *Una habitación propia*, Virginia Woolf trató la cuestión de la historia de las mujeres, como lo estaban haciendo muchas de sus contemporáneas en el periodo siguiente a la emancipación femenina en Inglaterra y Estados Unidos ¹⁶. La autora reflexiona sobre las deficiencias de la historia existente, una historia que, según ella, requiere ser escrita de nuevo, pues «a menudo parece algo sesgada en su actual estado, una tanto irreal y desequilibrada», es decir, deficiente, insuficiente, incompleta. Apartándose, en apariencia, de la idea de escribir de nuevo la historia, propone lo que parece una solución distinta: «¿Por qué... no añadir un suplemento a la historia, bautizándola, por supuesto, con un nombre poco llamativo, de modo que las mujeres puedan figurar en ella decorosamente?» Al solicitar Virginia Woolf un suplemento parece ofrecer una solución de compromiso, pero no es cierto. El delicado sarcasmo de sus comentarios sobre un «nombre poco llamativo» y la necesidad de decoro sugiere un proyecto complicado (lo califica de «ambicioso más allá de mis fuerzas») que, en el momento en que intenta delimitar sus dificultades, evoca sugerencias contradictorias ¹⁷. Las mujeres son añadidas a la historia y, además, dan pie a que sea escrita de nuevo; proporcionan algo adicional y son necesarias para que llegue a su plenitud, son superfluas e indispensables.

El empleo de Virginia Woolf del término suplemento trae a la memoria el análisis de Jacques Derrida, que me ayudará a analizar la relación entre la historia de las mujeres y la historia. En su proyecto de deconstrucción de la metafísica occidental, Derrida ha indicado ciertos «hitos» que repugnan y desorganizan las oposiciones binarias «sin llegar a constituir un tercer término» o resolución dialéctica. Son destructivos por su falta de resolutiveidad: implican simultáneamente sentidos contradictorios no susceptibles de ser siquiera clasificados por separado. El suplemento es uno de esos elementos «irresolutiveos». En español y en inglés significa tanto una adición como una sustitución. Es algo añadido, adicional, superfluo, por encima y más

¹⁶ Entre ellas estuvieron Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution 1750-1850* (Londres, 1930), y Mary Beard, *On Understanding Women* (Nueva York, 1931) y *America Through Women's Eyes* (Nueva York, 1934).

¹⁷ Virginia Woolf, *A Room of One's Own* (Nueva York, 1929), pág. 47 [hay ed. cast., *Una habitación propia*, Barcelona, 1989²].

allá de lo que ya está plenamente presente; pero también es un sustitutivo de lo ausente, de lo olvidado, de lo que falta, por lo cual resulta necesaria para llegar a una consumación o integridad. «El suplemento no es ni un más ni un menos, ni un afuera ni el complemento de algo interior, ni accidente ni esencia.» ¹⁸ Es (en palabras de Barbara Johnson) «superfluo y necesario, peligroso y redentor». «En el plano tanto del significante como del significado no es posible delimitar la distinción entre exceso y carencia, compensación y corrupción» ¹⁹.

Quisiera exponer cómo, al pensar en función de la lógica contradictoria del suplemento, podemos analizar la ambigüedad de la historia de las mujeres y su fuerza política potencialmente crítica, una fuerza que desafía y desestabiliza los principios disciplinarios instituidos, pero sin ofrecer una síntesis o una resolución fácil. El malestar que acompaña a esta desestabilización ha provocado no sólo la oposición por parte de los historiadores «tradicionales», sino también que las historiadoras de las mujeres deseen una resolución. Sin embargo, no existe una resolución simple sino sólo la posibilidad de una atención constante a las circunstancias y significados en cuyo seno se formulan estrategias políticas subversivas. Sólo dentro de esta especie de marco analítico podremos entender mejor las disputas por el poder y el conocimiento que caracterizan la aparición del campo al que nos referimos.

La mayor parte de la historia de las mujeres ha buscado de alguna manera incluirlas como objetos de estudio, como sujetos de la historia. Se ha tomado como axioma la idea de que el sujeto humano universal podría incluir a las mujeres, ofreciendo pruebas e interpretaciones sobre las diversas acciones y experiencias de éstas en el pasado. Sin embargo, dado que el sujeto de la moderna historiografía occidental suele encarnarse la mayoría de las veces en un varón blanco, la historia de las mujeres se enfrenta inevitablemente al «dilema de la diferencia» (como lo llama la norteamericana Martha Minow, teórica del derecho) ²⁰. Este dilema surge por la construcción de diferencias «por medio de la estructura misma de nuestro lenguaje, que

¹⁸ Jacques Derrida, *Positions*, Minuit, 1972 [hay ed. cast., *Posiciones*, Barcelona, 1976]. Ver también Derrida, *De la grammatologie*, Minuit, 1967.

¹⁹ Barbara Johnson, introducción a su traducción de la obra de Derrida *Disseminations* (Chicago, 1981), pág. xiii.

²⁰ Martha Minow, «The Supreme Court 1986 Term: Foreword: Justice Engendered», *Harvard Law Review* 101, n° 1 (noviembre 1987), págs. 9-95.

inserta... puntos de comparación no expresos en el seno de categorías que ciegan su perspectiva e implican erróneamente una conformidad natural con el mundo»²¹. «Universal» implica comparación con lo específico o lo particular; varón blanco, con otros que no son blancos o varones; hombre, con mujer. Pero estas comparaciones se expresan y entienden así siempre como categorías naturales, entidades aparte y no como términos relacionales. Por tanto, reivindicar la importancia de las mujeres en la historia equivale necesariamente a manifestarse contra las definiciones de la historia y sus agentes establecidas ya como «verdaderas» o, al menos, como reflexiones precisas de lo que sucedió (o de lo que fue importante) en el pasado. Y equivale también a luchar contra normas fijadas por comparaciones nunca manifestadas, por puntos de vista que jamás se han expresado como tales²².

La historia de las mujeres, que implica realmente una modificación de la historia, indaga la forma en que se ha establecido el significado de este término general. Critica la prioridad relativa concedida a la historia masculina («his-story») frente a la historia femenina («her-story»), exponiendo la jerarquía implícita en muchos relatos históricos. Y, lo que es aún más fundamental, pone en duda tanto la suficiencia de cualquier pretensión de la historia de contar la totalidad de lo sucedido, como la integridad y obviedad del sujeto de la historia: el Hombre universal. Aunque no todas las historiadoras de las mujeres planteen directamente estas cuestiones, están implícitas en su obra: ¿Cuáles son los procesos que han llevado a considerar las acciones de los hombres como norma representativa de la historia humana en general y que las acciones de las mujeres se hayan pasado por alto, se hayan dado por supuestas o se las haya relegado a un terreno menos importante y particularizado? ¿Qué comparaciones no expresadas están implícitas en términos como «historia» o «historiador»? ¿De quién son los puntos de vista que sitúan a los hombres como principales agentes históricos? ¿Qué efecto tiene en las prácticas establecidas de la historia considerar los acontecimientos y acciones desde otras posiciones, por ejemplo, las de las mujeres? ¿Cuál es la relación del historiador/a con los temas sobre los que escribe?

Michel de Certeau plantea el problema de la siguiente manera:

²¹ *Ibid.*, pág. 13.

²² Sobre la cuestión de las representaciones de la historia, ver Gayatri Chakravorty Spivak «Can the Subaltern Speak?», en: Cary Nelson y Lawrence Grossberg, *Marxism and the Interpretation of Culture* (Urbana, 1988), págs. 271-313.

Como es natural, el hecho de que la particularidad del lugar donde se produce el discurso sea pertinente se advertirá mejor allí donde el discurso historiográfico trata asuntos que cuestionan al sujeto-productor de la historia: la historia de las mujeres, de los negros, de los judíos, de las minorías culturales, etc. En estos terrenos se puede mantener, por supuesto, que la condición personal del autor es una cuestión indiferente (en relación con el objetivo de su obra) o bien que el historiador o la historiadora confiere autoridad o invalidez al discurso (según que él o ella estén o no implicados). Pero, este debate tiene como requisito algo que ha quedado oculto por cierta epistemología: el impacto de las relaciones de sujeto a sujeto (mujeres y hombres, negros y blancos, etc.) sobre el uso de técnicas aparentemente «neutras» y sobre la organización de discursos que son, quizá, igualmente científicos. Por ejemplo: del hecho de la diferenciación de sexos, ¿habría que concluir que una mujer produce una historiografía diferente de la de un hombre? Naturalmente, no responderé a esta pregunta, pero afirmo que el interrogante cuestiona la posición del sujeto y requiere ser tratada de manera distinta a como lo ha hecho la epistemología que ha construido la «verdad» de la obra sobre los cimientos de la no pertinencia de quién sea el hablante²³.

Lo importante de las palabras de De Certeau *no* es que sólo las mujeres pueden escribir historia de las mujeres, sino que esta historia abre de golpe todas las cuestiones sobre la competencia en la materia y la objetividad en que se basa la construcción de las normas disciplinarias. La demanda, aparentemente modesta, de suplementar la historia con información sobre las mujeres sugiere no sólo que la historia es incompleta en su estado actual, sino también que el dominio del pasado por los historiadores es necesariamente parcial. Y, lo que es aún más inquietante, deja abierta al examen crítico la naturaleza misma de la historia en cuanto epistemología centrada en un sujeto²⁴.

La discusión de estas inquietantes cuestiones filosóficas se ha desplazado, en su mayor parte, a otro terreno. Los historiadores llamados «tradicionales» han defendido su poder como guardianes de la disciplina (e, implícitamente, su dominio de la historia) invocando una oposición entre «historia» (conocimiento obtenido mediante una investigación neutral) e «ideología» (conocimiento falseado por consideraciones interesadas). Según su descripción, la «ideología» corrompe por su propia naturaleza y, por tanto, descalifica la labor intelectual. La etiqueta de «ideológico» asocia a las opiniones divergentes

²³ Michel de Certeau, «History: Science and Fiction», en: *Heterologies: Discourse on the Other* (Minneapolis, 1986), págs. 217-18.

²⁴ Mary Hawkesworth, «Knower, Knowing, Known...», *Signs* (primavera 1989), págs. 533-557.

cierta noción de inaceptables y da a las ideas dominantes el rango de ley inatacable o «verdad»²⁵.

Norman Hampson nunca admitiría que su despectiva caracterización como «historia uterina» de un libro sobre las mujeres francesas del siglo XIX implicara en su caso una oposición a historia fálica; para él el polo opuesto era historia «auténtica». Y el ataque gratuito de Richard Cobb a Simone de Beauvoir en una reseña del mismo libro implicaba que las feministas no podían ser buenas historiadoras. Los diez mandamientos de Lawrence Stone para la historia de las mujeres aceptaban mucho mejor este campo en conjunto, pero insistían en los peligros de «falsear las pruebas» o «apoyar una ideología feminista moderna», como si el significado de prueba fuera unívoco y, por otra parte, no planteara problemas sobre la posición, punto de vista e interpretaciones de los historiadores. Con un rechazo similar de estas cuestiones, Robert Finlay ha acusado a Natalie Davis de pasar por alto la «soberanía de las fuentes» y transgredir «el tribunal de los documentos» con el propósito de fomentar una lectura feminista de la historia de Martin Guerre²⁶. Casi no hace falta decir que los intentos de las feministas por exponer el «sesgo masculino» o la «ideología masculinista» inherentes a la historiografía han topado a menudo con la ridiculización o el rechazo por considerarlos expresión de una «ideología»²⁷.

Las desiguales relaciones de poder dentro de la disciplina hacen peligrosas las acusaciones de «ideología» para quienes buscan una categoría profesional y una legitimidad disciplinaria. Este hecho (y las reglas de la formación disciplinar) disuadieron inicialmente a muchas historiadoras de las mujeres de encarar las implicaciones epistemoló-

²⁵ «El éxito ideológico se consigue cuando sólo se consideran ideologías las opiniones contrarias; la que prevalezca será la verdad». Martha Minow, «Justice Engendered», *Harvard Law Review* 101 (noviembre, 1987), pág. 67.

²⁶ Norman Hampson, «The Big Store», *London Review of Books* (21 enero-3 febrero 1982), pág. 18; Richard Cobb, «The Discreet Charm of the Bourgeoisie», *New Yorker Review of Books* (diciembre 17, 1981), pág. 59; Lawrence Stone, «Only Women», *New Yorker Review of Books* (abril 11, 1985), págs. 21-27; Robert Finlay, «The Refashioning of Martin Guerre», y Natalie Zemon Davis, «On the Lame», ambos en *American Historical Review* 93:3 (junio 1988), págs. 553-71 y 572-603 respectivamente.

²⁷ «Las dificultades del liberalismo occidental para acabar con las luchas por razones de sexo y raza... muestra algo que las feministas han reconocido muy bien: las reticencias de los individuos liberales -los hombres- ante las insinuaciones de incapacidad, sobre todo cuando tales insinuaciones están expresadas a través del género». Elizabeth Weed, introducción a *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics* (Nueva York, 1988), pág. 6 (de la transcripción mecanográfica).

gicas más radicales de su obra; en vez de ello, insistieron en el papel de la mujer como materia histórica adicional olvidando su desafío a los supuestos metodológicos de la disciplina. (En ese momento procuramos aparecer como ciudadanas observantes de la ley, y no como agentes subversivas.) Así, por ejemplo, al defender la instauración de cursos nuevos sobre la mujer ante un comité de currículum universitario en 1975, mantuve que la historia de las mujeres era un terreno reciente de investigación en cuanto área de estudio o de relaciones internacionales²⁸. En cierto modo se trataba de un recurso táctico (una estratagema política) que intentaba separar, en unas circunstancias específicas, los estudios sobre las mujeres de una asociación demasiado estrecha con el movimiento feminista. Y en parte nacía de la creencia en que la acumulación de suficiente información sobre las mujeres en el pasado lograría de manera inevitable su integración en la historia normativa. Este último motivo se vio estimulado por la aparición de la historia social, centrada en las identidades colectivas de una amplia gama de grupos sociales.

La existencia del campo relativamente nuevo de la historia social proporcionaba un vehículo importante a la historia de las mujeres; la asociación de un nuevo tema de estudio a un conjunto de enfoques distinto corroboraba la afirmación de la importancia o, al menos, legitimidad del estudio de las mujeres. Aunque apelaba a ciertos prejuicios disciplinarios sobre el análisis científico desinteresado, pluralizaba, no obstante, los objetos de la investigación histórica, otorgando a grupos como los campesinos, los trabajadores, los maestros y los esclavos el rango de sujetos históricos. En este contexto, las historiadoras de las mujeres pudieron referirse a la realidad de la experiencia vivida por éstas y dar por supuesto su interés e importancia inherentes. Situaron a las mujeres en las organizaciones políticas y los puestos de trabajo y propusieron nuevos terrenos de acción e instituciones —familias y hogares— como temas dignos de estudio. Una parte de la historia de las mujeres intentó demostrar la similitud de la actividad de mujeres y hombres, otra subrayó la diferencia femenina; ambos planteamientos tomaron a las «mujeres» como una categoría social fija, una entidad aparte, un fenómeno conocido: se trataba de personas biológicamente femeninas que ocupaban o abandonaban

²⁸ Testimonio de Joan Scott a la universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill Curriculum Committee, mayo 1975, citado en Pamela Dean, *Women on the Hill: A History of Women at the University of North Carolina* (Chapel Hill, 1987), pág. 23.

distintas situaciones y funciones y cuya experiencia cambiaba, aunque no cambiase su ser esencial —en cuanto mujeres—.²⁹ Así, las historiadoras sociales (yo entre ellas) documentaron los efectos de la industrialización en las mujeres, un grupo cuya común identidad dábamos por supuesta. (En aquellos tiempos nos preguntábamos bastante menos por la variabilidad histórica de la misma palabra «mujer», cómo había cambiado, como, por ejemplo, en el curso de la industrialización, la designación de «mujeres trabajadoras» en cuanto categoría distinta de «trabajadores» supuso una nueva comprensión de lo que se significaba ser mujer.)³⁰ Otras se volvieron hacia la cultura de la mujer en cuanto producto tangible de la experiencia social e histórica de las mujeres y tendieron, igualmente, a suponer que la categoría «mujeres» era homogénea.³¹ En consecuencia, la categoría «mujeres» adquirió existencia como entidad social, al margen de su relación conceptual e históricamente situada con la categoría «hombres».³² La historia de las mujeres dedicó menos tiempo a documen-

²⁹ No pretendo subestimar las diversas formas de abordar la historia de las mujeres y las diferentes posturas interpretativas y teóricas adoptadas. En el seno de la historia de las mujeres hubo/hay considerables divergencias entre feministas marxistas, feministas liberales, las que recurren a las concepciones de diversas escuelas psicoanalíticas, etc. No me interesa aquí dar un repaso a la diversidad sino indicar algo del fondo común existente entre todas ellas —la preocupación por las mujeres en cuanto tema, con la identidad de las mujeres—, así como la relación de todo el campo en conjunto con la disciplina de la historia. En otro lugar he hecho un examen de esa diversidad. Ver Joan Scott, «Women's History: The Modern Period», *Past and Present* 101 (1983), págs. 141-57; y «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American Historical Review* 91:5 (diciembre 1986), págs. 1053-75.

³⁰ Como historias del trabajo de las mujeres, ver Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family* (Nueva York, 1978; 1987); Alice Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States* (Nueva York, 1982); Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts 1826-60* (Nueva York, 1979); Sally Alexander, «Women's Work in Nineteenth-Century London: A Study of the Years 1829-50», en: Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *The Rights and Wrongs of Women* (Londres, 1976); Patricia A. Cooper, *Once a Cigar Maker: Men, Women, and Work Culture in American Cigar Factories 1900-1919* (Urbana, 1987).

³¹ Linda Kerber, «Separate Spheres, Female Worlds, Woman's Place: The Rhetoric of Women's History», *Journal of American History* 75:1 (junio 1988), págs. 9-39.

³² Esto no quiere decir que las historiadoras de la mujer no escriban sobre las mujeres en relación con los hombres —como mujeres, amantes, madres, hijas, obreras, pacientes, etc.—. Pero sí, que han tendido a no tener en cuenta la cuestión conceptual de que la «mujer» no tiene una definición intrínseca, sino únicamente contextual (criticada siempre en su idealización y concreción) y que, además, sólo puede elaborarse por contraste, habitualmente, con los «hombres». Sobre este punto, ver Denise Riley, «Am I that name?» *Feminism and the Category of «women» in History* (Londres y Minneapolis, 1988).

tar la victimización de las mujeres y más a afirmar la distintividad de la «cultura femenina», creando así una tradición histórica a la que las feministas podrían recurrir al buscar ejemplos de la actividad de las mujeres y pruebas de su capacidad para hacer historia.³³

La documentación de la realidad histórica de las mujeres se hizo eco del discurso de identidad colectiva que posibilitó el movimiento de las mujeres en la década de 1970 y contribuyó a él. Este discurso mostró una experiencia femenina compartida que, al tiempo que tenía en cuenta las diferencias sociales, subrayaba el denominador común de la sexualidad y las necesidades e intereses ligados a él. La toma de conciencia supuso descubrir la «verdadera» identidad de las mujeres, desprenderse de anteojeras, conseguir autonomía, individualidad y, por tanto, emancipación. El movimiento de las mujeres entrañaba la existencia de las mujeres como categoría social aparte y definible cuyos miembros sólo necesitaban ser movilizadas (más que considerarlos como un conjunto dispar de personas biológicamente similares cuya identidad estaría en trance de ser creada por el movimiento). La historia de las mujeres confirmaba así la realidad de la categoría «mujeres», su existencia anterior al movimiento contemporáneo, sus necesidades, intereses y características intrínsecas, dándole una historia.

La aparición de la historia de las mujeres estaba, pues, imbricada con la de la categoría «mujeres» en cuanto identidad política y ello iba acompañado de un análisis que atribuía la opresión de las mujeres y su falta de visibilidad histórica a un desviación masculina. Al igual que las «mujeres», se consideró a los «hombres» un grupo de interés homogéneo cuya oposición a las demandas de igualdad se atribuían a un deseo premeditado de salvaguardar el poder y los recursos que su dominio les otorgaba. La atención prestada a la diversidad, la clase, la raza y la cultura produjo variaciones sobre el tema del patriarcado pero, no obstante, fijó la oposición hombre/mujer. Se prestó menos atención a los fundamentos conceptuales del «patriarcado», a la manera como la diferencia sexual se introdujo en el conocimiento cultural, que a los efectos de sistemas de dominio masculino sobre las mujeres y a la oposición de las mujeres al mismo. El antagonismo entre hombres y mujeres fue un foco central de la polí-

³³ Ver, por ejemplo, el simposio sobre «Cultura de la mujer» y política en: *Feminist Studies* 6 (1980), págs. 26-64.

tica y la historia, cosa que tuvo varios efectos: hizo posible una movilización política influyente y extendida, al tiempo que afirmaba implícitamente la naturaleza esencial de la oposición binaria entre macho y hembra. La ambigüedad de la historia de las mujeres pareció quedar resuelta por su franca oposición entre dos grupos de interés constituidos separadamente y enfrentados.

Paradójicamente, aunque este tipo de conflicto era un anatema para quienes concebían las profesiones como comunidades unificadas, resultó aceptable como caracterización de la historia. (Ello ocurrió, al menos en parte, porque el campo mismo estaba en proceso de cambio, sus enfoques modificaban el rumbo y las ortodoxias imperantes eran criticadas y relegadas.) De hecho, podría decirse que la historia de las mujeres logró cierta legitimidad como tarea histórica al afirmar la naturaleza diversa, la experiencia aparte de las mujeres, o lo que es lo mismo, cuando consolidó la identidad colectiva de las mujeres. Esto tuvo el doble efecto de garantizar un lugar a la historia de las mujeres en la disciplina y afirmar su diferencia frente a la «historia». La historia de las mujeres fue tolerada (debido, al menos en parte, a que la presión de historiadoras feministas y estudiantes hacían que mereciera la pena tolerarla) por algunos pluralistas liberales deseosos de conceder credibilidad al interés histórico de muchos temas; pero siguió estando fuera de los intereses dominantes de la disciplina y su reto subversivo quedó, al parecer, recluido en una esfera aparte.

«Política» frente a «teoría»

El ostensible bloqueo y segregación de la historia de las mujeres nunca fueron completos, pero en los últimos años de la década de 1970 comenzaron a verse socavados de forma evidente por un conjunto de tensiones, algunas de las cuales procedían de la disciplina misma y otras del movimiento político. Todas ellas concurrieron para amenazar la viabilidad de la categoría «mujeres» y presentaron la «diferencia» como un problema que había que analizar. La atención fijada en la diferencia puso de manifiesto una parte de la ambigüedad que siempre había estado implícita en la historia de las mujeres al señalar el significado consustancialmente relacional de las categorías de género. Además, sacó a la palestra ciertas cuestiones sobre los

lazos entre poder y conocimiento y demostró la conexiones entre teoría y política.

El objetivo de las historiadoras de las mujeres era integrar a éstas en la historia, al tiempo que fijaba su identidad separada. Y el impulso para la integración provino de fondos del gobierno y fundaciones privadas en la década de 1970 y primeros años de la de 1980. (Estos organismos se interesaban no sólo por la historia, sino también por la luz que los estudios históricos podrían arrojar sobre la política contemporánea con las mujeres.) La integración daba por supuesto no sólo el engarce de las mujeres en historias ya establecidas, sino la necesidad de su presencia para la corrección de la historia. Aquí entraban en acción las connotaciones contradictorias de la condición suplementaria de la historia de las mujeres. La historia de las mujeres —con sus compilaciones de datos sobre mujeres del pasado, su insistencia en que las periodizaciones admitidas no funcionaban cuando se tomaba en consideración a las mujeres, sus pruebas de que las mujeres influyeron en los acontecimientos y tomaron parte en la vida pública y su insistencia en que la vida privada poseía aspectos públicos y políticos— evocaba una insuficiencia fundamental: el sujeto de la historia no era una figura universal y los historiadores que escribían como si lo fuera no podían pretender estar contando toda la historia. El proyecto de integración hizo explícitas estas suposiciones.

La integración, acometida con gran entusiasmo y optimismo, resultó difícil de lograr. La situación parecía deberse más a la resistencia de los historiadores que a una simple tendenciosidad o prejuicio, aunque, indudablemente, esto formaba también parte del problema³⁴. Las mismas historiadoras de las mujeres encontraron más bien difícil introducir a las mujeres en la historia y la tarea de escribirla de nuevo exigía un cambio de conceptos para el que en un principio no estaban preparadas o entrenadas. Se requería una manera de pensar la diferencia y el modo en que su construcción definía relaciones entre individuos y grupos sociales.

El término utilizado para teorizar la cuestión de la diferencia sexual fue el de «género». En EE UU la palabra se tomó prestada tanto de la gramática, con sus supuestos sobre convenciones o reglas de

³⁴ Susan Hardy Aikem, *et al.*, «Trying Transformations: Curriculum Integration and the Problem of Resistance», *Signs* 12:2 (invierno 1987), págs. 255-75. Ver también en el mismo número Margaret L. Anderson, «Changing the Curriculum in Higher Education», págs. 222-254.

uso lingüístico (hechas por el hombre), como de los estudios sociológicos sobre los papeles sociales asignados a mujeres y hombres. Aunque los usos del término «género» en sociología pueden tener ecos funcionalistas o esencialistas, las feministas decidieron insistir en las connotaciones sociales del mismo por oposición a las connotaciones físicas de la palabra «sexo»³⁵. Subrayaron también el aspecto relacional de género: sólo era posible concebir a las mujeres definiéndolas en relación con los hombres, y a los hombres diferenciándolos de las mujeres. Además, dado que el género se definía como algo relacionado con contextos sociales y culturales, existía la posibilidad de pensar en función de diferentes sistemas de género y de las relaciones entre éstos y otras categorías, como raza, clase o etnia, así como tener en cuenta los cambios.

La categoría de género, utilizada por primera vez para analizar las diferencias entre los sexos, se extendió a la cuestión de las diferencias en el seno de la diferencia. La política de identidad de la década de 1980 dio origen a múltiples alianzas que amenazaron el significado unitario de la categoría «mujeres». De hecho, es difícil emplear el término «mujeres» sin alguna modificación: mujeres de color, mujeres judías, mujeres lesbianas, mujeres trabajadoras pobres, madres solteras son sólo algunas de las categorías expuestas. Todas ellas constituían una amenaza para la hegemonía de la clase media blanca heterosexual en el término «mujer», al aducir que la diferencia fundamental de experiencia hacía imposible pretender una identidad única³⁶. A la fragmentación de una noción universal de «mujer» se-

³⁵ Ver, Gail Rubin, «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex», en: Rayna R. Reiter (ed.), *Towards an Anthropology of Women* (Nueva York, 1975); Ver también, Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American Historical Review* 91:5 (diciembre, 1986); y Donna Haraway, «Geschlecht, Gender, Genre: Sexualpolitik eines Wortes», en: *Viele Orte überall? Feminismus in Bewegung* (Festschrift für Frigga Haug), Kornelia Hauser (ed.) (Berlín, 1987), págs. 22-41.

³⁶ Teresa de Lauretis, «Feminist Studies / Critical Studies: Issues, Terms, and Contexts»; Cherrie Moraga, «From a Long Line of Vendidas: Chicanas and Feminism»; Biddy Martin y Chandra Talpade Mohanty, «Feminist Politics: What's Home Got to Do with It?», todos ellos en Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies / Critical Studies* (Bloomington, 1986), págs. 1-19, 173-190, 191-212, respectivamente. Ver también, The Combahee River Collective, «A Black Feminist Statement», en: Gloria T. Hull, Patricia Bell Scott y Barbara Smith (eds.), *But Some of Us are Brave: Black Women's Studies* (Nueva York, 1982); Barbara Smith (ed.), *Home Girls: A Black Women's Anthology* (Nueva York, 1983). Ver también Barbara Smith, «Toward a Black Feminist Criticism»; Deborah E. McDowell, «New Directions for Black Feminist Criticism»; Bonnie Zimmerman, «What has Never Been: An Overview of Lesbian Femi-

nist Criticism», todos ellos en Elaine Showalter (ed.), *The New Feminist Literary Criticism: Essays on Women, Literature, Theory* (Nueva York, 1985), págs. 168-224; Nancy Hoffman, «White Women, Black Women: Inventing an Adequate Pedagogy», *Women's Studies Newsletter* 5 (primavera 1977), págs. 21-4; Michele Wallace, «A Black Feminist's Search for Sisterhood», *Village Voice*, julio 28, 1975, pág. 7; Teresa de Lauretis, «Displacing Hegemonic Discourses: Reflections on Feminist Theory in the 1980s», *Inscriptions* n.ºs 3/4 (1988), págs. 127-41.

El problema de las diferencias en el seno de la diferencia dio pie a un debate acerca de cómo se debía articular el género en cuanto categoría de análisis y si había que hacerlo. Una de estas articulaciones se apoya en el trabajo de las ciencias sociales en torno a los sistemas o estructuras de género; parte de la hipótesis de una oposición fija entre hombres y mujeres e identidades separadas (o roles) para los sexos que actúa de manera coherente en todas las esferas de la vida social. Supone así mismo una correlación directa entre las categorías sociales de macho y hembra y las identidades subjetivas de hombre y mujer y atribuye sus variantes a otras características sociales instituidas, como las de clase o raza. Amplía el objetivo de las mujeres prestando atención a las relaciones masculino/femenino y a ciertas cuestiones sobre cómo se percibe el género y cuáles son los pro-

³⁷ La fragmentación se produjo, en parte, a raíz de la derrota de la Enmienda a la Constitución de EE UU por la Igualdad de Derechos, campaña que dio lugar a un frente común entre diferentes grupos de feministas. Naturalmente, la misma campaña de la ERA mostró lo profundas que eran las diferencias entre feministas y antifeministas y puso en tela de juicio cualquier idea del carácter inherente de la solidaridad femenina. Algunas de las diferencias se atribuyeron a una «conciencia falsa», aunque no por entero. Sobre la campaña en favor de la ERA ver, Mary Frances Berry, *Why ERA Failed* (Bloomington, 1986); Jane Mansbridge, *Why We Lost the ERA* (Chicago, 1986); Donald G. Mathews and Jane Sherron de Hart, *ERA and the Politics of Cultural Conflict: North Carolina* (Nueva York, 1989).

cesos que establecen las instituciones genéricas y a las diferencias que la raza, la clase, la etnia y la sexualidad han generado en la experiencia histórica de las mujeres. El tratamiento del género en sociología ha pluralizado la categoría de «mujer» y producido un conjunto abigarrado de historias e identidades colectivas; pero también ha desembocado en una serie de problemas aparentemente insoluble, consecuencia del reconocimiento de las diferencias entre las mujeres. Si existen tantas diferencias de clase, raza, etnia y sexualidad, ¿qué constituye el fondo común sobre el que las feministas pueden organizar una actividad colectiva coherente? ¿Cuál es el nexo conceptual de la historia de las mujeres o de los cursos de estudios sobre las mujeres, entre los que parece darse una proliferación infinita de diferentes historias (de mujeres)? (Ambos problemas están ligados: ¿tienen las mujeres una identidad común y una historia común que podamos escribir?)

Algunas feministas han intentado abordar estas cuestiones analizando el género con procedimientos literarios y filosóficos que, a pesar de su diversidad, se agrupan conjuntamente bajo la rúbrica de postestructuralismo. En este caso se pasa de hacer hincapié en la comprobación de la oposición binaria masculino frente a femenino a preguntarse cómo se ha establecido dicha oposición; de suponer una identidad preexistente en las «mujeres» a investigar los procesos de su construcción; de atribuir un significado inherente a categorías como «hombre» y «mujer» a analizar cómo se afianza su significado. Este análisis considera la significación como su objeto propio y examina las prácticas y contextos en los que se producen los significados de la diferencia sexual. Se sirve a menudo de la teoría psicoanalítica (en especial, la lectura lacaniana de Freud) para debatir la complejidad e inestabilidad de cualquier identificación del sujeto. Masculinidad y feminidad se consideran posiciones subjetivas, no circunscritas necesariamente a los machos o hembras biológicos³⁸.

Especialmente importantes han sido los modos en que las feministas se han apropiado del postestructuralismo para pensar la diferencia. La diferencia reside en el corazón de las teorías lingüísticas del significado. Se dice que toda significación se produce de forma diferencial, por contraste u oposición, y jerárquica, mediante la asigna-

ción de la primacía a un término y la subordinación a otro. Es importante tener en cuenta la interconexión de la relación asimétrica pues sugiere que el cambio es algo más que una cuestión de ajuste de los recursos sociales para un grupo subordinado, más que una cuestión de justicia distributiva. Si la definición del Hombre se basa en la subordinación de la Mujer, cualquier cambio en la situación de la Mujer requiere (y produce) un cambio en nuestro entendimiento del Hombre (un pluralismo simplemente acumulativo no funcionaría). La amenaza radical planteada por la historia de las mujeres consiste precisamente en este tipo de desafío a la historia establecida; las mujeres no pueden simplemente añadirse sin que se produzca un replanteamiento fundamental de los términos, pautas y supuestos de lo que en el pasado se consideraba historia objetiva, neutral y universal porque tal noción de historia incluía en su misma definición la exclusión de las mujeres.

Quienes se apoyan en las doctrinas postestructuralistas mantienen que el poder puede entenderse en función de procesos discursivos que producen diferencias. ¿Cómo se produce, se legitima y difunde la diferencia de conocimiento? ¿Cómo se construyen identidades y en función de qué? Las historiadoras feministas encuentran respuestas a estas cuestiones en casos particulares y definidos, pero no se limitan a presentar historias separadas. El terreno común político y académico tiene más bien la propiedad de que en él las feministas exponen análisis diferenciales y organizan la resistencia a la exclusión, el dominio o la marginalidad derivados de los sistemas de diferenciación.

Al contrario de lo que ocurre con el tratamiento de las ciencias sociales, que dan por supuesta la identidad y experiencia de las mujeres, el enfoque postestructuralista relativiza la identidad y la despoja de su base en una «experiencia» esencializada, dos elementos fundamentales en la mayoría de las definiciones corrientes de política para la activación de los movimientos políticos. Al problematizar los conceptos de identidad y experiencia, las feministas que recurren a análisis postestructuralistas han ofrecido interpretaciones dinámicas del género que hacen hincapié en la controversia, la contradicción ideológica y las complejidades de las relaciones cambiantes de poder. Su obra insiste en la variabilidad histórica y en una especificidad contextual mayor para los significados mismos de género y lo hace de muchas maneras y con más insistencia que los trabajos de quienes

³⁸ Ver Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity* (Nueva York, 1989).

se apoyan en los conceptos de las ciencias sociales. Pero los trabajos influenciados por el postestructuralismo acaban encontrándose con los mismos problemas planteados a quienes prefieren abordar esta materia desde los puntos de vista de las ciencias sociales. Si la categoría «mujer», y, por tanto, la identidad y experiencia de las mujeres, es inestable debido a su variabilidad histórica, como ha mantenido Denise Riley, ¿cuáles serán las razones para una movilización política? ¿Cómo escribir historia de las mujeres de forma coherente sin una noción fija y compartida de lo que ellas son? Riley responde, correctamente en mi opinión, que es posible pensar y organizar una política con categorías inestables y que, en realidad, así se ha hecho, pero la manera exacta de hacerlo requiere ser discutida. Sin embargo, curiosamente, en vez de reconocer la semejanza de los dilemas con que se enfrentaron las historiadoras feministas en la década de 1980, dilemas cuyo origen se halla en nuestra necesidad de pensar en política con nuevos planteamientos, se ha desarrollado un debate polarizado sobre la utilidad del postestructuralismo para el feminismo, debate que se contempla como un conflicto entre «teoría» y «política».

Las feministas contrarias al postestructuralismo han generalizado su crítica como denuncia de la «teoría» y la han motejado de abstracta, elitista y masculinista. En cambio, han insistido en que su posición es concreta, práctica y feminista y, por tanto, políticamente correcta. En esta oposición, todos los aspectos teóricos referentes al feminismo han sido rebautizados como «política» debido a que (según una exposición reciente) sus observaciones provienen «directamente de la reflexión sobre nosotras mismas, es decir, de la experiencia de las mujeres, de las contradicciones que sentimos entre los diferentes modos en que nos vemos representadas incluso ante nosotras mismas, de las desigualdades que durante mucho tiempo hemos experimentado en nuestra situación.»³⁹ Al considerar el problema en función de una oposición binaria irresoluble, esta formulación excluye la posibilidad de tener en cuenta las ventajas de diferentes planteamientos teóricos de la historia y la política feministas, así como la posibilidad de concebir teoría y política como elementos inextricablemente vinculados.

Creo que la oposición entre «teoría» y «política» es falsa e intenta

³⁹ Judith Newton, «History as Usual?: Feminism and the "New Historicism"», *Cultural Critique*, 9 (1988), pág. 93.

silenciar los debates que debemos plantearnos sobre *qué* teoría es la más útil para el feminismo, haciendo que sólo una teoría sea aceptable como «política». (En el lenguaje utilizado por quienes recurren a esa dicotomía, «política» significa en realidad buena teoría y «teoría» quiere decir mala política⁴⁰.) La «buena» teoría considera a las «mujeres» y su «experiencia» hechos evidentes de por sí, origen de identidad y acción colectivas. En efecto, quienes recurren a esta oposición (en un proceso inverso a la reacción de la historia ante la historia de las mujeres) hacen de la «política» una posición normativa que sería para algunas la comprobación ética de la validez del feminismo y de la historia de las mujeres. Y las historiadoras de las mujeres que rechazan la «teoría» en nombre de la «política» están, curiosamente, aliadas con los historiadores tradicionales que consideran el postestructuralismo (y la historia de las mujeres) antitético con los principios de su disciplina⁴¹. En ambos casos, estos historiadores defienden el concepto de «experiencia» rehusando problematizarla; al oponer «teoría» y «política» excluyen la «experiencia» de una indagación crítica y la protegen como la base fundamental y no problematizada de la explicación política e histórica⁴².

Sin embargo, el concepto de experiencia se ha hecho problemático para los historiadores y requiere ser discutido críticamente. El postestructuralismo ha cuestionado si la experiencia posee un rango

⁴⁰ La oposición entre «teoría» y «política» sugiere también una oposición entre idealismo y materialismo que representa falsamente los problemas filosóficos debatidos actualmente. Sobre la no validez de la oposición idealismo/materialismo, ver Joan Scott, «A Reply to Criticism», *International Labor and Working Class History* 32 (otoño, 1987), págs. 39-45. La oposición entre «teoría» y «política» se refiere también de manera tangencial a la de la actividad humana, en la que insisten mucho los actuales historiadores. La teoría postestructuralista no niega que las personas actúen o tengan cierto control sobre sus acciones; más bien critica la teoría individual liberal que supone que los individuos son agentes plenamente autónomos, racionales y autocreadores. La cuestión no es la actividad *per se*, sino los límites de la teoría liberal de la actuación.

⁴¹ La ironía es llamativa. Las historiadoras de las mujeres que han aceptado las nociones de universalidad de la disciplina (añadiendo la categoría universal de «mujer» a la ya existente de «hombre») y de competencia (dando por sentado que los historiadores pueden lograr un conocimiento desinteresado y completo del pasado), caracterizan, no obstante, su postura de «política» —término que indica su relación subversiva con la disciplina—. Pienso que estamos ante un ejemplo más de la lógica del suplemento y que las historiadoras de las mujeres (sea cual sea su posición epistemológica) no están ni del todo dentro ni del todo fuera de la profesión de la historia.

⁴² Ver John Toews, «Intellectual History After the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience», *American Historical Review* 92 (octubre, 1987), págs. 879-907.

fuera de la convención lingüística (o de la construcción cultural), pero, además, el trabajo de las historiadoras de la mujer ha pluralizado y complicado, por su parte, la manera en que los historiadores han apelado convencionalmente a la experiencia. Por otra parte, y ello es de la máxima importancia para mi argumentación, el variado mundo del movimiento político feminista de la década de 1980 ha hecho imposible una definición única de la experiencia de las mujeres. Como siempre ha ocurrido, las cuestiones planteadas para la teoría son cuestiones relacionadas con la política: ¿Existe alguna experiencia femenina que trascienda las fronteras de clase y raza? ¿Cómo afectan las diferencias raciales o étnicas a la «experiencia de las mujeres» y a las definiciones de las necesidades e intereses femeninos en torno a los cuales podemos organizarnos o sobre los que escribimos? ¿Cómo podemos determinar qué es esta «experiencia» o qué fue en el pasado? Sin un pensamiento teórico sobre el pasado, los historiadores no pueden dar respuesta a estas preguntas; sin alguna manera de pensar teóricamente sobre la relación entre historia de las mujeres e historia, los efectos potencialmente críticos y destabilizadores del feminismo se perderán con demasiada facilidad y renunciaremos a la oportunidad de transformar radicalmente el conocimiento constitutivo de la historia y política que practicamos.

El postestructuralismo no está libre de dilemas para las historiadoras feministas. Creo que quienes insisten en que el postestructuralismo no es capaz de tratar la realidad o que su polarización en los textos excluye las estructuras sociales olvidan la importancia de la teoría. Pero también creo que nos ofrece a los historiadores respuestas expeditas a algunos problemas que plantea: cómo apelar a la «experiencia» sin sostener implícitamente conceptos esencialistas; cómo describir la movilización política sin apelar a identidades esencializadas y ahistóricas; cómo representar la actividad humana reconociendo al mismo tiempo sus determinismos lingüísticos y culturales; cómo incorporar la fantasía y el inconsciente a los estudios del comportamiento social; cómo reconocer las diferencias y hacer de los procesos de diferenciación el centro del análisis político, sin desembocar ni en exposiciones múltiples e inconexas ni en categorías excesivamente generalizadoras, como la de clase o la de «los oprimidos»; cómo reconocer la parcialidad de la propia narración (en realidad, de todas las narraciones) y, a pesar de ello, exponerla con autoridad y convicción. Estos problemas no se resuelven descalificando la «teo-

ría» o declarándola antitética de la «política»; más bien requieren un debate continuo y simultáneo (debate que será al mismo tiempo teórico y político), pues en definitiva se trata del problema de todas cuantas escriben historia de las mujeres, sea cual sea su manera de abordarla.

Son problemas comunes, pues derivan de la lógica de la suplementariedad que caracteriza la historia de las mujeres y le ha proporcionado su fuerza crítica. Cuando las historiadoras feministas emprendieron la tarea de generar nuevos conocimientos, pusieron por necesidad en tela de juicio la inadecuación no sólo de la sustancia de la historia existente sino también de sus fundamentos conceptuales y premisas epistemológicas. En este punto encontraron aliados entre los historiadores y otros estudiosos del campo de las humanidades y las ciencias sociales que discutían en su propio ámbito las cuestiones de la causalidad y la explicación, la actividad y la determinación. No obstante, la mayoría de las feministas no han sido consideradas participantes de pleno derecho en estos debates ⁴³. Su posición sigue siendo suplementaria incluso en estos discursos críticos: un ejemplo concreto de un fenómeno general y, al mismo tiempo, una ilustración radical de la (in)suficiencia de sus formulaciones y prácticas. La posición suplementaria está caracterizada por una indeterminación recurrente y una potencial desestabilización. Requiere una atención constante a las relaciones de poder, cierta vigilancia frente a los intentos de aplicar una u otra de sus posiciones contradictorias. Las historiadoras de las mujeres se ven constantemente a sí mismas protestando contra los intentos por relegarlas a posiciones meramente irrelevantes; también se oponen a razonamientos que descalifican lo que hacen considerándolo tan diferente que no serviría como historia. Sus vidas y su obra profesionales son, por tal razón, necesariamente políticas. En definitiva, no hay modo de separar la política —relaciones de poder, sistemas de creencia y práctica— del conocimiento y los

⁴³ Se puede encontrar un ejemplo de este olvido de las contribuciones feministas a los debates historiográficos en el foro especial sobre historia y teoría crítica presentado por la *American Historical Review* 94 (junio 1989). Ninguno de los artículos reconoce el impacto que la historia feminista (o la historia afroamericana o la gay o lesbiana) ha tenido en las cuestiones epistemológicas con que se enfrenta la disciplina. Ver David Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», David Hollinger, «The Return of the Prodigal: The Persistence of Historical Knowing», y Alan Megill, «Recounting the Past: «Description, Explanation, and Narrative in Historiography», págs. 581-609, 610-21 y 627-53, respectivamente.

procesos que lo producen; la historia de las mujeres es por tal razón un campo inevitablemente político.

En esta colaboración he recurrido a las operaciones de la lógica del suplemento con el fin de ayudarme a entender y analizar la naturaleza consustancialmente política del campo de la historia de las mujeres; para concluir diría que esa «teoría» es la que puede darnos luz sobre la política de nuestra práctica.

HISTORIA DE ULTRAMAR

Henk Wesseling

Esta colaboración está dedicada a la historia ultramar, un tema interesante y en absoluto fácil. En efecto: ¿qué *es* la historia de ultramar? Estrictamente hablando, no existe una definición apropiada de ella o, más bien, lo que hay depende de la posición de cada cual. Desde la perspectiva británica, por ejemplo, prácticamente toda la historia es historia de ultramar e incluye parte de la historia del mismo Reino Unido. Parafraseando una conocida expresión francesa: la historia de todos es historia de ultramar para algún otro. Naturalmente, no es esto lo que pensamos al utilizar el término. ¿Qué es, entonces? Podemos hallar una solución práctica a este problema examinando los contenidos de publicaciones que llevan esta expresión en su título. La publicación francesa *Revue française d'histoire d'outre-mer*, editada por la sociedad del mismo nombre, es en sustancia una publicación dedicada a la historia de la expansión colonial europea y, en especial, francesa y de las antiguas posesiones francesas. No tiene nada de llamativo, pues su nombre original era el de *Revue d'histoire des colonies*, del mismo modo como las *Académies des sciences d'outre-mer* francesa y belga solían conocerse como *Académies des sciences coloniales*. La serie en lengua alemana de los *Beiträge zur Kolonial- und Überseegeschichte* combina ambos términos, colonial y ultramar. Los británicos tiene la suerte de contar con su Commonwealth, razón de la existencia de un *Journal of Imperial and Commonwealth History*, una

combinación mucho más elegante que la de «Imperial and Overseas History». En Holanda, el Real Instituto Colonial cambió su nombre por el de Real Instituto Tropical, pero no se aceptó nada parecido a una «historia tropical».

No es difícil comprender qué ocurría con todo esto. A partir de 1945 el término «colonial» resultó cada vez más odioso y los institutos que deseaban continuar existiendo debieron encontrar nombres distintos (a poder ser, más neutros). Sin embargo, no se trataba simplemente de rebautizarlos. También se produjo un cambio de orientación e intereses. La historia de ultramar se desarrolló hasta convertirse en una campo mucho más amplio de lo que solía serlo la historia colonial. Trata no sólo de los sistemas coloniales y el encuentro entre europeos y no europeos en general, sino también de la historia económica, social, política y cultural de los pueblos no europeos. Aquí es, precisamente, donde surgen los problemas, pues la historia de ultramar se ha desarrollado, no sólo en teoría sino en la práctica, hasta convertirse en un asunto de tal vastedad que resulta inidentificable. Evidentemente, hay algunos elementos que dan cierta cohesión al campo. En primer lugar, el historiador ultramarino maneja normalmente dos tipos de fuentes; por un lado, europeas, en su mayoría archivísticas, y por otro, no europeas, escritas o, como sucede a menudo en la historia de África, no escritas. Debido a la falta de fuentes tradicionales, es necesario el auxilio de otras disciplinas; de ahí la función en la historia de ultramar de disciplinas como la arqueología, la lingüística y la antropología. Así pues, la historia de ultramar tiende a ser interdisciplinaria.

Además de esto, el historiador de ultramar debe familiarizarse con civilizaciones diferentes de la suya. Esto supone en general una educación más amplia que lo normal —y algo distinta—, así como una mayor exigencia de conocimientos lingüísticos. Esta es la razón de que los historiadores ultramarinos se encuentren a menudo en los departamentos orientalistas o africanistas, al menos en Europa (la situación es diferente en EE UU). E incluso cuando son contratados en departamentos de historia, estos historiadores sienten la necesidad de colaborar con otros especialistas de las mismas áreas, lingüistas, antropólogos o historiadores del arte. No ocurre así con los historiadores de Europa. Un especialista en historia francesa no trabajará, normalmente, en un departamento de estudios franceses ni sentirá la necesidad de asistir a conferencias sobre tales estudios. Al ser carac-

terístico de los historiadores de ultramar estudiar civilizaciones distintas de la suya, tendrán que colaborar con otras disciplinas para alcanzar una comprensión mejor de esa civilización o sociedad particular. Pero también han de mantenerse en contacto con otros historiadores a fin de entender lo que sucede en su propia disciplina. La tensión entre el tratamiento de su área y el disciplinario es un fenómeno bien conocido.

Hay otra razón por la que, históricamente hablando, existe cierta unidad en el campo de la historia ultramarina. La mayor parte del mundo de ultramar perteneció anteriormente al mundo colonial y ahora se supone que forma parte del Tercer Mundo. Esta es la razón de que en ciertos círculos se emplee la expresión de «historia del Tercer Mundo»¹. Pero la idea misma de «Tercer Mundo» se halla actualmente en trance de desintegración y no refleja ya la realidad. Para una mirada retrospectiva parece incluso extraño haber considerado que países como la India e Indonesia formaban un mundo con Sudán y Mali por la mera razón de que todos habían sido antiguas colonias y son, en la actualidad, relativamente pobres. Equiparar la historia de ultramar con la del Tercer Mundo no parece ser, por tanto, una buena idea, sobre todo habida cuenta de que la historia de EE UU se incluye en la historia de ultramar y hasta en la colonial, pero no pertenece a la del Tercer Mundo.

Puede plantearse la cuestión de si la historia de ultramar, al suponerse que comprende la historia de todo el mundo excepto Europa (u «Occidente»), es en realidad un tema de estudio. Este problema es consecuencia del éxito de la historia de ultramar tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el auge de dicha historia se debió, en cierta medida, a la reacción contra la anterior historia colonial. Había que solucionar muchas cuestiones pendientes y se dio un gran salto adelante. Las nuevas naciones reivindicaron su propio pasado nacional. La «gente sin historia» acabó encontrando una y el resultado de este proceso fue impresionante. La historia de ultramar ha alcanzado tal amplitud y variedad que no puede ya considerarse un campo histórico específico. Para sobrevivir, la historia de ultramar necesita algún nuevo tipo de conceptualización. Antes de analizar este punto deberíamos trazar un breve esbozo de la historia del tema.

¹ Ver, por ejemplo, M. Mörner y T. Svensson (eds.), *The History of the Third World in Nordic Research* (Göteborg, 1986).

Historia de la historia de ultramar: visión de conjunto

La historia se ha practicado de una u otra manera en la mayoría de las civilizaciones. En Indonesia, las crónicas o *babads* se remontan hasta muy atrás. En la India, los hindúes sintieron poco interés por la historia, mientras que los musulmanes se interesaron mucho más y con un sentido más fuerte de la cronología, aunque también ellos redactan sólo crónicas de acontecimientos. En Japón y China se practicó una historiografía comparable a la historia europea tradicional que, en su forma científica moderna, sólo se desarrolló en Occidente en el siglo XIX. Se caracteriza por el denominado «método histórico» (cronología, filología, crítica textual, hermenéutica), así como por un tipo especial de pensamiento histórico. Son característicos del mismo la conciencia de la singularidad de los sucesos, la noción de desarrollo y sucesión en el tiempo pero también la de que cada periodo posee un carácter específico con sus propios valores y normas. La escuela histórica alemana desempeñó un papel importante en este proceso y, por tal motivo, algunos de los conceptos históricos más famosos son conocidos aún sobre todo en su forma germánica: *Historismus*, *Verstehen*, *Zeitgeist*.

La interpretación histórica resultante fue extremadamente eurocéntrica. La *Weltgeschichte* se redujo a la historia de Europa, pues en el marco de la historia general los pueblos no europeos no desempeñaban función alguna. Se los consideró pueblos sin historia (Hegel) o pueblos eternamente paralizados (Ranke). A excepción de las civilizaciones antiguas tradicionales, sólo aparecían en escena en el momento en que se sometían a los europeos y eran conquistados por ellos. Esto no significa que no hubiera interés alguno por civilizaciones distintas a la occidental, pues existía en forma de lo que se conoce como estudios orientales. La fuerza impulsora de estos estudios era, por un lado, la Biblia y, por otro, el colonialismo. Tras el Renacimiento, muchas universidades europeas crearon cátedras no sólo de griego y latín sino también de hebreo y árabe. Más tarde, de estas materias derivaron departamentos dedicados al Oriente Medio y/o a estudios árabes. La lingüística histórica y comparativa, tema muy de moda en el siglo XIX, estimuló el estudio del sánscrito, que a su vez dio origen a la aparición de cátedras e institutos para el estudio de la civilización india.

Un estímulo aún más importante provino del colonialismo. En el

siglo XIX la preparación de funcionarios civiles coloniales pasó a formar parte de la educación universitaria. En las carreras de historia imperial o colonial podían encontrarse cursos de lenguas y administración colonial. Estas carreras, al tiempo que se centraban sobre todo en el punto de vista europeo, prestaban también cierta atención a los pueblos de ultramar. Es interesante observar que ya en 1897 una comisión de examen para una cátedra de historia de las Indias holandesas dio preferencia a un candidato por ser capaz de tener también en cuenta «el punto de vista indígena»². Aparte de los mismos súbditos coloniales, otros pueblos de ultramar se convirtieron en objeto de estudio. En Holanda, por ejemplo, se estudió a los chinos debido a la importancia de la comunidad china en las Indias Orientales; a los japoneses, por el «peligro amarillo», y al Islam, por las amenazas del «fanatismo musulmán». El resultado de todo ello fue el nacimiento de dos grupos de historiadores: uno pequeño en departamentos de estudios orientales, que estudiaba civilizaciones ajenas por ellas mismas, y otro mucho mayor dedicado con más propiedad a la enseñanza de la historia, es decir, a la historia de Europa y sus colonias. Aunque residieran en la misma universidad, ambos grupos colaboraban en contadas ocasiones.

La situación cambió de forma drástica a partir de 1945, por razones en parte externas y en parte internas. Las razones externas son obvias: la descolonización, la decadencia de Europa, la aparición de nuevas superpotencias. Todo ello condujo a pensar de nuevo el papel de Europa en la historia mundial y a cuestionar los planteamientos eurocéntricos. La decadencia de Europa se convirtió en un tema de estudio tan importante como su auge. El historiador holandés Jan Romein proclamó el fin de la *Era europea* y el inicio del *Siglo asiático*³.

Pero, además de las razones políticas e ideológicas, hubo también procesos internos, cambios en la manera de estudiar la historia. El periodo de posguerra fue testigo del auge de la historia social y económica. Los historiadores se interesaron menos por la historia política militar y más por temas como el de la civilización material, las *mentalités*, la vida cotidiana, el hombre corriente, etc. En este sentido, la historia europea no fue tan distinta, al menos hasta el siglo XVIII,

² Ver C. Fasseur, «Leiden and Empire: University and Colonial Office, 1825-1925», en: W. Otterpseer (ed.), *Leiden Oriental Connections, 1850-1940*.

³ J. Romein, *Aera van Europa* (Leiden, 1954), y *De eeuw van Azië* (Leiden, 1956).

de la no europea. Bajo el impacto de la escuela de los *Annales* la historia fue menos teleológica, menos «liberal». La estructura sustituyó a la evolución en cuanto interés predominante. La continuidad pasó a ser tan importante como el cambio y, por tanto, la oposición entre Europa (cambio) y Asia (continuidad) se hizo menos pertinente. En este planteamiento el Estado nacional dejó de ser la unidad central del análisis histórico y por tal motivo la oposición entre metrópoli y colonia perdió importancia. El nuevo planteamiento se expresaba más desde el punto de vista de pueblos, ciudades, regiones y grupos sociales. Esto quitó hierro al antagonismo entre el enfoque colonialista y el nacionalista y se produjeron también cambios prácticos. Los historiadores norteamericanos ejercieron una creciente influencia, pues sus departamentos de historia siempre habían sido menos provincianos que los europeos y desempeñaron un papel cada vez más importante en la historia de Asia y África. Además, las antiguas colonias desarrollaron sus propios departamentos de historia. Los historiadores occidentales siguieron, sin duda, dominando el terreno por largo tiempo pues estaban mejor formados y tenían acceso fácil a fondos importantes conservados en archivos europeos. Las elites indígenas se interesaban por campos distintos del de la historia. La tarea de desarrollar la economía y construir la nación era más urgente —y más gratificante— que la de escribir historia.

El resultado fue una situación curiosa. Por un lado, el impacto de Europa en el concepto mismo de historia fue aún más fuerte que antes. Los historiadores de Asia y África acudían a menudo a Europa para estudiar historia o, al menos, para concluir su educación. Trabajaban en archivos occidentales y recurrían a modelos occidentales para aprender cómo se debía estudiar y escribir historia. Así, como ocurrió a los japoneses tras la revolución Meiji, aprendían historia de Occidente⁴ y no encontraban referencias en su propia civilización. Por otra parte, su interpretación era, por supuesto, muy diferente y a veces fuertemente antioccidental. Las naciones jóvenes necesitaban un «pasado aprovechable», y «aprovechable» quería decir nacionalista y anticolonial⁵. De este modo, la cuestión no era sólo el enfrentamiento entre historiografía colonialista y nacionalista. Afectaba tam-

bién al lugar ocupado por Occidente en la historia mundial en general. Los mismos historiadores europeos ponían también en tela de juicio el planteamiento eurocéntrico de la historia de ultramar. La discusión sobre los orígenes del subdesarrollo, surgida de la decepción provocada por el cambio poscolonial, dio un nuevo impulso a este debate. El optimismo originario ante un futuro nuevo y brillante al concluir el colonialismo se difuminó cuando se vio con claridad que los problemas económicos y sociales de las antiguas colonias eran permanentes (o estructurales) más que temporales. Parafraseando la feliz formulación de A. G. Hopkins, el optimismo liberal fue sustituido por un pesimismo radical⁶. Ahora la oposición no se daba entre colonialismo y nacionalismo, sino entre izquierda y derecha. La crítica neomarxista del colonialismo se hizo muy influyente en el mismo mundo occidental.

De este modo, el desarrollo de la historia de ultramar a partir de 1945 fue un proceso dialéctico. En primer lugar, se produjo un movimiento de emancipación en la historiografía no occidental que desembocó en una impresionante eclosión de investigaciones y trabajos históricos en Asia y África. Los países no europeos descubrieron su propio pasado y ofrecieron su interpretación del mismo, pero fue precisamente entonces cuando el problema de la historia de ultramar se manifestó en forma nueva. Hoy en día, todos aceptan que africanos y asiáticos tienen su propia historia, tan interesante y rica como la de Europa. La cuestión, sin embargo, es saber si podemos detenernos aquí y considerar simplemente la historia mundial como la suma de un gran número de historias regionales autónomas. La mayoría de los historiadores están de acuerdo en que deberíamos intentar hacer algo más y estudiar cómo, de una u otra manera, estas diversas civilizaciones se han interconectado, cómo ha nacido la actual situación mundial. El auténtico reto de la historia de ultramar está en ofrecer una forma moderna de historia mundial. Es un objetivo ambicioso pero, como ha dicho Fernand Braudel, necesitamos historiadores ambiciosos⁷. Su primer esbozo lo podríamos encontrar, quizá, en la nueva historia de la expansión europea desarrollada más o menos en

⁴ L. Blussé, «Japanese Historiography and European Sources», en: P. C. Emmer y H. L. Wesseling (eds.), *Reappraisals in Overseas History* (Leiden, 1979), págs. 193-222.

⁵ Ver T. O. Ranger, «Towards a Usable African Past», en: C. Fyfe (ed.), *African Studies Since 1945: a Tribute to Basil Davidson* (Londres, 1976), págs. 17-29.

⁶ Ver A. G. Hopkins, «European Expansion into West Africa: a Historiographical Survey of English Language Publications since 1945», en: Emmer y Wesseling, *Reappraisals*, pág. 56.

⁷ F. F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México, 1976^{2a}).

las tres últimas décadas. Antes de examinar este punto habremos de considerar el espectacular desarrollo de la historia de Asia y África en el mismo periodo.⁸

Historia de Asia y África

La historia en su forma científica moderna fue introducida tanto en la India como en Indonesia por el poder colonial. En la India, el punto de partida puede considerarse la fundación de la Sociedad Asiática de Bengala, en 1784. La historiografía oficial de la India fue considerablemente anglocéntrica. Según observaba en cierta ocasión Nehru refiriéndose a los ingleses: «La historia auténtica comienza para ellos con la llegada del hombre inglés a la India; todo lo anterior es, en cierto sentido místico, una preparación para esta consumación divina.»⁹ Sin embargo, pronto comenzó a desarrollarse el interés por los estudios históricos entre los nuevos intelectuales indios. A mediados del siglo XIX, como reacción contra el tono más bien condescendiente de los historiadores coloniales, los historiadores indios desarrollaron su propia historiografía y a finales del siglo XIX el auge del movimiento nacionalista le dio un fuerte impulso, de modo que para las décadas de 1920 y 1930 existía un notable grupo de historiadores profesionales. Son testimonio de ello los nombres bien conocidos de estudiosos como R. K. Mookerji y R. C. Majumdar. Así pues, al llegar la independencia en 1947, la historiografía profesional india se hallaba ya en una posición sólida. El traspaso de poderes estimuló así mismo los trabajos históricos y hubo una demanda de libros populares, textos escolares. El gobierno estimuló el estudio del pasado reciente y, en particular, del movimiento nacionalista. En 1952, el ministerio de Educación ordenó la compilación de una historia del movimiento de liberación de la India y R. C. Majumdar fue nombrado director del proyecto. Las conclusiones de Majumdar fueron muy diferentes de las que el gobierno había esperado, pero, no obstante, publicó su interpretación. El desenmascaramiento del mito nacionalista fue un

señal clara del alto nivel de profesionalidad alcanzado por los historiadores indios¹⁰. Aunque los historiadores británicos siguen interpretando un papel, si no el papel, protagonista en la historia de la India, la importancia de los historiadores indios ha ido en aumento. La *Cambridge Economic History of India* así como la *New Cambridge History of India* son demostraciones convincentes de este hecho.

En Indonesia el proceso fue algo distinto. En comparación con la India hubo allí en general menos personas con formación universitaria y no hubo en la práctica ni un solo historiador profesional durante el periodo colonial. El movimiento nacionalista era también más débil que en la India y los intelectuales nacionalistas expresaban sus sentimientos más en obras literarias que académicas. Así, antes de la independencia no hubo en la práctica historiadores profesionales indonesios. El gobierno de la República estimuló el estudio del pasado, pero desde una perspectiva claramente política (las presiones ideológicas fueron fuertes). En 1975, se celebró el primer congreso nacional de historiadores. En él se vio claramente la escasez de investigaciones realizadas, pero a partir de entonces ha ido progresando la historia como disciplina académica. La figura principal en este terreno fue Sartono Kartodirdjo, quien introdujo una forma nueva de historia, inspirada en las ciencias sociales, que presta una especial atención a la historia rural¹¹.

Mientras tanto, la historia indonesia ha encabezado un debate interesante sobre un nuevo enfoque asiocéntrico de la historia de Asia. En su lección inaugural en Kuala Lumpur en 1959 dedicada al «Estudio de la historia moderna de Asia suoriental», John Bastin estimuló considerablemente el debate¹², pero la cuestión en sí había sido planteada mucho antes. Había sido expuesta por J. C. van Leur en 1934¹³. Van Leur, muerto muy joven, a la edad de treinta y cuatro años, en la batalla del Mar de Java, habría de ejercer una perdurable

⁸ Ver S. Ray, «India: After Independence», *Journal of Contemporary History* 2 (1967), págs. 125-42.

⁹ H. A. J. Klooster, *Indonesiërs schrijven hun geschiedenis, De ontwikkeling van de Indische geschiedbeoefening in theorie en praktijk, 1900-1980* (Leiden, 1985).

¹² J. Bastin, *The Study of Modern Southeast Asian History* (Kuala Lumpur, 1959). Ver también, *id.*, *The Western Element in Modern Southeast Asian History* (Kuala Lumpur, 1963).

¹³ J. C. Van Leur, *Eenige beschouwingen betreffende den ouden Aziatischen handel* (Groningen, 1934). Se puede encontrar traducción al inglés de este y otros escritos en J. C. Van Leur, *Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History* (La Haya/Bandung, 1955).

⁸ Por motivos tanto teóricos como prácticos dejaremos de lado la historia de América y el Caribe. Por lo que respecta a Asia, nos ceñiremos a las dos antiguas colonias europeas donde la emancipación de una historiografía nacional ha sido más presionante, es decir, la India e Indonesia.

⁹ J. Nehru, *The Discovery of India* (Londres, 1956), pág. 28.

influencia en la historia indonesia y, en realidad, en la historia de Asia en general. La originalidad de su obra reside en dos aspectos: el abandono del punto de vista eurocéntrico y la aplicación de categorías sociológicas. Van Leur reaccionó contra los planteamientos exclusivamente coloniales que constituían una perspectiva distorsionada e ignoraban extensas áreas de la realidad histórica. «La mayoría de los historiadores», escribía, «ven el mundo asiático con los ojos del gobernante holandés: desde la cubierta del buque, el muro de la fortaleza o la galería alta del centro comercial»¹⁴.

Sin embargo, la crítica de Van Leur es al mismo tiempo más general y más fundamental. Cuestiona la periodización de la historia y el lugar atribuido en ella a Asia. En un artículo muy conocido, examina, por ejemplo, por qué se aplican a la historia indonesia rúbricas de periodización como «el siglo XVIII» y llega a la conclusión de que carecen de significado, pues en el pasado de Indonesia no puede rastrearse ninguno de los grandes cambios que caracterizaron la historia europea de esta época. Hasta 1800 Indonesia es, simplemente, parte de Asia¹⁵.

Esto nos lleva a la segunda gran característica del planteamiento histórico de Van Leur, la aplicación de conceptos tomados de la sociología, en especial de Max Weber. Sirviéndose de la noción weberiana de tipo ideal —por ejemplo, los de «cultura campesina», «estados patrimoniales burocráticos», «comercio ambulante»— intenta describir la historia de Asia como parte de la historia universal, pero con sus características propias. De este modo es posible hacer justicia a las peculiaridades de distintas culturas sin englobarlas por entero en una conjunto demasiado abstracto y general de categorías ni analizarlas como meramente exóticas e incomprensibles.

La cuestión del papel de Europa en la historia de Asia fue, por supuesto, de importancia vital para la historiografía posterior a la independencia. En este sentido, se pueden distinguir dos escuelas. La minimalista y la sentimentalista. La escuela minimalista minimiza la importancia del factor occidental en la historia de Asia y la declara virtualmente inexistente, mientras que la escuela sentimentalista maximiza los crímenes y fechorías de Occidente. Aunque, lógicamente hablando, los dos puntos de vista parecen contradictorios, a veces

pueden encontrarse en la obra de un estudioso (por ejemplo, el sociólogo holandés W. F. Wertheim o el historiador indio K. M. Panikkar)¹⁶. De este modo, el debate no fue en absoluto claro y los mismos conceptos resultaron ambiguos. Pero esas dos cuestiones: «¿Fue la influencia occidental buena o mala? ¿Fue su impacto grande o pequeño?», son todavía intensamente discutidas hoy en día y se entienden que lo sean. Como veremos más adelante, resultan de vital importancia para nuestra interpretación del pasado, así como para nuestra comprensión del presente.

En el siglo XIX, la manera europea de abordar la historia de Asia estuvo cada vez más dominada por sentimientos de superioridad de Europa y la convicción de un atraso de Asia. Esto, no obstante, era un fenómeno muy reciente, pues los historiadores europeos habían mostrado tradicionalmente un gran respeto por las antiguas civilizaciones asiáticas. Esta actitud era muy diferente de la adoptada por los europeos hacia África, que siempre se había considerado un continente ahistórico y el pueblo africano un pueblo sin civilización y, por tanto, sin historia. La formulación más famosa de esta opinión puede encontrarse en las lecciones de Jena dadas por Hegel en 1830-1831 y publicadas con el título de *Filosofía de la historia*. En ellas escribía: «En este punto dejamos África para no mencionarla más, pues, en efecto, no forma parte histórica del mundo; no muestra movimiento ni desarrollo... Lo que entendemos propiamente por África es el Espíritu Ahistórico y No Desarrollado, sometido a las condiciones de la mera naturaleza que aquí deberemos presentar únicamente en el umbral de la historia universal»¹⁷.

Hegel tuvo, naturalmente, una gran influencia sobre Karl Marx y los escritos clásicos del marxismo reflejan esa misma línea de pensamiento. Un eco tardío de esta actitud puede encontrarse en la obra de Endre Sik, historiador húngaro marxista de África, quien en 1966 escribía:

Antes de su encuentro con los europeos, la mayoría de los pueblos africanos llevaba todavía una vida primitiva, bárbara, y muchos de ellos se hallaban en el nivel más bajo de la barbarie. Algunos vivían en aislamiento completo o casi completo; en

¹⁶ K. M. Panikkar, *A Survey of Indian History* (Londres, 1947); W. F. Wertheim, «Asian History and the Western Historian, Rejoinder to Professor Bastin», *Bijdragen tot de Taal-, Land-, en Volkenkunde* 119 (1963), págs. 149-60.

¹⁷ G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989.

¹⁴ J. C. Van Leur, *Indonesian Trade and Society*, pág. 162.

¹⁵ *Ibid.*, págs. 286-89.

cualto a los demás, los contactos, si existían, no pasaban de ser escaramuzas dispersas con los pueblos vecinos. El *Estado*, tomado en el sentido auténtico de la palabra, era una noción desconocida para la mayoría de los pueblos de África y tampoco existían las clases. O más bien, ambos existían pero sólo en embrión. No es, pues, realista hablar de su «historia» —en el sentido científico de la palabra— antes de la aparición de los invasores europeos¹⁸.

No hay duda de que este tipo de opiniones no era, en absoluto, monopolio de los historiadores marxistas. Justamente un año antes de la aparición del libro de Sik, el catedrático regio de Historia Moderna en Oxford, H. R. Trevor-Roper, comparaba las historias de Gran Bretaña y África describiendo a esta última como poco más que «las evoluciones infructuosas de tribus bárbaras en rincones del globo pintorescos pero carentes de importancia»¹⁹.

¡Cuánto han cambiado las cosas en veinte años! Nadie en su sano juicio mantendría ya, ni siquiera en Oxford, la inexistencia de la historia de África. El desarrollo de la historia de África ha sido espectacular. Quizá se trata del terreno de la historia más vivo, dinámico e innovador desde la aparición de la nueva historia social y económica en las décadas de 1920 y 1930. Podríamos asegurar que el *Journal of African History* ha sido la publicación más renovadora desde la fundación de los *Annales*. De hecho, los dos procesos son comparables en cierta medida. Los historiadores sociales, como los de los *Annales* y otros, comenzaron a hacerse preguntas no planteadas anteriormente y a las que no se aludía en las fuentes tradicionales. Era necesario descubrir fuentes nuevas y desarrollar nuevas técnicas para reexaminar las antiguas fuentes bajo una luz distinta. La misma situación se da en el caso de la historia de África. Las fuentes, al menos las tradicionales, escasean. Por razones culturales los africanos han producido menos material escrito sobre la historia de África que los europeos y por razones de clima es poco lo que ha llegado hasta nosotros. Esto significa que la mayoría de las fuentes son exógenas. Proviene de extranjeros, bien sean viajeros griegos, romanos o árabes, geógrafos, comerciantes o administradores europeos. Técnicamente hablando, gran parte de la historia de África es prehistoria o protohistoria (o etnohistoria, como a veces se la ha llamado)²⁰.

¹⁸ E. Sik, *The History of Black Africa* (2 vols., Budapest, 1966), vol. I, pág. 17.

¹⁹ H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Londres, 1965), pág. 9.

²⁰ H. Brunschwig, «Un faux problème: l'ethnohistoire», *Annales E. S. C.* 20 (1965), págs. 291-300.

La misma escasez de las fuentes ha dado un enorme estímulo al desarrollo de nuevas técnicas y métodos. Es necesario interrogar al pasado con otros medios. Vuelve a ser aquí pertinente la comparación con los *Annales* y su *nouvelle histoire*. En ambos casos se ha recurrido a la arqueología, la cartografía, la lingüística y la onomástica. La antropología ha cumplido también una función importante en la historia de África. De hecho, la distinción entre el antropólogo y el historiador no es en modo alguno muy neta.

La técnica más famosa desarrollada para proporcionar nuevas fuentes a la historia de África fue, naturalmente, el estudio de la tradición oral. Aquí, la publicación en 1961 de la obra de Jean Vansina *De la tradition orale. Essai de méthode historique* hizo época. El libro, traducido rápidamente al inglés (*Oral tradition*, 1965), causó un tremendo impacto en la historia de África²¹. A medias entre la ingenuidad y el escepticismo, Vansina desarrolló un método para utilizar la tradición oral de forma crítica y emplearla, por tanto, en la historiografía seria. Dividió la tradición oral en cinco categorías (fórmulas, poesía, listas, cuentos y comentarios), cada una de ellas con varias subdivisiones. Mantenía Vansina que la tradición oral no debería aceptarse según se presentaba y que sólo habría de utilizarse tras un análisis crítico que prestase atención al impacto del significado social, los valores culturales y la personalidad de los escritores. En la medida de lo posible habría de confrontarse, también, con otras fuentes, por ejemplo hallazgos arqueológicos o documentos escritos. Algunos historiadores (y antropólogos) fueron más escépticos con la tradición oral y creyeron, con los debidos respetos hacia Vansina, que había sobrevalorado sus posibilidades, pero es innegable que su obra y sus ideas han tenido una gran influencia en la historia de África²².

Sean cuales sean las posibilidades ofrecidas por la tradición oral y otras fuentes heterodoxas, el hecho es que África carece en buena medida de documentos escritos. Es cierto, desde luego, que tal afirmación se aplica también a ciertos periodos de la historia europea, para la que los documentos son también muy escasos, así como a la América precolombina, a la Australia anterior a Cook, etc., y que por tanto, la historia de África es excepcional, pero no única. En cualquier caso, parece imposible una historiografía de África comparable

²¹ J. Vansina, *De la tradition orale, Essai de méthode historique* (Tervueren, 1961).

²² En algunas de sus últimas obras, el mismo Vansina parece ser más escéptico que antes. Ver P. Salmon, *Introduction à l'histoire de l'Afrique* (Bruselas, 1986), 126ss.